

Geronimo Stilton

EL REINO PERDIDO

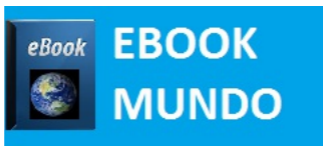
*Crónicas
del
Reino de la
Fantasía*

eBook



ebookmundo.com

El protagonista es el joven elfo Audaz, el elegido, aquel que conseguirá derrotar al Poder Oscuro y devolver la paz al Reino de la Fantasía. Pero no estará solo en su difícil empresa. Tendrá a su lado a la joven Spica con su arco encantado, y a Régulus, Robinia, el gran mago Stellarius y otros valerosos compañeros. Juntos deberán afrontar insidiosos peligros y terribles batallas para hacer triunfar la luz sobre las tinieblas.



Geronimo Stilton

El reino perdido

**Crónicas del reino de la
fantasía - 1**

ePub r1.0
Titivillus 19.11.15

Título original: *Il reame perduto*

Geronimo Stilton, 2008

Traducción: Miguel García

Ilustraciones libro: Danilo Barozzi

Ilustraciones historieta: Stefano Turconi

Ilustraciones Mapas: Carlotta Casalino

Diseño de cubierta: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en Ebookmundo.com



1

Geronimo Stilton

EL REINO PERDIDO



Personajes principales



SOMBRÍO

Joven y valiente elfo forestal que, a

petición de la Reina de las Hadas, decide luchar contra el Poder Oscuro de la Reina Negra y devolver la paz al Reino de la Fantasía.

ERIDANUS

Padre de Regulus y Spica, es el astrónomo oficial de la corte del Reino de las Estrellas.



SPICA

Decidida elfa estrellada hermana de Régulus, abandona a su familia para ayudar a Sombrío en su misión. Combate con un arco encantado.

MEROPE

Aya de Régulus y de Spica que ha cuidado de ellos desde que la madre de los chicos murió.



REGULUS

Hermano de Spica y el mejor amigo de Sombrío. Se ofrece a acompañar al elfo forestal al Reino Perdido para luchar a su lado.



ROBINIA

Orgullosa y testaruda elfa forestal,

legítima heredera del trono del Reino de los Bosques.

FÓSFORO

Simpático dragoncito plumado del Reino de los Bosques, compañero inseparable de Robinia.

BRECIUS

Fiero y valeroso elfo, cabecilla del ejército de los forestales. Combate sin tregua para liberar a su pueblo.

ULMUS

Sabia anciana del Reino de los Bosques, es la depositaria de la memoria de su pueblo.

ENEBRO

Maestro de la corte del Reino de los Bosques. Murió tras la invasión de su país, dejando misteriosas profecías.

EL CAZADOR

Enigmático elfo que aparece como aliado de los caballeros sin corazón.

Nadie conoce su origen ni cuál es su auténtica misión.



STELLARIUS

Poderoso mago del Reino de la Fantasía que lucha desde siempre contra el Poder Oscuro y la Reina Negra.

*«Hubo un tiempo, un tiempo muy
remoto,*

*en que el dulce canto de las hadas
no resonaba en cada valle, mar ni
montaña*

*aportando paz y prosperidad
a los reinos bajo el cielo cuajado de
estrellas.*

*Aquella fue una época oscura para el
Reino de la Fantasía,
una época que hoy pocos recuerdan
y aún menos se atreven a contar.*

*Yo, no obstante, escribo estas historias
de tiempos siniestros y dolientes, pero
también gloriosos,
con el propósito de que no se pierda la
memoria de tales*

*sucesos y, en los días felices de las eras
por venir,*

*pueda recordarse lo que aconteció
en el pasado y aprender de ello:
el valor no debe olvidarse nunca,
como jamás hay que olvidar que
la mayor de las fuerzas es la del
corazón.*

Pues el Mal nunca duerme...».

*Mago Fábulus, Crónicas del Reino de la
Fantasía,
preliminar al Libro Primero.*

Introducción



N un pasado muy, muy lejano, el Reino de la Fantasía era una vasta tierra sin fronteras.

Estaba habitado por diversos pueblos, y había tantos reinos como la fantasía puede imaginar.

Grandes distancias los separaban, sin embargo. Distancias tan grandes que, para ir de un reino a otro, era necesario recurrir a imponentes dragones. Fue precisamente para unir los enormes territorios del Reino de la Fantasía para lo que las hadas, guiadas por la sabia reina Floridiana, construyeron Puertas

en cada reino.

Pero si las hadas las crearon para difundir la paz, el saber y la armonía, las brujas, desde su pequeño y oscuro reino, enseguida trataron de aprovecharlas para extender el dominio del Mal.

Así fue como se originaron los Tiempos Oscuros.

Uno a uno, los reinos más cercanos a las brujas fueron cayendo bajo el yugo del Mal; mientras, en el resto del Reino de la Fantasía los pueblos vivían ignorando el inminente peligro.

Sucedió así en el Reino de los Elfos Estrellados, un pueblo alegre y pacífico, donde se hizo oídos sordos a las

numerosas señales que indicaban la tenebrosa y constante expansión del Mal.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir, sin que nadie tuviese la fuerza para impedirlo o pudiera al menos intentarlo.

En una oscura noche de tormenta, la Puerta que conducía al Reino de los Elfos Forestales se cerró, perdida para siempre.

Durante muchos años no se supo nada del desafortunado pueblo de los forestales, ni de lo que sucedía en su reino.

Un día, sin embargo, un pequeño grupo de héroes tuvo el valor y la energía para enfrentarse al Ejército

Oscuro.

He aquí su historia, como todavía puede leerse en los antiguos volúmenes de las *Crónicas del Reino de la Fantasía*, en los cuales el mago Fábulus, el más grande narrador del reino, la transcribió de su puño y letra.

Leed, pues...



PARTE PRIMERA

• ~ ~ •

LA ATALAYA

1. Sombrío



ESDE hacía años, ortigas y zarzas habían invadido el sendero que llevaba desde Burgo de las Casas con Tejados en Punta hasta la vereda más allá del río Encrespado, como si ese camino quisiera ser olvidado. Y sin embargo, bajo la tupida vegetación aún se veían las piedras grises que conducían a la vieja Puerta por la que se accedía al Reino de los Elfos Forestales.

A nadie le gustaba ir por allí.

Bueno, a nadie salvo a aquel chico, pero él era un tipo «raro». En otro

tiempo, su nombre había sido Audaz, pero ahora todos lo llamaban Sombrío.

Mucho se había fantaseado acerca del misterio de su llegada al Reino de los Elfos Estrellados a la edad de cuatro años, en el Año de la Estrella Amarilla.

Quien le había puesto el apodo de Sombrío lo había hecho no sólo por el color verde oscuro y profundo de sus ojos y su cabello, sino también por su carácter tímido y taciturno.

Los elfos del Reino de las Estrellas son criaturas jocosas y alegres a las que les encanta reírse, recitar poemas e inventarse historias. Sombrío, en cambio, no era nada jocosos ni alegre, y no era fácil hacerle reír, hasta el punto

de que, a su llegada a la Atalaya, la casa-observatorio del astrónomo de la corte, Erídanus, habían pasado cinco eternos meses antes de que pudieran festejar su primera risa.

Porque en su reino los elfos estrellados celebraban con una gran fiesta la primera risa de cada niño, pues se decía que hacía nacer una estrella.

Régulus y Spica, los hijos de Erídanus, llevaban largo tiempo intentando en vano arrancarle una carcajada a Sombrío, haciendo enloquecer de paso a su padre, a su aya Mérope y a todos los habitantes de la casa con las estratagemas más singulares e hilarantes. En la gran

casa-observatorio, todos se habían preguntado alguna vez si el pequeño superaría un día su adusta tristeza.

Al crecer, además, sus rarezas no habían disminuido en absoluto: en lugar de las grandes fiestas de la ciudad, Sombrío prefería el silencio de los bosques; en lugar de las bromas con los amigos, los largos paseos hasta el río Encrespado; en vez de los grandes torneos esplendorosos, las ferias y los mercados llenos de voces chillonas, prefería los calmos bosques de arces, sobre todo a la llegada del otoño, cuando se convertían en extensiones doradas.

Le gustaban las historias, pero

escucharlas, no competir por inventarlas y contarlas.

Cuando la pequeña Spica le había preguntado a su padre Erídanus la razón, éste le había contestado simplemente que Sombrío era así y luego se había encogido de hombros, como si renunciara a entenderlo. O como si supiera algo que los otros no podían saber.

En efecto, Erídanus recordaba perfectamente el día en que había encontrado al pequeño Audaz a la puerta de la Atalaya, con sus ropas verde musgo y gris corteza, la capa del color de la tierra, desgarrada y chamuscada, el cabello verde oscuro que le caía en

tirabuzones sobre la frente y sus dos grandes ojos verdes y profundamente serios.

Había ocurrido el día de aquel tremendo temporal que a punto había estado de llevarse por delante la Atalaya. El mismo día en que le había parecido oír, más allá del río Encrespado, el eco de un grito rabioso y desesperado.

Al oírlo, Erídanus se dispuso a salir para comprobar si había alguien en peligro, pero tuvo que detenerse a la puerta de su casa, donde encontró al pequeño Audaz.

Hacía mucho tiempo que ninguno de los solitarios elfos forestales atravesaba

la Puerta, así que hallar a aquel pequeño forestal allí, solo, le había parecido extraño, ¡muy extraño!

Erídanus había enviado un mensaje urgente a la corte de Estrelláurea y luego había salido. Y lo que había descubierto en la colina lo había asustado mucho. La gran Puerta, tallada en la madera de árboles antiquísimos, no era más que una maraña de ramas negras y abrasadas.



Ya no estaba en su interior el espejo reluciente que su abuelo Orión presumía de haber atravesado en su juventud, en sus numerosos viajes por el Reino de la Fantasía.

Ya no había ninguna piedra de jade incrustada entre las ramas que trazaban la Puerta.

Y con ella se había perdido también el Reino de los Elfos Forestales. Desaparecido como otros muchos reinos de los que a veces se murmuraba, caídos bajo el Poder Oscuro de las brujas. La Reina Negra debía de haber tramado para sojuzgar y destruir también aquel pacífico reino.

Y aunque nunca había puesto un pie en él salvo en su imaginación, aquel día a Erídanus le había desgarrado el corazón la sensación de haber perdido a amigos y hermanos. Había pensado, además, que el imprevisto cierre de la

Puerta era un sacrificio de los elfos forestales para impedir que las brujas pasaran a los reinos colindantes, protegiendo así a los elfos estrellados.

Mil preguntas sin respuesta se habían agolpado en su cabeza mientras regresaba a la Atalaya. Precisamente allí se encontró con Stellarius, ancianísimo y sabio mago, además de consejero personal de Antares, el rey de los elfos estrellados. Encerrados en el estudio de Erídanus, habían hablado toda la noche sobre lo ocurrido. Luego, tan de prisa como había llegado, Stellarius se había ido y la vida en la Atalaya había vuelto a ser la de siempre. Al menos en apariencia.

De acuerdo con el mago, Erídanus no había contado a nadie lo que había descubierto en la colina de la Puerta, y tampoco nadie se enteró de la visita del mago a la Atalaya.

La verdad se había mantenido lo más en secreto posible y, con el paso del tiempo, el propio Erídanus casi había dejado de preguntarse sobre los acontecimientos de aquella noche. La Puerta había permanecido cerrada y mostraba aún la negra impronta del Mal.

Audaz, el único superviviente a la crueldad de las brujas, era un niño sin nadie en el mundo cuando llegó al Reino de los Elfos Estrellados. Así que Erídanus se había comprometido a

tenerlo consigo en la Atalaya y criarlo como a un hijo. Y ahora, cuando desde aquel triste día habían pasado ya once primaveras, se acercaba el momento de la verdad.

Sombrío no había cambiado mucho, pese a que hubiese recibido la estrella de la frente como todos los jóvenes elfos de la Estirpe de la Estrella. Cuanto más crecía el chico, más pensaba Erídanus que se parecía a aquellos elfos forestales de los que a menudo le había hablado su abuelo Orion.

Sonreía y bromeaba más, eso desde luego, pero a veces su sonrisa parecía llena de melancolía y no de la alegría despreocupada y fácil de los jóvenes

estrellados. El pelo le caía sobre la cara, se la tapaba casi, y sus ojos, de un intenso color verde, mostraban aún una honda seriedad. Además, era el cazador más hábil de la zona y conocía los alrededores mejor que nadie.

Régulus y Spica lo seguían con frecuencia en sus vagabundeos por los bosques, como si advirtieran en él esa fascinación secreta que Erídanus había percibido también en los amigos forestales de su abuelo Orión, hacía tanto tiempo.

Así que Mérope, la vieja aya, había empezado a preocuparse.

Erídanus se preguntaba si el aya habría notado la amistad que ligaba a

Sombrío y Régulus o el tímido interés con que la pequeña Spica empezaba a mirar al joven elfo forestal... O puede que se hubiera dado cuenta de ello y fuera precisamente eso lo que no le gustaba.

Ah, sí, porque aunque Mérope quería a Sombrío como a un hijo, sus silencios y su seriedad siempre le habían parecido raros.

Desde la muerte de Mirzam, la adorada mujer de Erídanus, había sido



Mérope quien había cuidado de los niños, y se sentía responsable de sus predilecciones. Así que lanzaba frías miradas de desaprobación a Sombrío, con la esperanza de que se marchara cuanto antes.

Pero Erídanus sabía que, si Sombrío se iba, la vida de sus hijos no sería la misma y, en lo que a él respectaba, la partida del hijo adoptivo le rompería el corazón.

Sin embargo, según pasaban los días sentía cada vez más cercana aquella separación que no sería posible evitar. Eso lo sabía bien.

Sombrío se había presentado en la Atalaya poco antes de la Fiesta de

Mediados de la Primavera y era probable que se fuera en la misma época.

De hecho, fue precisamente unos días más tarde, en el camino que va desde Burgo de las Casas con Tejados en Punta hasta más allá del río Encrespado, cuando las cosas empezaron a cambiar. Y también esta aventura, como todos los grandes cambios, comenzó a pequeños pasos.

Fue por culpa de una urraca y una horquilla para el pelo...

2. La Puerta



L cálido sol primaveral difundía su luz sobre los árboles, creando rodales de sombra en el bosque. En las ramas más altas los pájaros gorjeaban alegremente y el viento era suave y templado.

Sombrío caminaba tranquilo por el borde del sendero hacia el puente de los Cantos Redondos y sonreía para sí mismo.

De repente se paró y se volvió con un suspiro.

—¡Salid, sé que estáis ahí! —dijo mirando un tupido arbusto que parecía

idéntico a todos los demás.

Pero algo se movió detrás del arbusto.

—¡Caray, qué poco divertido eres!
—protestó Régulus.

—Te lo dije, es muy difícil sorprender a un elfo forestal. Además, conoce perfectamente este sendero — intervino Spica sacudiéndose la tierra de la ropa para luego desaparecer un instante detrás del arbusto y volver con una cesta de mimbre.

Sombrío se echó a reír con ganas.

Spica le lanzó una mirada de complicidad y la alegría volvió a resplandecer en su cara. Luego, con un suspiro de resignación, afirmó:

—¡Eres imposible!

—Queríamos darte una sorpresa...

—explicó Régulus dándole una palmada en el hombro a su amigo mientras se ponían de nuevo en camino hacia el puente.

—¿Y por qué motivo? —preguntó Sombrío.

—¡Por todas las estrellas del cielo, ni siquiera se acuerda de su cumpleaños! Pero ¿qué tendrá en esa dura cabezota suya? Mérope se pasó el día de ayer cocinando para esta excursión y para la fiesta de esta noche, ¡y tú ni siquiera te acuerdas de tu cumpleaños!

—¡Régulus! —le llamó la atención

su hermana.

—¿Qué pasa?

—¡No deberías haber hablado de esta noche! ¡Tenía que ser otra sorpresa!

—respondió Spica enfadándose otra vez.

—Creía que Mérope había empezado a cocinar para la Fiesta de Medios de la Primavera... — murmuró Sombrío.

Pese a desconocer el día exacto de su cumpleaños, siempre lo habían celebrado en esa época del año, la de su llegada a la Atalaya, justo diez días antes de la Fiesta de Medios de la Primavera.

—¡No va a alegrarse precisamente

cuando descubra que le hemos arruinado su sorpresa! —repuso Spica sujetando la cesta de mimbre a su espalda.

—Bueno, si ése es el único problema —declaró Sombrío—, no se dará cuenta, lo prometo. ¡Seré el elfo más sorprendido que Mérope haya visto en su vida!

Spica negó con la cabeza.

—No hace falta...

Él le sonrió y cambió de tema.

—¿Dónde queréis que nos sentemos?

—¡En algún sitio bonito cerca del río! —exclamó Spica.

Régulus resopló.

—¡Pero que no sea demasiado lejos,

empiezo a tener hambre!

Sombrío los condujo hasta un claro cubierto de hierba en un pequeño meandro del río; allí el agua bajaba más tranquila y además se podía disfrutar de la vista del puente de los Cantos Redondos. Ai otro lado de la corriente, las colinas se cernían en lo alto. Apenas se veía el viejo sendero que conducía a la Puerta y ni siquiera Spica, a quien aquel monte siempre había atemorizado, lo percibió ese día como un peligro. Se dedicó a sacar de la cesta y disponer todas las exquisiteces preparadas por Mérope.

El tiempo transcurrió de prisa. Los chicos bromearon, rieron, comieron, se

tumbaron al sol y cantaron; obligado por los hermanos, incluso Sombrío se unió al coro.

Era ya por la tarde cuando algunas nubes se concentraron hacia el oeste y la luz del sol empezó a perderse detrás de una capa grisácea.

Los jóvenes, que hasta entonces habían permanecido tumbados sobre la hierba fresca, se levantaron de mala gana.

—Es mejor irse... —dijo Régulus mirando pensativo el cielo—. Por lo que parece, ¡hasta la lluvia quiere felicitarte hoy!

—¿No será porque os habéis empeñado en que yo también canta? —

bromeó Sombrío.

Régulus se echó a reír.

—No seas absurdo, ¡si casi no has desafinado!

—¡No puede llover! —protestó Spica sentándose.

—Sólo serán unas gotas, ya verás — la tranquilizó Sombrío—. Pero lo mejor es irse.

La chica suspiró y asintió mientras se volvía a levantar y se estiraba.

—Me gustaría saber —empezó a decir Régulus haciendo un gesto de complicidad a su amigo— por qué cuando yo digo «es mejor irse» nadie me hace caso, mientras que si lo dice Sombrío, ¡se obedece enseguida!

Spica se sonrojó, pero se apresuró a corregir a su hermano.

—¡Simplemente porque Sombrío conoce el monte mejor que nosotros!

Régulus se encogió de hombros, burlón.

—¿Me equivoco o te has puesto colorada? —observó.

Ella bufó.

—¡No me he puesto colorada!

—Sí... ¡Mírate!

—¡Te digo que no!

—Pues lo estás. ¿No es cierto. Sombrío? —prosiguió Régulus con tono jocoso.

Sombrío miró intensamente a Spica y la chica estalló antes de que pudiera

responder.

—¡Parad ya! No me he puesto colorada, pero seguid tomándome el pelo y veréis cómo enrojezco, ¡de rabia! ¡Y no os lo recomiendo!



Luego les dio la espalda y se dirigió hacia la ribera para arreglarse el pelo mientras los dos chicos seguían pinchándola. Se quitó la horquilla de madreperla y la dejó sobre una piedra, después miró su reflejo en el agua y tuvo que reconocer que estaba roja como un tomate.

Se mordió el labio inferior y luego,

con un suspiro, metió las manos en el agua fresca y se las llevó a las mejillas. Ardían.

Desde hacía algún tiempo se sentía rara en compañía de Sombrío y aquello estaba empezando a volverse embarazoso. Sobre todo si su hermano no dejaba de burlarse de ella. Estaba segura de que Sombrío no se había dado cuenta de que había nacido algo en su corazón. Y no quería que lo notase.

Porque Mérope tenía razón. Un día, Sombrío se iría en busca de aventuras, como todos los elfos forestales de las historias de su bisabuelo Orión.

Y entonces su corazón se haría pedazos.

—¡Cuidado!

El grito de Régulus la sacó inmediatamente de aquellos pensamientos y Spica se volvió de golpe.

Una urraca, que se había posado silenciosamente sobre las piedras de la orilla, atrapó con el pico el prendedor de madreperla y alzó el vuelo con un torbellino de plumas blancas y negras.

—¡Mi horquilla! —gritó ella poniéndose en pie de un salto.

Pero la urraca huyó y se posó sobre el puente, desde donde miró a la chica con



ojillos maliciosos.

Régulus y Sombrío corrieron hacia la ladronzuela, sabiendo que para Spica aquel prendedor era precioso, pues había pertenecido a su madre.

El primero en llegar fue el elfo forestal, pero la urraca se le escapó y se alejó hacia la otra orilla del río para esconderse entre los espesos árboles.

Sin pensarlo, los dos chicos la persiguieron, olvidándose de la cesta, de Spica y de la lluvia que se avecinaba.

Corriendo por el viejo sendero, llegaron enseguida hasta la mitad de la colina y se pararon para recobrar el aliento.

—¿La ves? —preguntó Régulus

escrutando los alrededores.

Sombrío negó con la cabeza, pero precisamente en ese momento entrevió un brillo y reanudó la persecución.

—Lleva el botín a su nido. Si lo encontramos, podemos esperar hasta que se vaya y recuperar la horquilla — murmuró.

Régulus asintió y siguió a su amigo. Avanzaron lentamente, vislumbrando a veces una ala, otras veces unas plumas o el brillo del prendedor.

Subieron por el sendero sin darse cuenta, hasta alcanzar un claro. Sólo entonces se percataron de que habían llegado ante lo que en otro tiempo había sido la Puerta del Reino de los Elfos

Forestales, el Reino Perdido.

—¡Por todas las estrellas fugaces!
—exclamó incrédulo Régulus, que nunca
había llegado hasta allí.

La madera de la Puerta estaba quemada y resquebrajada, como si le hubiera caído un rayo. A su alrededor todo estaba muerto. Se veía un marco vacío formado por ramas enlazadas, dolorosamente dobladas, como si hubieran intentado proteger la piedra de la Puerta antes de que fuese arrancada y robada.

Régulus miró los árboles muertos y no le cupo ninguna duda de que aquello era obra de las brujas. Una fría aura malvada provenía aún del esqueleto de

la Puerta, podía sentirla claramente; era una huella difícil de borrar.

Tragó saliva con dificultad y sólo tras unos instantes miró a Sombrío. También él se había detenido, pálido e inmóvil como la corteza de un árbol, y no conseguía apartar la mirada de aquel espectáculo.

Con expresión entristecida y amarga, Sombrío parpadeó y murmuró:

—No está muerto...

—¿Cómo? —balbució Régulus mirándolo sin comprender.

—Hay yemas de brotes en aquellas ramas... ¡Pocas, pero las hay! —exclamó Sombrío acercándose al árbol.

A Régulus le costó un momento

comprender que el joven elfo forestal tenía razón y enseguida se dio cuenta de que algo había cambiado aquella tarde.

No sólo para Sombrío, sino también para él.

Y para Spica.

En ese instante oyó unos pasos a su espalda, se volvió y vio a su hermana mirando la Puerta con los ojos de par en par. En cierto modo, era como si la estrella que siempre había brillado en su frente se hubiese empañado. Sus ojos estaban tristes y turbados.

Un trueno cruzó el cielo y luego cesó. De la urraca que los había conducido hasta allí ya no parecía haber ni rastro.

3. El nido



UN soplo de viento helado agitó las hojas de los árboles que rodeaban el claro susurrando una siniestra advertencia.

—Volvamos —pudo decir al fin Spica.

Su voz temblorosa y quebrada apenas fue perceptible, sólo su hermano la oyó. Se volvió para mirarla y a ella le pareció que Régulus estaba tan triste y desconcertado como ella. No obstante, le preguntó, como si sólo entonces ese pensamiento hubiera pasado por su mente:

—¿Y tu horquilla?

Spica apretó los labios y negó con la cabeza.

—No me importa. —Se obligó a decir.

Y se sintió más fuerte nada más pronunciar esas palabras que antes no se habría atrevido a pronunciar.

—Es sólo una horquilla —dijo bajando los ojos—, y este lugar hace que se me hiele la sangre en las venas...

—No seas tonta, si ya hemos llegado. ¡Ahí está el nido! —intervino Sombrío. Su voz estremeció a los dos hermanos como un rayo con el cielo despejado. El chico dio unos pasos hacia la Puerta ennegrecida y se detuvo

mirando hacia arriba.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Régulus poniéndose rígido.

—Voy a echar un vistazo —susurró Sombrío.

Régulus escrutó entre las ramas secas y logró entrever el nido de la urraca.

Se acercó muy despacio a la Puerta y comentó:

—Demasiado alto.

—Ni siquiera sabemos si es su nido... ¡Vámonos! —añadió Spica.

—Y además, la madera es vieja y no hay buenos sitios donde agarrarse —dijo Régulus frunciendo el ceño.

—Hay un montón —observó con

calma Sombrío.

Dio un paso adelante y empezó a trepar por el viejo árbol.

Los otros dos elfos clavaron sus ojos en él.

Parecía haber nacido para trepar. Siempre había sido así, probablemente igual que los elfos estrellados parecían haber nacido para cantar y narrar historias. Ahora, sin embargo, había algo distinto en él, algo de imparable y resuelto que nunca antes había mostrado.

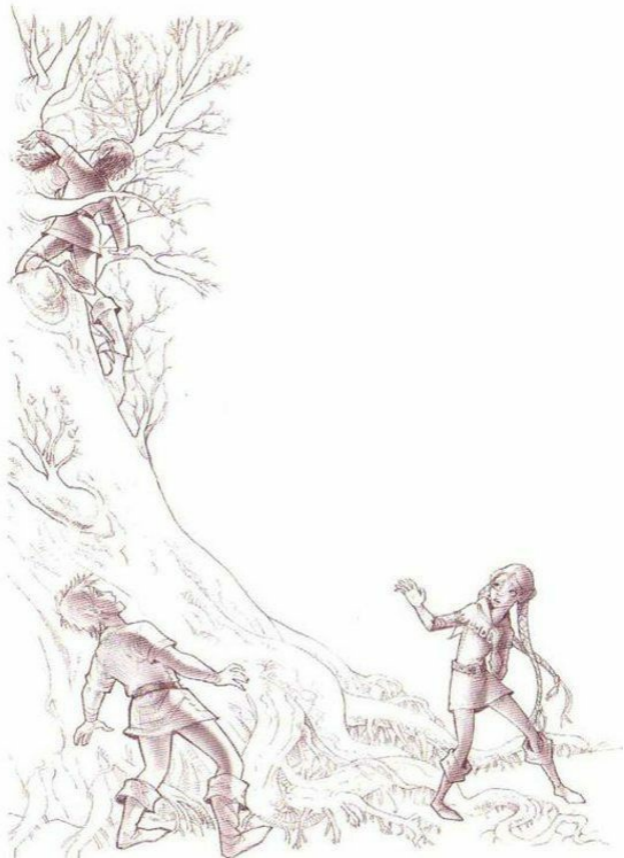
Régulus pensó que el motivo de la tenacidad de Sombrío no era sólo el prendedor de su hermana, sino que tenía que ver con la Puerta, con aquellas pequeñas yemas con la esperanza que

representaban.

En menos de lo que se tarda en decirlo, Sombrío se había encaramado tan alto como para poder ver el interior del nido.

Un instante después pudo alargar la mano.

Un nuevo golpe de viento sacudió la espesura en torno al claro y Spica cerró los ojos, conteniendo las lágrimas.



—Vamos, no te pongas así. —La voz de Sombrío le llegó de improvviso. Estaba de nuevo en el suelo, justo frente a ella.

La chica alzó los ojos, que se encontraron con los de él, sonrientes y serenos.

—No hay motivo para estar tan asustada. Aquí tienes tu horquilla —dijo el chico.

Spica la cogió de sus manos, pero no se la volvió a poner en el pelo, como siempre la llevaba, y tampoco consiguió sonreír.

Sintió que una gota le resbalaba por la mejilla. Luego otra. Y otra más.

—¡Empieza a llover! —exclamó Régulus.

—Vámonos o Mérope me regañará por haber conseguido que os mojarais y no me dejará comer nada, ¡aunque sea mi cumpleaños! —los exhortó Sombrío.

Y se encaminó por el sendero. Los dos hermanos lo siguieron, silenciosos pero reconfortados al verlo tranquilo.

Esperaron bajo las piedras del puente de los Cantos Redondos a que pasara la tormenta y luego regresaron a casa. Esa tarde festejaron todos juntos el cumpleaños de Sombrío comiendo, cantando y relatando historias hasta bien entrada la noche. Después se fueron a dormir. Pero Sombrío no consiguió

pegar ojo.

Había estado muchas veces en el claro de la vieja Puerta, pero nunca había visto nada parecido. Se sentó junto a la ventana de su habitación y esperó, hasta que la luz de la hermosa Sirius desapareció ocultada por una nube oscura. El día en que le impusieron la estrella, el mago Stellarius había elegido para él precisamente Sirius, la Estrella Refulgente, para que iluminase su camino.

Sombrío volvió a pensar en las pequeñas yemas que había visto en las ramas de la Puerta. Las quemaduras le eran familiares, pero nunca había visto yemas en las ramas.

¿Qué significaba todo aquello?

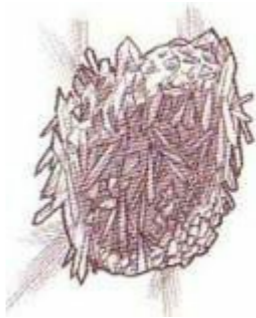
Y ¿qué significaba lo que había encontrado en el nido de la urraca?

El chico sacó la mano del bolsillo y suspiró.

A aquellas horas, el silencio de la noche era como un muro. Le pareció que, sin la luz de la estrella Sirius, también la oscuridad se había vuelto más densa e impenetrable, y sin embargo no la notaba hostil. Es más, el resplandor indefinible del extraño huevo de piedra que sujetaba en la mano le transmitía una sensación tranquilizadora.

Al verlo junto al prendedor de Spica, le había parecido un huevo, un huevo totalmente normal en un nido de

urraca. Un instante después, sin embargo, se había dado cuenta de que estaba recubierto de minúsculos cristales grises y verdes. Y casi habría jurado que había percibido un brillo procedente del huevo cuando lo había rozado.



Cerró los dedos en torno a aquel extraño tesoro y sintió un calor vital y palpitante. Algo en lo más hondo de su corazón le decía que también era mucho más valioso de lo que parecía.

Volvió a metérselo en el bolsillo y luego cerró los ojos, reflexionando

acerca de las muchas preguntas que le bullían en la cabeza y para las que no tenía respuesta.

Cuando los abrió, Sirius volvía a brillar en el cielo, como una guía. El chico pensó que tal vez aquella piedra tan insólita pudiera reabrir la Puerta al Reino Perdido, su reino, el lugar que había sido asolado por la maldad de la Reina Negra, a la que nadie había podido oponerse.

Rabia y dolor se mezclaron de nuevo en su corazón, y Sombrío se preguntó si habría aún algo que salvar. Quizá le correspondía precisamente a él hacer algo, pese a sus temores, los peligros que tendría que soportar y las renunciaciones

a que se vería obligado. La primera de todas, abandonar la Atalaya, que a esas alturas era su casa. Abandonar a Erídanus, que para él era como un padre, a Régulus, al que siempre había considerado un hermano y un amigo, y a Spica. La luminosa Spica de ojos de cielo...

4. Régulus



En los días siguientes fue como si hubiera vuelto el invierno, y los chicos pasaron mucho tiempo en la Atalaya, ayudando a Mérope en las tareas de la casa, estudiando y contando historias, a la espera de que el cielo aclarara.

Pero luego, como sucede en esa estación de las mil caras, el tiempo cambió de golpe.

Cuando Régulus se levantó la víspera de la Fiesta de Medios de la Primavera, casi no podía dar crédito a sus ojos. Saltó de la cama y fue hasta la

ventana para dejar entrar el perfume de los nuevos retoños y de los panecillos dulces de Mérope. Se vistió de prisa y bajó al piso inferior.

Él estaba listo, pero descubrió que su hermana dormía todavía, mientras que Sombrío ya había desaparecido para dar uno de sus acostumbrados paseos matinales. Pero aquella mañana tuvo la impresión de saber adonde había ido el ello forestal.

Habría apostado a que había regresado a la Puerta...

Régulus cogió dos panecillos dulces todavía calientes, se metió un puñado de ciruelas pasas en el bolsillo y salió de casa.



Halló a Sombrío en el lugar donde sospechaba que se encontraría.

Estaba sentado con las piernas cruzadas justo enfrente de la vieja Puerta y parecía distante, perdido en sus reflexiones.

—No es la primera vez que vienes aquí, ¿verdad?

Sombrío negó con la cabeza.

—¿Por que nunca nos lo has dicho? —preguntó Régulus sentándose junto a su amigo.

Sombrío dudó.

—No lo sé... —dijo luego.

Régulus sonrió con expresión

melancólica.

—Tal vez no quería herir a nadie... Estoy bien en la Atalaya, pero a veces..., a veces... —titubeó Sombrío, buscando las palabras.

Régulus terminó la frase por él:

—A veces estás lejos..., más allá de esa Puerta —dijo con calma, mirando la maraña de ramas ennegrecidas que tenía delante.

Sombrío asintió.

—Lo siento.

—¿Y por qué? Supongo que yo me comportaría de la misma manera si estuviese al otro lado, solo, y no supiera nada de lo que les hubiera ocurrido a mi padre, a Spica y a mi reino.

Tras una larga pausa, Sombrío se decidió a preguntar:

—¿Qué es lo que sabes tú de la piedra que abría la Puerta?

Régulus volvió la cabeza para observar a su amigo y trató de recordar todos los detalles que podía.

—Bueno, se perdió cuando la Puerta fue destruida y nadie sabe cómo ocurrió. Lo que sé —añadió con expresión seria— lo sabes tú también. Es lo que cuenta mi padre, incluso podría repetir sus palabras: «... era un maravilloso jade puro y centelleante. Sus reflejos eran del verde de la primavera y tenía una forma oval perfecta. Cuando alguien cruzaba la Puerta, un intenso resplandor verde

inundaba el claro, haciendo que pareciera una estrella caída del cielo y posada sobre la colina...».

Después, Régulus preguntó a su amigo:

—Te gustaría encontrarlo, ¿verdad?

Sombrío siguió mirando el cielo.

—Muchos dicen que quedó destruido.

—Se dicen muchas cosas y no todas son siempre ciertas.

Los dos chicos se quedaron callados un buen rato, luego Régulus siguió hablando.

—De todos modos, ¿qué harías si encontraras el jade de la Puerta? Abrirla cuando el reino del otro lado está en

manos de las brujas significaría poner en grave peligro el Reino de las Estrellas también...

Sombrío contrajo los músculos de su rostro en una extraña expresión y se sentó. Miró atrás, hacia la Atalaya, y Régulus comprendió que su amigo había pensado ya en ello.

—Crees que esas yemas son una especie de... señal, ¿verdad? Aunque a mí estas ramas enredadas me siguen pareciendo muertas —dijo Régulus encogiéndose de hombros.

Sombrío se volvió hacia su amigo.

—Hasta hace poco no había ninguna... Todo era gris y negro, pero ahora ya no. Esa rama de ahí detrás,

donde la urraca ha construido su nido, ¡está viva! Cansada, débil quizá, pero viva. Por debajo de su corteza corre la savia —repitió, incrédulo también él mismo.

Régulus estaba impresionado por su tono decidido y asintió con una sonrisa.

—¡Jamás te había visto tan emocionado! —observó—. Pero hablamos de una posibilidad remota, que el jade no hubiera sido destruido y alguien lo encontrara.

—Lo sé —asintió Sombrío.

Luego se metió la mano en el bolsillo y Régulus vio que tenía algo entre los dedos cerrados.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó con

el estómago encogido.

—Ojalá lo supiera... —murmuró Sombrío abriendo los dedos—. ¡Pero no dejo de pensar que quizá haya encontrado ya la piedra!

Durante un largo instante, los ojos de Régulus estudiaron atentamente el objeto que su amigo sostenía en la mano.

—No parece un jade —dijo por fin—, aunque tiene reflejos verdes... Pero es raro ver una piedra con una forma tan perfecta —reconoció.

Sombrío asintió.

—Sé que no parece un jade, pero he estado mirando la Puerta, allí donde debía de estar incrustada la piedra, y es de las mismas dimensiones.

—Pero ¿dónde la has encontrado?
¿Cuándo?

—En el nido de la urraca.

—¿Qué? —Régulus se echó a reír
—. ¡Ese pájaro puede haberla recogido
quién sabe dónde!

—Sí, pero también podría ser un
escondite perfecto. Un lugar donde nadie
la encontraría fácilmente...

—Espera, espera, sé adónde quieres
llegar. ¡Pero jamás creeré que haya
estado ahí todo este tiempo esperando a
que alguien pasara por aquí y la
encontrara! —exclamó Régulus un tanto
picado.

Ni siquiera él sabía por qué había
replicado de aquella manera. Quizá

porque su amigo nunca le había hablado de aquellas cosas antes. Quizá porque no le había enseñado la piedra cuando la encontró. O quizá, sencillamente, porque significaba que había llegado el momento que todos ellos temían: una mañana, Sombrío se despertaría y se marcharía, solo, para intentar alcanzar su mundo perdido. Y no volvería jamás a la Atalaya.

—Sé que parece absurdo, créeme...

—Trató de explicarse Sombrío.

—Precisamente, ¡absurdo! —
resopló Régulus.

—¿Nunca te has parado a pensar por qué soy el único superviviente de mi reino? —respondió el elfo forestal.

—¡Alguien te salvó! Eso es todo. Y tú, en vez de estar agradecido y vivir tranquilo, quieres echar a perder todos los esfuerzos de quien se sacrificó por ti.

—Pero si querían salvar a alguien, ¿por qué a mí precisamente?

—Casualidad.

Suerte. ¿Cómo

voy a saberlo? —

replicó Régulus

poniéndose en pie

de un salto—. Y

de todos modos,

¿por qué ibas a

poder hacer algo tú..., y además solo?

Si las brujas están de verdad en el Reino



Perdido, un elfo más o menos no supone ninguna diferencia —murmuró luego.

Sombrío se levantó y se puso delante de Régulus, obligándolo así a mirarlo a los ojos.

—¿Crees que me siento feliz y contento al pensar en irme de aquí hacia un reino que no conozco? —dijo Sombrío con tono firme y al mismo tiempo desesperado—. ¡Aquí están las personas y las cosas que más quiero! Pero ¿y si pudiera hacer algo por mi reino? ¿Y si «tuviera que» hacerlo? —prosiguió hablando casi para sí mismo.

Régulus dio un paso atrás, mirando la estrella de la frente de su amigo.

—¿No crees que debería hacerlo?

—murmuró Sombrío, combativo.

Pasado un momento, Régulus sonrió y movió la cabeza, triste.

—No sabría decirte si debes o no hacerlo, pero da la impresión de que para ti es importante. Y tengo que reconocer que las yemas del árbol y la piedra en el nido de la urraca son extrañas coincidencias. Sé perfectamente lo que va a decir Spica cuando le contemos toda esta historia...

—En realidad, preferiría que...

—Sí, yo también creo que es mejor no decirle nada, al menos por ahora. Nos arriesgamos a que se eche a llorar como un grifo cuando partamos, y eso sería...

—¿Partamos? —lo interrumpió Sombrío, dubitativo.

—Si descubrimos que ése no es el jade de la Puerta, deberemos buscar el bueno, ¿no? E imagino que tardaremos bastante. Y luego iremos a echar un vistazo a tu reino, siempre que todavía exista. Y eso requerirá más tiempo...

—¿Es que quieres venir conmigo?
—añadió Sombrío abriendo mucho los ojos.

—¡Evidentemente! —exclamó Régulus.

—No puedo pedírtelo. Podría resultar más peligroso que todas las aventuras que hemos imaginado nunca.

—Precisamente por eso no puedes ir

solo. —Rebatió Régulus—. ¡Yo quiero venir! Por supuesto, no espero que tú me lo pidas, ¡yo mismo me ofrezco voluntario! —exclamó pomposamente.

—Pero...

—Por si aún no lo has entendido, no aceptaré un no como respuesta.

—Yo...

—Entonces estamos de acuerdo —añadió Régulus tendiéndole la mano.

Esta vez fue Sombrío el que se quedó estupefacto. La estrella de la frente de Régulus lanzaba deslumbrantes destellos y, cuando finalmente le estrechó la mano, su luz dorada le calentó el corazón.

Ahora sabía que podría contar con

Régulus tanto como consigo mismo en cualquier dificultad que tuviera que afrontar. Fuera lo que fuese aquello que lo aguardaba, no estaría solo.

Y se prometió que su amigo regresaría a casa sano y salvo.

5. El jade



HORA volvamos a casa! — exclamó sonriendo Régulus —. Se me ha ocurrido una forma de comprobar si el jade que has encontrado es realmente el de la Puerta, pero necesito el laboratorio de mi padre para limpiar la piedra.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Sombrío echando una última mirada a la vieja Puerta.

Régulus estalló en una carcajada.

—Sólo tenemos que conseguir un alambique y alguno de los disolventes

que mi padre usa para limpiar las piedras duras de su colección y sabremos, en menos que canta un gallo, si éste es el jade de la Puerta o no.

Dicho y hecho, los chicos llegaron a la casa y consiguieron entrar a hurtadillas en el observatorio sin que Mérope ni Spica los vieran. Naturalmente, el laboratorio de Erídanus estaba cerrado, pero eso no suponía ningún problema para Régulus, que sabía exactamente dónde guardaba la llave su padre.

—Después tenemos que acordarnos de devolverla a su sitio... —murmuró Sombrío al ver a su amigo agitándola otra vez.

Régulus metió la llave en el ojo de la cerradura y la giró; el pestillo corrió.

—En realidad, no estamos haciendo nada malo —observó el joven elfo estrellado.

—Y entonces ¿por qué lo hacemos a escondidas?

—Porque tú todavía no quieres revelar a nadie tus sospechas acerca de esa piedra; es obvio, ¿no?

—Obvio... —repitió tristemente Sombrío.

Entraron en el laboratorio y cerraron la puerta a su espalda. La habitación estaba a oscuras, así que Régulus fue hasta la lámpara que estaba cerca de la puerta y giró una manija, haciendo

funcionar el mecanismo de pedernales que la encendía.

Una débil luz se difundió por la habitación y Sombrío miró a su alrededor suspirando.

—Sólo tenemos que encontrar un disolvente... Eso es lo que has dicho, ¿no? —preguntó incómodo, mirando los estantes llenos de cientos de ampollas, todas de la misma forma.

Régulus se rascó una ceja y suspiró a su vez.

—Bueno, lo admito, quizá he subestimado las reservas de mi padre, pero de ninguna manera voy a dejarme asustar por todos estos frasquitos.

La búsqueda resultó larga y

laboriosa. La lista «Disolventes para la limpieza de las piedras» estaba ordenada por las sustancias que eliminaban: concreciones de azufre, agregados de sal y cuarzo, formaciones calcáreas y así sucesivamente.

Cuando había pasado poco más de una hora, los chicos tenían todavía para rato y Régulus, bostezando, bufó:

—Si al menos supiéramos qué es lo que recubre la piedra...



Sombrío asintió y se quedó en silencio un momento, sin despegar los ojos de la colección de piedras de Erídanus.

—¿Las has visto? —preguntó pensativo.

—Sí. Su colección de piedras. No

comprendo qué ve de interesante en ellas mi padre.

—No, me refería a si las has mirado bien. Todas tienen más o menos la misma forma y el mismo tamaño.

Régulus frunció el ceño y las observó con mayor atención.

—Tienes razón. Es curiosa esta semejanza... ¡Parecen iguales que tu huevo de piedra!

Los dos amigos cruzaron una mirada de entendimiento.

—¿Quieres decir que...? —preguntó Régulus sin aliento.

Fue hasta donde estaba Sombrío, junto a los estantes, tomó un par de piedras y las examinó atentamente.

—¿Y si tu padre hubiera estado buscando el jade de la Puerta todos estos años? —Sombrío puso voz al pensamiento de su amigo.

Régulus lo miró confundido.

—¿Para qué iba a hacerlo?

—No tengo ni idea. Quizá para devolverla a su sitio. O tal vez para esconderla en lugar seguro.

—No, no es posible. Siempre ha dicho que iba en busca de piedras caídas del cielo, ¡y eso era ya bastante absurdo! ¿Por qué iba a mentir?

—Y vosotros ¿por qué habéis entrado aquí furtivamente? —tronó de repente una voz a su espalda.

Los chicos se volvieron,

sobresaltados. Los ojos de Erídanus, téticos, los observaban.

Sombrío dio un paso adelante y se aclaró la voz.

—Es culpa mía. Buscábamos un disolvente para limpiar una piedra y pensamos...

—¿... en coger la llave del laboratorio y venir aquí a escondidas? No, jovencito, te conozco y sé muy bien que jamás se te habría ocurrido algo así.

—De hecho, se me ha ocurrido a mí —reconoció Régulus.

Erídanus cerró la puerta.

—Y de esa manera habéis visto mi colección de piedras.

Los chicos asintieron.

La voz de Erídanus nunca había sido tan fría. Sombrío temió haber cometido un grave error al entrar allí, pero luego, para su sorpresa, el anciano elfo suspiró, sonrió enigmáticamente y movió de un lado a otro la cabeza.

—¿Por qué coleccionas piedras, papá? No vas en busca de estrellas caídas, como siempre nos has dicho, ¿verdad? —preguntó Régulus mirando a su padre con ojos de determinación.

Erídanus miró a su hijo, luego a Sombrío y, por último, la pared llena de piedras. Volvió a suspirar.

—No, no colecciono piedras, sino fracasos —declaró con desánimo.

Fue hasta la mesa y se sentó con

extrema lentitud, como si le costara esfuerzo cada movimiento.

—Sabía que tarde o temprano vosotros dos lo descubriríais todo. Bueno, el tiempo pasa y, al envejecer, no acierta uno a mantener una vigilancia suficientemente férrea sobre las cosas. Pero no importa —añadió resignado—. Ahora sentaos, chicos. Por lo que parece, ha llegado el momento de contároslo todo.

Régulus y Sombrío se miraron.

—¿Todo? —murmuró Sombrío.

Erídanus sonrió.

—Sí, todo.

—¿Sobre qué, papá? —Lo abordó

Régulus.

—Sobre todo lo que atañe a mi secreto, hijo mío —dijo Erídanus.

—¿Tienes un secreto? —preguntó bruscamente Régulus.

En ese momento, el anciano elfo vio la piedra depositada en la mesa y sus ojos centellearon.

—¿Es ésa la piedra que queríais limpiar?

Una vez más, los chicos asintieron y él observó el huevo con ojos expertos.

—Su tamaño parece el debido, y también su peso, diría que... hum... concreciones de cuarzo prismático y de azufre verde esquizado. También eso es una buena señal. Realmente prometedora. Decidme, ¿dónde la habéis

encontrado?

—En un nido de urraca —respondió Sombrío.

—Cerca de la vieja Puerta —añadió Régulus.

Erídanus alzó los ojos hacia su hijo y por un instante flotó en ellos una sombra de inquietud.

—Sabía que Sombrío iba hasta allí a veces, pero ¿también tú has estado cerca de la vieja Puerta? No me lo esperaba... —dijo con voz angustiada.

—¡Tampoco yo me esperaba que tú tuvieras algún secreto! —exclamó Régulus con ojos repletos de expectativas.

El ello parpadeó. Era muy difícil

enfrentarse a la mirada de su hijo, dorada y fulgurante, y verla llena de resentimiento.

Erídanus carraspeó y cruzó los dedos con calma.

—Durante todos estos años he guardado un secreto, hijos. No creáis que me ha sido fácil o que me ha gustado ocultar cosas, sobre todo a vosotros. Día y noche sentía un peso que me aplastaba, pero... no me quedaba más remedio. Eráis demasiado pequeños para saberlo todo y había recibido la orden de mantener un secreto absoluto al respecto. Ha sido mejor así...

Régulus lo interrumpió.

—¿Una orden? ¿De quién? ¿Y

respecto a qué?

—¿A la Puerta? —insinuó Sombrío con la cabeza gacha y los ojos, oscurecidos y vibrantes, pendientes de Erídanus.

—Sí. Y antes de que digas más, jovencito mío, lo sé, sé bien que tú tenías todo el derecho del mundo a conocer lo que yo sabía, pero te dije todo lo que podía y pensé que crecerías más tranquilo si no conocías el resto, al menos hasta que fueses lo bastante mayor. Y esperaba también que tú y Spica —añadió dirigiéndose a Régulus— estaríais más seguros, lo confieso. Pero ahora no hay ninguna razón para que siga siendo un secreto.

Los chicos callaron y Erídanus los observó con afecto.

—¿Cuándo os pusisteis a buscar el jade de la Puerta? —preguntó.

—No nos pusimos a buscarlo, ¡lo encontramos por casualidad! —Exclamó Régulus—. ¡Y deja de contestar a nuestras preguntas con otras preguntas!

—¿Por casualidad...? —preguntó incrédulo el anciano elfo.

—Bueno, Sombrío lo encontró. Pero se trató de una casualidad.

En la pálida cara de Erídanus el estupor dio paso a una sonrisa que acabó convirtiéndose en risa. Una risa amarga. Al final, movió la cabeza y tomó aire.

—Tenéis que perdonarme, queridos míos, pero a veces olvido que todo en el mundo ocurre con una lógica y por una razón bien precisas. He buscado el jade tanto tiempo que empezaba a considerar que realmente se hubiera destruido. Y si ésta es de verdad la piedra que permite reabrir la Puerta...

Entonces se puso en pie.

—Basta de cháchara. Lo primero que hay que hacer es ver si éste es realmente el jade.

—Luego nos lo contarás todo, ¿verdad? —dijo Régulus.

—Sí, todo lo que sé —afirmó el anciano elfo.

Miró a Sombrío y se dio cuenta de

que éste estaba ansioso por saber, pero también asustado.

Erídanus le sonrió y ordenó:

—Coged los tres alambiques rojos y echad en cada uno dos medidas de agua.

Los chicos obedecieron en silencio mientras él tomaba dos soluciones; luego depositó la piedra oval en el fondo del primer alambique, cogió el dosificador de vidrio y dejó caer dos gotas de la primera solución. El agua se coloreó de un verde vivo y produjo un ligero ruido,



como si friese la piedra.

Cuando ese extraño fenómeno cesó, el viejo elfo extrajo la piedra con unas pinzas y entonces se la enseñó a los chicos.

—Y ahora pasemos a la parte más importante —añadió metiendo la piedra en el segundo alambique y vertiendo después una gota de la otra solución.

Durante unos instantes no sucedió nada.

—¿No funciona? —murmuró Régulus.

—Funciona, sí, pero más despacio que la otra y de forma diferente. Un momento aún y el disolvente se combinará con el cuarzo de la superficie

de la piedra, haciendo que se desprenda sin estropearla —respondió Erídanus.

Después cogió las pinzas y, con manos temblorosas, sacó la piedra para depositarla en el último alambique. Nada más tocar el agua, los cristales que recubrían la piedra empezaron a desprenderse de la superficie y cayeron al fondo.

Erídanus extendió un paño en la mesa y dejó sobre él la piedra, ahora perfectamente lisa y pulida.

Bien, llegaba el momento de la verdad.

En el laboratorio se hizo el silencio.

Aquella piedra sólo podía ser un jade. El jade capaz de abrir de par en

par la Puerta del Reino Perdido.

El resplandor verde claro de la piedra se reflejó en las pupilas de los chicos. Sólo entonces Sombrío se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración y alzó los ojos.

—¡Así que es de verdad éste! — exclamó.

Régulus asintió y miró a su padre.

—La piedra ha contado lo que debía —dijo—. Ahora te toca a ti.

6. El secreto de Erídanus



N su fuero interno, Sombrío siempre había pensado que un día «debería» volver y, sobre todo, que «querría» hacerlo. Pero ahora tenía miedo. Miedo al cambio y principalmente a perder a aquéllos a quienes había aprendido a querer y que le habían enseñado a reír y a afrontar con coraje sus propias debilidades. Ahora más que nunca necesitaría su aliento y su ayuda, y ahora más que nunca sabía que no podría aceptarlos,

pues eso significaría ponerlos en peligro.

—Dinos, ¿qué ocurrió el día en que llegó Sombrío? —interrumpió sus pensamientos la voz apremiante de Régulus—. ¿Cuál es el secreto que guardas desde hace tantos años? ¿Y por qué nunca nos has hablado de él?

—Ésa era la voluntad de Stellarius y...

—¿El mago Stellarius? —exclamó Régulus con estupor—. ¿Cómo es que lo conoces?

—Hum..., ¿tanto te asombra que tu padre, insigne astrónomo de la Atalaya y descubridor de veintitrés nuevas estrellas, conozca a Stellarius, el mago y

consejero del rey? —se burló—. De todos modos, lo mejor es que empiece por el día en que llegó Sombrío. Esa noche se desencadenó una tremenda tormenta, tan tremenda que Mérope vino a despertarme gritando de espanto.

Régulus lo interrumpió con un suspiro.

—Ésa es la historia de siempre que ya nos sabemos, ¿me equivoco?

—¿Quieres saber cómo fueron exactamente las cosas, sí o no? —le recriminó su padre.

Luego continuó su relato.

—Pues bien, tranquilicé como mejor pude a la pobre Mérope, pero os podéis imaginar lo angustiada que estaba, con

dos niños pequeños que se habían despertado en mitad de la noche. Régulus había corrido a esconderse debajo de la mesa de la sala y Spica lloraba a mares —dijo socarronamente—. Quizá fuera por todo aquel barullo, pero ninguno de nosotros se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. En todo caso...

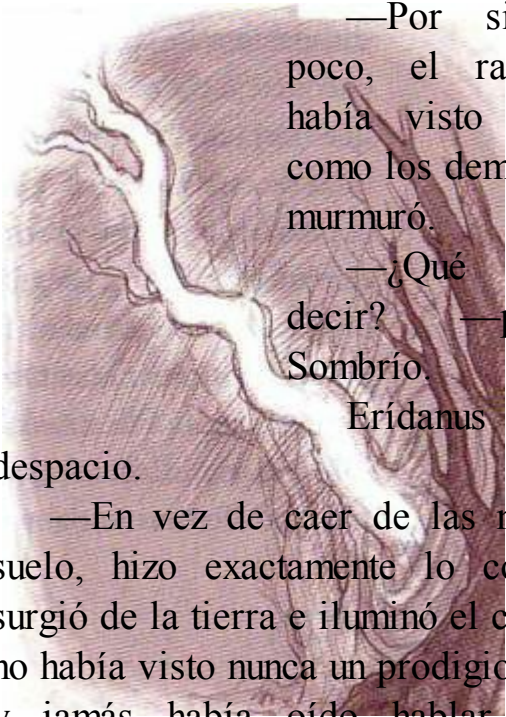
—... no te acordabas de si habías dejado abierto o no el ojo de la cúpula de observación y fuiste a echar un vistazo —intervino Régulus.

—Exacto. Las lentes del telescopio son objetos muy y nunca me habría perdonado que se hubieran roto. En efecto, descubrí que había dejado

abierto el ojo de la cúpula y me apresuraba a cerrarlo cuando oí un grito tremendo que me puso la carne de gallina y, puesto que el telescopio todavía estaba abierto, decidí echar una ojeada a los alrededores. El cielo estaba tan negro como si una manta oscura lo cubriera todo excepto... la parte alta del camino que conduce a la Puerta, desde donde se propagaba una luz verde tan intensa que parecía una estrella. Giré el telescopio en aquella dirección y de improviso un rayo cayó justo en ese punto.

Erídanus calló y se deleitó unos instantes con el silencio de los dos chicos. Nunca había contado esa parte

de la historia a nadie salvo a Stellarius y le costó continuar.



—Por si fuera poco, el rayo que había visto no era como los demás... —murmuró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sombrío.

Erídanus asintió despacio.

—En vez de caer de las nubes al suelo, hizo exactamente lo contrario, surgió de la tierra e iluminó el cielo. Yo no había visto nunca un prodigio similar y jamás había oído hablar de él.

¡Imaginaos lo que sentí cuando me di cuenta de que el rayo había dejado impresa una marca en la lente de mi telescopio! Tenía dos hijos pequeños en casa y ninguna arma para defenderme... No obstante, aquel grito había sido tan terrible y angustiado que tomé la decisión de ir a echar un vistazo cuando dejara de llover. Oh, no fui en absoluto valiente. Sólo fui imprudente. Ni siquiera se me pasaba por la cabeza que pudiera encontrar lo que encontré. Pero vayamos por orden... —Erídanus hizo una pausa y carraspeó.

»Con las primeras luces del alba dejó de llover y me dispuse a salir de casa. Pero, cuando abrí la puerta, te

encontré a ti, muchacho. Inmediatamente me pregunté qué hacía un pequeño elfo forestal allí afuera, solo, después de una noche así. Tenías el rostro contraído en una expresión de adulto que me asustó, hijito. No contestaste a ninguna de mis preguntas. No dijiste ni una palabra. Sólo tu nombre: Audaz. Entonces pensé que quizá había alguien que necesitaba ayuda y me reafirmé en mi idea de ir a la Puerta. Así que te confié al cuidado de Mérope y, sin saber exactamente lo que hacía, corrí afuera. Mientras andaba por el sendero, grité y llamé, pero nadie me respondió. No tardé en darme cuenta de que había algo raro... Era el olor a quemado, como si algún árbol hubiera

sido alcanzado por un rayo. Y además, un gran silencio, un silencio vacío y carente de vida que hizo que me estremeciera hasta lo más hondo. La prudencia me aconsejó ir más despacio y mirar mejor a mi alrededor. Algo grave y horroroso había sucedido. El terror me atenazó la boca del estómago, estuve a punto de dar media vuelta. Pero me di ánimos y seguí. Cuando llegué a la Puerta, sin embargo, el corazón se me paró en el pecho.

—¿Qué había ocurrido? —preguntó Sombrío cerrando las manos sobre la mesa.

Erídanus sonrió con resignación. Aquélla era la peor parte de toda la

historia.

—Oh, ni siquiera ahora sé exactamente lo que ocurrió, y no creo que lo sepan siquiera el rey Antares y el mago Stellarius, y tampoco, por lo que sé, la Reina de las Hadas... Pero puedo decirte lo que vi, muchacho. Encontré la Puerta destruida. Y eso no es todo. El rayo no había alcanzado sólo la Puerta, sino también a dos criaturas, de las que no quedaban más que sus huesos ennegrecidos, abrazados como en un último combate mortal.

—¿Dos criaturas? —preguntó Régulus, horrorizado.

—¿Elfos? —preguntó Sombrío casi sin voz.

—No, muchacho, estaba claro que no eran elfos; incluso mi ojo inexperto fue capaz de reconocer entre aquellos huesos la calavera de un hombre lobo y la de un dragón. Por supuesto, no supe nada con certeza hasta la tarde, cuando hablé con Stellarius. Pero, una vez más, es mejor que vaya por orden. El claro parecía casi totalmente quemado por el potente rayo, y no me atrevía a pensar por qué razón un horrible hombre lobo y un dragón habían llegado a nuestro reino a través de la Puerta. Recogí lo que encontré cerca de los esqueletos: una hebilla metálica ennegrecida y medio fundida y una escama de dragón que parecía de cristal. Luego me acerqué a

la Puerta. Entonces me di cuenta de que acababa de ocurrir algo terrible, ¡el jade ya no estaba incrustado en ella! Pensé que el rayo podía haberlo arrojado lejos y me puse a buscarlo inmediatamente. Estuve buscándolo todo el día, hasta que oscureció, pero no logré hallarlo. Así que, desalentado y triste, volví a casa. Para gran sorpresa mía, en la Atalaya me encontré con el mago Stellarius en persona. Si a ti te asombra ahora, hijo, piensa lo asombrado que estaría yo aquella noche. Estaba cansado, abatido y muy preocupado por lo que había visto.

Sólo tenía ganas de sentarme en la oscuridad de la sala para reflexionar y

reordenar mis ideas. En cambio, allí estaba, delante de mí, el consejero del rey, el poderoso Stellarius, al que muchos consideran el mago más grande de todos los tiempos y de todos los reinos. La pobre Mérope ni siquiera lo había reconocido, envuelto como iba en su capa de color noche. Pero me quedé aún más maravillado cuando se puso a hablar contigo, muchacho —dijo Erídanus dirigiendo su mirada a Sombrío—. Te hablaba en voz baja, con tono melancólico y grave. Luego se apartó su gran capucha y dejó al descubierto su rostro: nunca en mi vida me había sentido tan vulnerable como frente a aquellos ojos, que parecían

poder leer en mi mente.

Erídanus suspiró y se quedó mirando fijamente al vacío, como si tratara de rememorar el resto de la historia.

—Él me miró con seriedad y dijo: «Te esperaba. ¡Has tardado lo tuyo! No habría podido esperarte mucho más. Vamos a tu estudio, de prisa. Tengo que hablarte de cosas importantes». He de confesar que las horas pasaron volando, y lo que me dijo Stellarius aquella noche ha permanecido en mi mente y en mi corazón. Antes de irse me pidió: «No reveles a nadie los detalles de lo que has visto ni de lo que has sabido, es de vital importancia que todo suceda en el momento en que debe suceder, ni antes

ni después, sino en el momento justo. Su Majestad en persona confía en ti y ése es un privilegio reservado a pocos». Luego se echó la capucha sobre la cara y se puso en pie. «Y no pierdas la esperanza, amigo elfo. No sé cómo ni cuándo, pero lograremos derrotar a las Fuerzas Oscuras. Bien, que las estrellas sean contigo y con tus hijos», añadió con una sonrisa, Y desapareció por la puerta. Os confieso, hijos, que aquellas palabras me hicieron enmudecer, literalmente, y que la luz ardiente de sus ojos me hizo temblar. No me dio tiempo a replicar nada, porque ya se había esfumado cuando llegué a la puerta.



—Pero ¿de qué hablasteis toda la noche? —preguntó Sombrío arrugando el ceño.

Erídanus sonrió y se puso en pie.

—Un poco de paciencia. ¡Un instante aún y os lo contaré todo!

Fue hasta un estante y, de un

cofrecito de taracea, cogió una llave que los chicos no habían visto nunca. Con ella abrió el arcón que había bajo la ventana. Sacó otro cofrecito de madera que colocó con sumo cuidado sobre la mesa.

—¡Por todas las estrellas del cielo! Y esto ¿qué es? —preguntó Régulus desencajando los ojos.

—Aquí guardo algunas cosas de aquella noche —respondió Erídanus abriendo con solemnidad el cofre—. La hebilla que hallé junto a la Puerta y la escama de dragón. Pero aquí custodio, sobre todo, lo más importante —añadió con la voz inesperadamente temblorosa, mientras en el cielo una pequeña nube

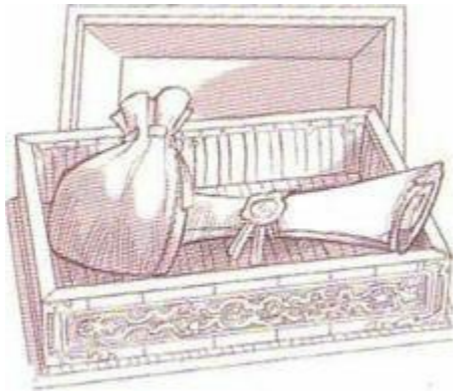
ocultaba el sol—. El pergamino y el saquito que Stellarius me entregó.

—¿Pergamino?, ¿saquito? — preguntó Régulus sin respiración.

—¿De parte de quién? —Se sumó a él Sombrío.

—Y sobre todo, ¿para quién? — añadió Régulus.

Erídanus tomó entre sus dedos el rollo de pergamino sujeto por una cinta roja, desató ésta y se aclaró la voz antes de empezar a leer.



*Querido amigo elfo del
Reino de las Estrellas:*

*Recibe mi reconocimiento y
mi saludo más cordial.*

*Vivimos tiempos tétricos
para el Reino de la Fantasía, y
lo que hoy he sabido
apesadumbra mi corazón. Otra*

Puerta se ha perdido, otro pacífico pueblo ha desaparecido subyugado por las brujas. Había enviado a una de mis hadas, Saltarina, a ayudar al pueblo de los elfos forestales, tan dura y repentinamente atacado por la malvada Reina Negra, pero hace días que perdí el rastro de Saltariña y hoy me he enterado de la muerte de un viejo amigo mío, el dragón Fulminante. Mi corazón rebosa tristeza y agrio desconsuelo: la oscuridad ha caído sobre el Reino de los Bosques con tal rapidez que no he podido hacer

nada. Con todo, no hemos perdido todavía la esperanza. Con sus fulgores, Fulminante consiguió, de hecho, sellarla Puerta, de modo que sólo aquel que sea digno de hacerlo podrá abrirla nuevamente. Tú sabes, amigo elfo, a quién me refiero y conoces también la razón por la que te pido a ti que te ocupes de ese niño hasta que llegue el momento. Él siempre será libre de elegir; recuérdalo y recuérdaselo, pero estoy segura de que el nombre que lleva iluminará su corazón. Su gente lo necesita, igual que el Reino

de la Fantasía necesita a sus héroes.

Te ruego que no le hables de todo esto hasta el momento adecuado; puedes estar seguro de que sabrás cuándo ha llegado ese momento. Cuidado, no trates de convencerlo... Confío a tus manos un presente mío con el fin de que se lo puedas entregar a él. Que lo abra solamente si acepta la misión de llevar de nuevo la paz y la luz al Reino Perdido, al cual pertenece desde siempre la mitad de su corazón, porque sólo él puede hacerlo ya, por

difícil que le resulte.

*Con enorme confianza y
perenne esperanza,*

*Floridiana, Reina de las
Hadas*

La voz de Erídanus, insegura y conmovida, vaciló en las últimas palabras; luego, el elfo dejó el pergamino y levantó con mucho cuidado un saquito de tela basta cerrado con un sencillo lazo de cuero.

Sombrío sintió traspasado su corazón al verlo. No dijo nada y no hizo nada durante un rato, que se hizo eterno. Estaba confundido, triste y enfadado.

—¿Por qué yo? —murmuró

Sombrío.

—Comprendo tu confusión —
murmuró Erídanus—. Pero no temas.
Dispones de todo el tiempo que
necesites para reflexionar sobre lo que
deseas hacer. Nadie te obliga a aceptar
la misión, ni siquiera la Reina de las
Hadas, ya has oído sus palabras. Es
más, personalmente preferiría con
mucho que te quedaras aquí en vez de
correr al encuentro del peligro que
acecha al otro lado de la Puerta. De
todos modos, no me corresponde a mí la
decisión, y no sabes cuánto me cuesta
decírtelo.

Erídanus calló un instante y luego
añadió:

—No te ocultaré que la misión que te aguarda, si decides aceptarla, será difícil. Y que nadie garantiza que tengas éxito. Será un intento, probablemente el último, de derrotar al Mal Oscuro que se ha adueñado de tu reino. Las brujas pueden ser horribles y atroces, tanto como para aniquilar a una hada de la corte de la reina y matar a un dragón de gran coraje como era *Fulminante*... Así pues, no debes tomar ninguna decisión con ligereza.

Sombrío suspiró.

¿Y si un día las brujas lograban llegar allí también?, pensó angustiado. ¿Y si encontraban la manera de abrir la Puerta y el Ejército Oscuro conseguía

invadir el Reino de los Elfos Estrellados, como había ocurrido con el de los Elfos Forestales?

La mano de Erídanus en su hombro lo sacó de aquellos tenebrosos pensamientos.

—Tienes tiempo para decidir. Deja que pase la Fiesta de Medios de la Primavera. Yo custodiare aquí estas cosas por ti, como he hecho hasta ahora. Cuando hayas tomado tu decisión, si quieres marcharte, te entregaré lo que la reina me confió por mediación de Stellarius. Estoy seguro, hijo mío, de que, sea cual sea tu decisión, será la correcta.

7. Coloquios nocturnos



SÍ, aquél fue un día largo y extraño en el cual Sombrío tuvo muchas cosas en las que pensar y muy pocas que decir. Salió solo, sin pronunciar palabra, y Spica lo vio alejarse preocupado.

—Tú sabes adónde va, ¿verdad? — preguntó a Régulus.

Su hermano, que se había sentado en el banco que había a la entrada de la casa y jugueteaba desgano con unos

palitos, no contestó.

—Ha ido a la Puerta, ¿no es cierto?
—insistió ella.

—No lo sé —refunfuñó Régulus.

—No lo sabes, pero la idea se te ha pasado por la cabeza, ¿verdad?

—¿Cómo puedes saber lo que me pasa por la cabeza? —replicó él, irritado.

—Lo sé porque no lo he visto nunca tan triste ni a ti tan nervioso, y porque... —aquí suspiró profundamente—, porque yo también lo estoy. Estoy asustada, Régulus. ¿Qué ocurre? Al final, su hermano levantó los ojos hacia Spica y le indicó que se sentara junto a él.

—¿Por qué estás asustada,

hermanita?

Spica se sentó y empezó a repiquetear nerviosamente con los dedos.

—Sé que sólo queréis protegerme, pero no soy tonta. No sois los mismos desde que fuimos al claro de la Puerta, me doy cuenta. Sombrío me evita... ¡evita a todo el mundo! Y tú también te comportas de manera extraña —protestó Spica.

Régulus frunció el ceño, aunque intentó sonreír; de repente le costaba.

—No debes preocuparte. No ha ocurrido nada grave. —Intentó explicarle.

Spica se puso en pie de un salto y

exclamó:

—No te burles, por favor. Sólo tengo tres años menos que tú y ya no soy una niña.

La sonrisa con que su hermano trataba de tranquilizarla se esfumó.

—Lo sé. Sin embargo, es algo que no puedo explicarte, yo no...

Spica apretó los labios con expresión ofendida y estuvo a punto de replicar algo, pero se lo pensó mejor y dijo solamente:

—No sé cómo, pero ha encontrado el modo de poder marcharse. Quiere partir, ¿verdad?

Régulus la miró. Luego dijo escuetamente:

—Sí.

—¿Aunque al otro lado todo esté muerto y a lo peor sólo encuentre dolor y maldad? —siguió preguntándole Spica llevándose las manos al pecho.

—Yo... —empezó a decir Régulus.

—¿Qué hay de malo en nuestro reino? —lo interrumpió ella cerrando los ojos—. ¿Por qué no le basta con estar aquí? —añadió furibunda, arrepintiéndose en el acto.

—¡No seas injusta! —le reprochó su hermano.

—¿Y quiere ir solo? —volvió a interrumpir.

—Quizá —contestó Régulus. Luego suspiró—. Lo sé. Sé bien que no debería

hacerlo. Lo había convencido para que confiara en mí, pero tú sabes mejor que yo lo cabezota que es Sombrío.

—Entonces ¿qué? ¿Desistes? —le reprochó ella.

—¡Caray, no debería haberte dicho nada! —repuso él. Se levantó y entró en la casa sin dejar de pensar en el asunto.

No le cabía duda de que Sombrío partiría. Pero no sabía cuándo. Y sobre todo, temía que lo hiciese sin una palabra y sin despedirse. Había algo, de todos modos, que Sombrío debería llevar consigo: el regalo de la Reina de las Hadas que Erídanus custodiaba en su estudio. Así pues, a Régulus le bastaría con no perder de vista el estudio...

Y eso fue lo que hizo. Volvió sobre sus pasos y pasó la tarde escondido detrás de una de las columnas del pasillo. Pero no ocurrió nada. Cuando se hizo de noche, le fue difícil no dejarse vencer por el sueño, pero consiguió resistir. El día siguiente sería una jornada de grandes festejos, comida, música, bailes, espectáculos y bromas... En años anteriores se moría de impaciencia esperando que llegara la Fiesta de Medios de la Primavera. Esta vez, sin embargo, todo le parecía



carente de significado.

Precisamente mientras rumiaba estas cosas oyó pisadas en el corredor. Se asomó despacio desde detrás de la columna y descubrió a Sombrío avanzando furtivamente.

El joven forestal llegó hasta la puerta y sacó la llave del bolsillo.

Régulus tragó saliva y dejó que entrase en el estudio, luego se acercó en silencio.

—¿Así que te has decidido? —preguntó con voz firme.

Sombrío se volvió y lo miró a los ojos. Asintió.

—¿Cuándo? —preguntó Régulus.
Sombrío dudó.

—Mañana, cuando todos estén en la fiesta —reveló con voz seria.

—No ibas a decírmelo, ¿verdad? —preguntó su amigo. Sombrío evitó su mirada y se dirigió hacia el arcón que estaba bajo la ventana.

—No puedes venir conmigo —dijo.

—¿Por qué?

—Ya no somos niños y esto no es un juego. Hay peligros muy serios al otro lado de la Puerta... Me sentiría responsable si a ti o a cualquier otro le ocurriera algo.

Régulus resopló nervioso.

—Ya hemos mantenido esta conversación, ¿me equivoco?

—Trata de comprenderlo...

—No, trata de comprenderme tú a mí. No te dejaré correr solo a los brazos de las brujas.

La estrella de la frente de Régulus relampagueó y los ojos de Sombrío, turbados, reflejaron su luz.

—¿Estás seguro? ¿Incluso después de lo que has oído? Hombres lobo, hadas desaparecidas, dragones derrotados...

—Nunca lo he estado tanto, hermanito. Reconozco que esperaba que pasaría más tiempo, pero si es ahora cuando tenemos que partir, ¡que sea ahora mismo!

Sombrío asintió y una leve sonrisa se insinuó en sus ojos.

—Entonces de acuerdo. Me alegrará tenerte a mi lado. Será menos duro —añadió.

—No tienes intención de decírselo a nadie, ¿verdad? —preguntó Régulus.

—Es mejor así, créeme...

—Sí, yo también lo creo —dijo Régulus al pensar en su conversación de aquella tarde con Spica—. Entonces explícame el plan, quiero todos los detalles. Y ojo con engañarme, aunque fuera para protegerme. —Gruñó.

Sombrío asintió y le explicó el plan a su amigo. Cogieron el saquito de la Reina de las Hadas, pusieron todo en orden, apagaron la luz y salieron.

A la mañana siguiente, la Atalaya estaba alborotada y Mérope gritaba dando órdenes a todos para que colocaran en el carro cada uno de los paquetes que había preparado para la Fiesta de Medios de la Primavera. Por fin se pusieron en marcha. A medio camino se acordaron de que habían olvidado el sirope de rosas silvestres y tuvieron que regresar, pero finalmente llegaron a la gran plaza de Burgo de las Casas con Tejados en Punta y se unieron a los demás en los preparativos para la fiesta.

En ese momento, Sombrío y Régulus consiguieron escabullirse sin que nadie

los viera. Se alejaron rápidamente atajando por los campos, con dos macutos de provisiones, el saquito de la Reina de las Hadas, la hebilla del hombre lobo y la escama de dragón halladas cerca de la Puerta años antes, dos ballestas y un par de machetes.

Caminaron en silencio y no tardaron en llegar al camino que conducía al puente de los Cantos Redondos. En ese punto, ya muy próximos a la Puerta, se volvieron para decir adiós a los lugares que quizá no volverían a ver. Y Régulus percibió un extraño movimiento entre los árboles, junto al sendero.

—Alguien... —dijo agarrándole un codo a Sombrío y conteniendo la

respiración.

El joven elfo asintió con un suspiro.

8. Relámpagos verdes



U hermana... —murmuró
Sombrío.

Ni siquiera quería pronunciar su nombre. Era la última persona que quería ver, porque era la única que podía convencerlo para que se quedara. Había pensado largamente, y con mucha más seriedad que nunca, si marcharse o no. Pero aplazar su marcha habría significado dejar morir a su reino pese a que hubiera una esperanza. Y esa esperanza era él.

Spica salió de la mancha de árboles mirando a los dos jóvenes con expresión

firme y decidida. Llevaba un saco al hombro y se había recogido el largo cabello.

—No me miréis así —dijo inmediatamente—. ¡Yo también voy!

—¡No digas tonterías! —la increpó Régulus.

—No las digas tú. —Rebatió ella—. ¡No tienes ningún derecho a tratarme como a una niña!

—¿Qué? —replicó él, incrédulo—. Yo no... ¿Cómo sabías que nos marchábamos hoy?

—¡No soy una ingenua! —respondió ella con fuerza.

—Ah —se burló su hermano.

—No soy una chiquilla boba a la

que haya que salvar. ¡Necesitaréis ayuda! ¡Voy con vosotros! —declaró ella arrogantemente.

—¡Ni hablar! —gritó Régulus furibundo.

—¿Por qué? ¡Dame una buena razón, una sola! —exigió ella con las manos en los costados.

Ante el silencio desconcertado de su hermano, se rió sarcásticamente en señal de desafío.

—¿Has visto? ¡No existe ninguna razón!

—No vienes —intervino Sombrío con determinación.

Spica, enmudecida, volvió sus ojos hacia el joven.

La voz de Sombrío era tan firme y seria que ninguno de los dos estrellados tuvo dudas acerca de lo que pensaba. Aquellas palabras eran su decisión.

Spica apretó los labios y lijó su mirada en las piedras del camino.

—¡Bien dicho! —Remachó Régulus, asombrado por cómo aquellas dos únicas palabras habían logrado zanjar la discusión con su hermana.

—Así que eres como los demás. Tú también... —murmuró la chica, decepcionada.

—¿Qué significa eso? —Se entrometió Régulus.

Spica hizo caso omiso de la pregunta de su hermano y siguió mirando a

Sombrío.

—Siempre he sido la pequeña de la casa, la hermanita, la niña delicada, paciente y sensata, la que nunca desobedecía... ¡Sólo tú me has tratado siempre de otra manera! Como si me consideraras capaz de cuidar de mí misma.

—Y estoy convencido de ello —afirmó Sombrío con gentileza.

—Yo también lo creo —añadió Régulus—. Es sólo que... En fin, ¡que estoy preocupado por ti! No veo qué tiene de malo.



—No quiero que os preocupéis por mí. ¡Quiero decidir por mí misma! ¡Y quiero ir con vosotros! ¡Soy capaz de hacerlo!

—¡Esto no es un juego! —gritó Régulus.

Spica no le prestó atención y clavó

sus ojos en Sombrío.

—Pero ¡tú no quieres que te acompañe! —dijo.

—No, no quiero —contestó el elfo forestal.

Spica se mordió el labio inferior. No preguntó por qué, como los chicos esperaban, pero se puso muy derecha e hizo un pequeño gesto de asentimiento. Si estaba a punto de llorar, no lo dejó traslucir; por el contrario, sus ojos parecían tan decididos como dos zafiros centelleantes y sus mejillas enrojecieron violentamente.

—Por lo menos... procurad regresar —dijo—. Ambos.

—¿Seguro que estás bien, Spica? —

preguntó Régulus tras un instante.

Pero su hermana ni siquiera lo miró. Sus ojos estaban atrapados por los de Sombrío, que le devolvían una mirada de preocupación.

Régulus suspiró y se volvió de lado; de pronto se sentía fuera de lugar.

—¿Puedo acompañaros hasta el claro, por lo menos? —preguntó Spica recobrándose.

—Es mejor que regreses. No sabemos qué sucederá cuando abramos la Puerta. Podría ser peligroso —observó el joven forestal—. Cuida de este reino, es importante. Y ve a la Fiesta de Medios de la Primavera, canta y diviértete. Voz de Luna —dijo

sonriendo con aire inseguro.

—Ya verás, estaremos de vuelta antes de que te hayas dado cuenta y luego podrás contar a todo el mundo nuestra aventura. Ah, y despídeme de papá y de Mérope, por favor.

Después, los dos chicos dieron media vuelta. Con un esfuerzo que le pareció enorme, Sombrío reanudó la marcha dejando a Spica inmóvil en medio del sendero.

Tenía que irse.

Tenía algo importante que hacer.

—¿Crees que ha aceptado de verdad nuestro no? —preguntó en voz baja Régulus.

Sombrío asintió y el joven se sintió

aliviado.

—Claro, se lo has dicho tú. No aceptaría nunca que ningún otro decidiera por ella. Además, todo el mundo tiende a obedecerte, ¿lo has notado? Creo que tienes lo que se llama «don de mando» —dijo Régulus. Pero Sombrío ni siquiera escuchaba. Ahora no podía pensar en nada salvo en la Puerta y en qué los aguardaría al otro lado de aquel umbral.

Alcanzaron de prisa el claro y se acercaron a la madera abrasada conteniendo la respiración. Como siempre, todo parecía muerto. Todo salvo aquellas pocas yemas que habían despuntado en algunas ramas de la

Puerta.

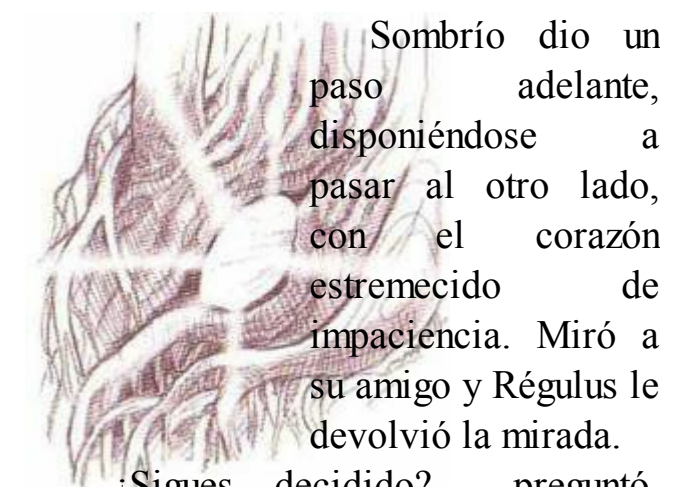
Sombrío tomó aire y sacó el jade de su bolsillo. Lo observó un instante, luego intercambió una mirada con Régulus y se acercó a la Puerta.

Con el corazón en un puño, colocó el jade en su sitio.

Al principio pareció que no ocurría nada.

Luego, de repente, algo se movió por debajo del musgo gris. La madera se cerró alrededor de la piedra verde, que emitió un brillo cegador. Ante los ojos atónitos de los chicos, una superficie de luz verde llenó el hueco de la Puerta.

Los embistió una violentísima ráfaga de viento.

Sombrío dio un paso adelante, disponiéndose a pasar al otro lado, con el corazón estremecido de impaciencia. Miró a su amigo y Régulus le devolvió la mirada.

—¿Sigues decidido? —preguntó, serio.

Régulus asintió.

—¡Cuando quieras! —dijo.

—Entonces ¡vamos! —exclamó

Sombrío y, antes de terminar de decir esas palabras, traspasó el umbral.

El espejo luminoso onduló alrededor

de él y se lo tragó en un abrir y cerrar de ojos.

Régulus frunció el ceño, apretó los puños y lo siguió.

En ese instante, un nuevo resplandor, breve e intenso, relampagueó en el monte. Justo antes de que la puerta se volviera a cerrar, una nube de enormes murciélagos de alas carmesíes cruzó la Puerta y penetró con furia en el Reino de las Estrellas.

A decorative border in a reddish-brown color frames the page. It features intricate scrollwork, floral motifs, and geometric patterns, with larger, more complex designs at the corners and along the top and bottom edges.

PARTE SEGUNDA



AL OTRO LADO
DE LA PUERTA

9. La obsidiana



ÉGULUS cayó hacia delante, con riesgo de romperse la nariz contra las piedras viscosas que circundaban la Puerta. Pero la mano de Sombrío lo aferró por el brazo y el joven suspiró de alivio.

—¡Gracias! —exclamó incorporándose.

No había nadie alrededor y lo que en otro tiempo había sido la cima de una colina cubierta de hierba sólo era una explanada pedregosa. Había cuatro lanzas clavadas en el suelo en correspondencia con los puntos

cardinales y, en sus extremos, cuatro calaveras de lobo observaban a los dos chicos con sus órbitas vacías.

Por un instante, los dos amigos se quedaron quietos, en silencio, pero súbitamente hirió sus oídos un sonido estridente. Una nube de color sangre se alzó del bosque. Sombrío se dio cuenta de que se trataba de murciélagos de alas carmesíes. Con un chillido terrorífico, aquellas horribles criaturas se dirigieron contra ellos y hacia la Puerta.

Régulus apenas tuvo tiempo de taparse las orejas. Sombrío lo empujó a un lado y se arrojó hacia la Puerta.

Al caer, Régulus se golpeó la cabeza contra una piedra afilada. Oyó un

extraño ruido y vio una sucesión de relámpagos plateados. Pasaron unos instantes antes de que el joven pudiera levantar la cabeza.

—¡Por todas... las estrellas fugaces!
—jadeó el muchacho.

—¿Estás bien? —preguntó Sombrío.
Régulus asintió.

—Gracias, amigo. Creo que te debo un favor, aunque has puesto un poco demasiado ímpetu en tu empujón. ¿Qué era esa nube?

Sombrío volvió sus ojos a la Puerta.

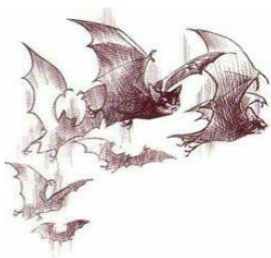
—Murciélagos —dijo, y luego añadió—: o eso creo al menos.

—¡Nunca había visto murciélagos como éstos! —exclamó Régulus

poniéndose en pie lentamente; luego vio la expresión del rostro de su amigo y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—No he conseguido impedir que cruzaran la Puerta



—contestó Sombrío mostrando a su amigo la mano en que sostenía una piedra.

Al principio Régulus la miró sin comprender. Ahora la Puerta estaba cerrada, pero no necesitó mucho para entender que era porque Sombrío había tenido el buen juicio de quitar la piedra

que servía de catalizador a aquel lado del pasaje, es decir, de elemento capaz de liberar una energía mágica.

Parecía obsidiana, igual de oscura y brillante que el cielo negro en una noche sin estrellas. Claro, una obsidiana, exactamente la misma piedra que estaba en todas las demás puertas que conducían al Reino de los Elfos Estrellados desde otros reinos.

El elfo de los bosques miró a su amigo y, tendiéndole la obsidiana tallada en forma de estrella, dijo:

—¡Guárdala tú!

—No creo que sea una buena idea.

—¡Tómala! —replicó Sombrío.

Y Régulus se encontró con la piedra

entre las manos antes de poder replicar.

—¡Sabes que siempre lo pierdo todo! —protestó angustiado.

—Deberás estar atento —repuso Sombrío.

—¿Por qué no la guardas tú?

—Tengo ya el saquito de la Reina de las Hadas —murmuró el joven—; si lo llevo yo todo y me sucede algo, nuestros esfuerzos habrán sido inútiles.

—Pero si la pierdo yo, ¡no conseguiremos volver a casa!

—Entonces no la pierdas —dijo Sombrío.

Aquella breve conversación impresionó profundamente a Régulus y le hizo sentir todo el peso de la

responsabilidad que debía asumir.

—Es mejor que nos vayamos de aquí de prisa —añadió Sombrío escrutando los alrededores.

—¿Crees que alguien se habrá percatado de que estamos aquí? —preguntó Régulus.

—No lo sé. Pero seguro que la luz plateada que ha surgido cuando hemos abierto la Puerta podía verse desde muy lejos —añadió mirando fúnebremente las calaveras—. No sabemos nada de las brujas ni de lo que ha ocurrido aquí después de la caída del reino.

—Tienes razón —admitió Régulus.

Sombrío palpó el saquito que llevaba consigo para asegurarse de que

estaba en su sitio y echó a andar.

Mientras caminaba siguiendo la rápida marcha de Sombrío, Régulus se dio cuenta de que estaban entrando en la espesura y aminoró el paso. En sus historias, su bisabuelo Orión lo llamaba «bosque de los Retoños Verdes», pero si alguna vez había habido retoños en aquel bosque, debía de haber sido muchas primaveras atrás.

Incluso las hojas eran viejas y estaban reseca, aunque decididas a mantenerse aferradas a las ramas.

—¿Por qué vamos por aquí? —preguntó, sorprendido por el hecho de que Sombrío se moviera como si conociera el camino.

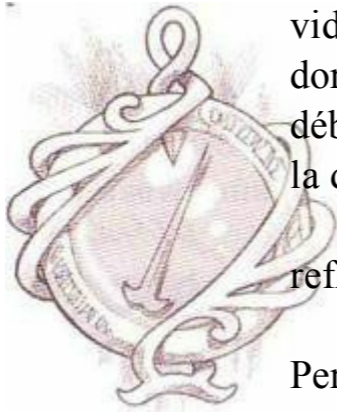
El elfo forestal se volvió y una sonrisa se insinuó en su cara.

—La brújula indica esta dirección —dijo tranquilamente.

—¿La brújula? ¿Qué brújula? —preguntó Régulus con los ojos muy abiertos.

Sombrío sacó un grueso medallón de debajo de su túnica y se lo enseñó a su amigo.

—Lo he encontrado en el saquito de la Reina de las Hadas. ¡Es una especie de brújula! —dijo. Régulus observó aquel objeto encantado. Se trataba de un medallón de plata, luminoso y finamente decorado con motivos que recordaban ramas entrelazadas. Bajo la tapa de



vidrio, una aguja dorada oscilaba débilmente indicando la dirección a seguir.

Régulus pareció reflexionar un rato.

—Ah, bien.

Pero... eso no es el norte, ¿verdad?

Sombrío negó con la cabeza, serio, y Régulus suspiró lentamente.

—Ya. Eso me parecía. Una brújula que no indica el norte... —comentó perplejo.

—Creo que sólo indica el camino que hay que tomar —dijo Sombrío.

—Bueno, entonces sin duda nos

sirve. ¡Si lo dice la Reina de las Hadas!
—exclamó Régulus, que luego añadió
—: ¿Qué más había en el saquito? Es
sólo por saberlo.



—Una ampolla de cristal —contestó
Sombrío.

—Una ¡¿qué?! —preguntó Régulus, incrédulo.

—No grites. —Lo silenció su amigo echando un vistazo inquieto alrededor.

—Ah, sí, perdona. Me preguntaba solamente cómo harás para no romperla. ¡Una ampolla de cristal!

—Tendré cuidado —dijo Sombrío.

—Me parece lo mínimo. Aunque probablemente, siendo un regalo de las hadas, será mágica —aseveró Régulus con aire de experto—. En fin, comprendo lo de la brújula, pero me pregunto de qué nos a servir un irasquito. Bueno, ya veremos —añadió mientras se adentraban en el bosque de los Retoños Verdes.

Sus voces pasaron a ser un débil susurro que se mezclaba con los crujidos de las hojas secas bajo sus pies.

10. Los Crepusculares



PICA se quedó inmóvil con las manos sobre el pecho. De improviso se sentía perdida y sola, cosa que nunca antes le había sucedido.

Una ráfaga de viento gélido la embistió de lleno. La chica apretó los dientes. De pronto oyó un griterío ensordecedor que invadía la colina: el ruido llegó hasta ella, la sobrepasó y se dispersó por los árboles.

Spica alzó los ojos y tuvo la

impresión de ver una bandada de murciélagos color sangre volando como flechas entre los árboles. Uno de ellos se lanzó contra ella y la chica distinguió cuatro malignos ojos rojos que la escudriñaban ávidamente; notó la frialdad de aquellos ojos y sintió que le faltaba la respiración.

En ese preciso instante una voz poderosa atronó a su espalda. Palabras desconocidas e ininteligibles cortaron el aire mientras el horrible murciélago era envuelto por un rayo de luz llameante.

Todavía confusa, Spica distinguió una figura alta y corpulenta enfundada en una amplia túnica ceñida a la cintura por una correa de cuero negro. Tenía largos

cabellos grises y sujetaba en la mano derecha un bastón nudoso de cuyo extremo salía un débil hilo de humo.

—¿Qué era... eso? —Acertó a preguntar cuando pudo hablar.

La figura se volvió tan repentinamente que la sobresaltó. Bajo el abundante cabello, un rostro marcado por la preocupación e iluminado por unos ojos agudos la encaró.

—Así pues, ¿lo has visto? —preguntó con tono brusco sin dejar de observarla. Luego añadió—: El chico ya se ha ido, ¿no es así?

Spica asintió tímidamente.

—Vos sois... ¿sois el mago Stellarius? —preguntó la chica

adivinando la respuesta.

Él se dirigió a grandes pasos al claro.

—¡Claro que soy yo! ¿Quién iba a ser? —vociferó—. Y por lo que parece, ¡no he llegado a tiempo!

El mago agitó el bastón y apuntó con él al jade que Sombrío había vuelto a colocar en su sitio.

Susurró unas palabras y luego pasó su gran mano por la estructura de la Puerta.

—Bueno, parece que por lo menos tus amigos han tenido la sensatez de sellar la entrada —farfulló tranquilizado.

Spica miró la Puerta con expresión

confundida y él le explicó:

—Han quitado la obsidiana, la piedra... el catalizador que había al otro lado.

Después, Stellarius se detuvo y miró a Spica frunciendo sus pobladas cejas.

—Tendremos bastante que hacer por aquí en los próximos días...

—¿Tendremos? —Spica puso los ojos redondos, como si no hubiera entendido bien.

—El murciélago rojo que se ha desvanecido en el aire hace un momento era un crepuscular, ¡y tú lo has visto! —prorrumpió el mago—. Los crepusculares son los peores aliados de las brujas. Y no todo el mundo es capaz

de ver a esas criaturas infernales. Por lo menos no fuera de las Tierras Oscuras —explicó a continuación—. ¡Por ese motivo tu ayuda me será valiosa, realmente valiosa!

—¿Valiosa para qué? Sólo soy capaz de verlos.

—¡Piensa en lo difícil que sería darles caza sin verlos! —soltó él.

—¿Darles caza? —balbució Spica desencajando otra vez los ojos.

Stellarius asintió.

—Tenemos que atraparlos a todos. Si no lo logramos, también el Reino de los Elfos Estrellados verá pronto al Ejército Oscuro desfilando por sus tierras. Los crepusculares son la

vanguardia de los ejércitos de las brujas.

—¿Espías? —preguntó ella con un estremecimiento de terror.

—Mucho más que eso. Por lo que sospecho, los crepusculares son los primeros en llegar al lugar que



el Poder Oscuro quiere someter. Una vez asentados en el territorio, crean una especie de punto de conexión, una nueva Puerta que comunica directamente al Ejército Oscuro con el lugar que intentan conquistar. Pues bien, esta vez las brujas van a encontrarse con la horma de su

zapato; no llegué a tiempo en el caso de otros reinos, pero ahora estoy aquí y debo repeler a las hordas del Ejército Oscuro antes incluso de que lleguen. Y tú no te echarás atrás, ¿verdad?

Spica negó con la cabeza, pese a que se sentía confundida e insegura.

—Veo que has traído un arco en vez de una ballesta ligera, como esperaba.

—Prefiero el arco.

Stellarius lo levantó y sopesó atentamente, arqueando las cejas.

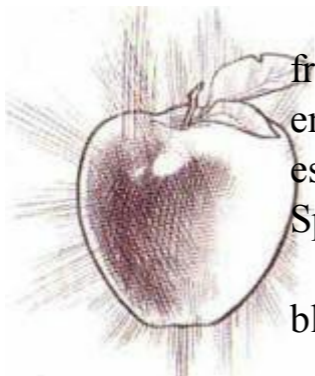
—Hum... Menos potente, menos preciso.

—¡Soy la mejor de la escuela de la Armería! —protestó la chica.

—Bueno, bueno, no te des tantos

aires. Todo el mundo sabe tirar contra un blanco fijo, muchacha. Veamos qué sabes hacer... ¡contra esto! —exclamó divertido.

Sacó del bolsillo una manzana, la limpió en la manga de la túnica y la lanzó al aire.



En vez de caer, el fruto empezó a girar en el aire ante los estupefactos ojos de Spica.

¡Un perfecto blanco móvil!

La flecha vibraba en el arco, lista

para partir, pero Spica tenía los brazos cansados y no había dado aún en el blanco.

—La mejor de la Armería, ¿eh? — masculló Stellarius con expresión seria —. No hay más que verlo, ni un solo acierto.

La joven arrojó otra flecha, que dibujó una amplia curva en el aire y se clavó en la tierra al otro lado del puente.

—¡Oh, un disparo estupendo! — exclamó Stellarius con los brazos cruzados.

—Si todo esto era para demostrarme que soy una inútil presuntuosa, entonces vale, ¡lo he entendido! —gritó ella tirando el arco al suelo y volviéndose

para que el mago no la viera llorar de rabia y vergüenza.

—¡Ah, qué cuento tienes! —la regañó inmediatamente Stellarius—. Eres presuntuosa, y también una tontuela. Hace falta tiempo y paciencia para convertirse en una buena arquera. Y mucho entrenamiento. Así pues, ¡coge otra vez ese arco y vuelve al trabajo!

Espabilada por la reprimenda, Spica lanzó una mirada de desaliento a Stellarius, se agachó para recoger el arco y sacó bruscamente otra flecha.

El mago fue hasta ella y se la arrebató de la mano.

—¡Sin prisas! Lo primero que tienes que hacer es aligerar las aletas. Así...

—dijo mientras arrancaba algunas plumas de la cola de la flecha—. Lo segundo es aprender a concentrarte en el blanco y no en la flecha. Debes seguir el blanco con los ojos, mantener el hombro relajado y disparar la flecha sólo cuando estés segura. Y ahora prueba una última vez, adelante. Después vete a tu casa y trata de descansar, ¡lo necesitas!

—Pero...

—Te dejaré sola unos días para que puedas ejercitarte con el arco —le dijo.

—Pero... —Trató de nuevo de replicar la chica.


—¡Basta de charla! Los crepusculares ya están en acción, tengo que seguirles la pista cuanto antes.

Aprovecharás este tiempo para hacer lo que te he dicho. He de confiar en ti cuando salgamos de caza —explicó escuetamente Stellarius—. Y ahora, adelante, ¡dispara esa flecha!

Spica tomó aire, miró el blanco y, sólo cuando estuvo segura de la trayectoria que éste seguiría, alzó el arco. De repente todo le pareció natural, y fue como si se convirtiera ella misma en arco y flecha.

Apuntó y disparó. Con un débil silbido, la flecha perforó el aire en dirección al blanco móvil. Fue una diana perfecta.

11. Las Alturas Boscosas

 RONTO cayó la noche. Más allá de la densa capa de ramaje asomaron las primeras estrellas, pero los dos jóvenes elfos no podían verlas. Se detuvieron bajo un gran árbol, se acomodaron entre las raíces, y comieron un poco. Se envolvieron luego en sus ropas. Sombrío había notado el desasosiego de Régulus ya durante el día, pero al oscurecer pareció incrementarse la sensación de extravío del joven estrellado.

—Es como una manta negra extendida sobre nosotros —dijo Régulus mirando hacia arriba.

Sombrío dirigió sus ojos hacia la espesura de los árboles que se ramificaban sobre sus cabezas y asintió. Aquel bosque, tan tupido y oscuro, no se parecía a ningún otro de los que habían visto.

Los bosques de arces del Reino de las Estrellas eran más luminosos y no tan salvajes.

Habían viajado todo el día por el que debía de ser un antiquísimo camino, pero, poco antes de hacer el alto, la brújula había indicado otra dirección, que se adentraba en el sotobosque

poblado de helechos y zarzas, y donde colonias de musgo doblaban las ramas más altas, que formaban tétricas arcadas.

Los dos amigos habían decidido que afrontarían el nuevo camino con la luz del día. Estaban agotados por el largo recorrido a través de aquella tierra desconocida, y también muertos de frío, pero acordaron que no encenderían fuego por temor a que alguien pudiera localizarlos.

Ahora, sin embargo, la oscuridad parecía una prisión asfixiante y la falta de estrellas en el cielo se dejaba sentir más que nunca.

Pese al cansancio, les fue difícil

dormirse. Cada sonido parecía una amenaza que se deslizaba en torno de ellos, lista para saltar sobre ellos.

Después de lo que les pareció una eternidad, por fin llegó el alba, que iluminó débilmente el cielo por encima del manto oscuro y tétrico de la floresta. La humedad de la noche fue arrastrada por golpes de viento que lograron colarse bajo la pesada capa de ramas.

—¿Qué dice tu brújula esta mañana?
—preguntó Régulus, serenado por el descanso y la luz del día.

Sombrío sacó el medallón de la Reina de las Hadas y lo consultó. Alzó

los ojos y miró hacia donde indicaba la aguja.

—Por allí —dijo frunciendo el ceño.

Aquel día el camino fue más duro.

Cuando tuvieron que abandonar el viejo y descuidado sendero, se encontraron de improviso en medio de la vegetación más densa y salvaje. Los tupidos matojos eran espinosos, se engancharon en la ropa y el cabello como largas manos huesudas, y entorpecían su paso. El terreno se volvió resbaladizo, fangoso y en cuesta. Tanto, que se vieron obligados a detenerse con mucha frecuencia para recuperarse del cansancio.

La brújula los obligó a cambiar de ruta un par de veces. Sombrío supuso incluso que funcionaba mal y le dio unos golpecitos con el dedo, como si se le hubiera atascado un mecanismo. Pero sabía bien que la brújula era su única ayuda en aquel territorio ignoto, así que siguió sus indicaciones con la máxima atención. Era como si la brújula siguiera un camino retorcido que sólo ella conociera.

Cuando cayó la noche todavía estaban inmersos en la floresta. Habían alcanzado, de todos modos, la cumbre de un cerro, en el centro de la cual se alzaban las ruinas de una construcción de piedra.

Penetraron

entre los muros
derruidos y
encontraron restos
de cadenas y
antorchas,



espadas destrozadas y huesos, por lo
que concluyeron que en otro tiempo
aquello debía de haber sido una prisión.

La escalera para subir al único
torreón aún en pie era una de las más
extrañas que los chicos habían visto
nunca: se trataba de un poste de madera
con ganchos colocados a distintas
alturas, de modo que para subir hasta la
cúspide del torreón había que moverse
como equilibristas, lo que daba tiempo a

quienes estuvieran arriba para defenderse o huir.

—¿Subimos a echar una ojeada? — dijo Régulus, contento por poder ver de nuevo el cielo.

—Ahí arriba podríamos estar demasiado a la vista —objetó Sombrío.

—¡Pero por fin podríamos ver lo que nos rodea!

El elfo forestal echó un vistazo a la construcción y asintió.

—Tienes razón, subamos. ¡Tenemos que saber qué hay por aquí!

Pese a la alegría inicial, la subida al torreón fue más difícil de lo previsto y al alcanzar la cúspide los chicos estaban exhaustos.

Se asomaron para observar las inmediaciones tratando de mantener la cabeza baja. Sólo entonces se dieron cuenta de que se encontraban en un bosque de proporciones gigantescas. En torno a ellos sólo se veían árboles. Al suroeste había una neblina gris de humo sobre la vegetación, pero hacia el resto de direcciones se extendía una única superficie ondulada, completamente cubierta de árboles.

—Allí hay humo. Quizá haya alguien... —dijo Régulus con una vaga esperanza.

—Pero no sabemos quién —añadió Sombrío.

Miró la brújula y descubrió que, en

efecto, no indicaba aquel punto, sino precisamente la dirección opuesta, hacia el noroeste, donde las elevaciones se convertían en una montaña de color verde oscuro casi hasta la cumbre, que parecía un espolón de piedra con la forma de una cabeza de caballo. Aquí y allá se veían picos rocosos y podían distinguirse también diferentes ruinas.

Régulus y Sombrío se quedaron pasmados.

Mientras el sol se ponía, el sonido sordo de un cuerno atravesó el inmenso bosque y se propagó entre los árboles haciendo temblar todo. Obedeciendo aquel reclamo, un enjambre se alzó desde un punto del horizonte y ondeó

emitiendo un silbido agudo para perderse luego a lo lejos, entre los árboles.

—¡Abajo! —ordenó Sombrío tirando de la túnica de su amigo.

Pasó un buen rato; luego, un sonido similar al batir de millones de alas y el rechinar de mil dientes se acercó y alejó como una ola.

Aterrorizados, los dos chicos permanecieron en el suelo y no se levantaron hasta que cesó el ruido. Pero no se asomaron de nuevo.

—¡Por todas las estrellas fugaces! —exclamó Régulus—. En mi vida había oído un ruido tan horrible... ¿Qué hacemos, nos quedamos aquí? Podrían

volver.

—No creo —replicó Sombrío echando un vistazo al cielo—. Y esta torre, a fin de cuentas, parece el sitio más seguro para pasar la noche...

—Bueno, al menos podremos ver las estrellas —murmuró Régulus tratando de darse ánimos.

Empezaba a oscurecer en el Reino Perdido y los dos amigos buscaron un lugar abrigado en el torreón para pasar la noche.

La temperatura se volvió gélida y los dos jóvenes no podían encender fuego, así que se pusieron a charlar.

—¡Mira! —exclamó de repente el elfo forestal apartándose a un lado. Las

piedras del suelo del torreón emitían una leve claridad. Ante los ojos estupefactos de los chicos aparecieron sobre la piedra los contornos de algo que parecía un mapa.

—Pero ¿qué es? —balbució Régulus.

Aquel dibujo era como el reflejo lejano de una fuente de luz. Sombrío alzó los ojos y Régulus, señalando la frente de su amigo, exclamó asombrado:

—¡Su luz viene de tu estrella!

Sombrío volvió a mirar hacia abajo, se pasó una mano por la frente y la luz del mapa se apagó. ¡El corazón se le subió a la garganta! Por lo que parecía, Sirius, su estrella guía, lo estaba

guiando de verdad, incluso en aquel reino desconocido.

Confiado, Sombrío siguió con los dedos las finas líneas del mapa, que parecían trazadas en la piedra con arañazos irregulares. Se distinguía una construcción en mitad de un bosque y, cerca de ella, podía leerse: CIUDAD GRIS, mientras que sobre las montañas se extendían las palabras ALTURAS BOSCOSAS. En un ángulo del mapa estaba indicada la Puerta del Reino Perdido y los chicos constataron que en casi dos días de viaje habían hecho muy poco camino. Más al norte se observaba algo que podía ser un lago a los pies de una montaña denominada PICO

PLATEADO.

—Y bien, ¿adónde nos llevará tu brújula mañana? —preguntó Régulus al ver aparecer el objeto centelleante en la mano de su amigo.

Sobre el borde metálico de la brújula se veían ahora unas palabras en refulgentes caracteres plateados que tomaban su luz de la estrella de Sombrío: ¡*Ánimo y coraje!*

El elfo de los bosques sonrió y depositó la brújula sobre el mapa. La aguja osciló un instante y luego indicó la dirección.

—Las Alturas Boscosas... —murmuró levantando los ojos hacia Régulus.

—Si la brújula dice que a las Alturas Boscosas, ¡pues a las Alturas Boscosas! —exclamó Régulus—. Aunque pensar en toda esa vegetación no me pone de demasiado buen humor. No sabes lo que daría por un buen camino abierto y despejado, como el que va a Burgo de las Casas con Tejados en Punta.

—Ahora lo mejor es dormir o mañana no haremos más de media milla —añadió Sombrío bostezando de cansancio.

Luego echó otro vistazo al mapa y miró al cielo.

Finalmente se tumbó sobre el suelo con las manos bajo la nuca y,

tranquilizado por la vista de las estrellas, durmió profundamente hasta el amanecer.

12. Silbidos y llamas



ODAVÍA estaba oscuro cuando Sombrío se despertó, pero no faltaba mucho para el alba. Cantó un mirlo, aunque el aire parecía denso y repleto de misterio.

Sombrío apoyó una mano en el hombro de su amigo para despertarlo. Régulus musitó algo incomprensible y abrió un ojo.

—Qué lástima, estaba soñando con un sirope de arce tan rico...

Luego recordó dónde se encontraba y sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Creo que es mejor que nos vayamos, dentro de poco será de día — contestó en voz baja Sombrío.

Régulus se estiró y echó un vistazo a las piedras del suelo del torreón.

—Ni rastro. ¿Crees que lo hemos soñado? —preguntó pasando la mano por las piedras en que habían visto el mapa.

—No —respondió Sombrío asomando apenas la cabeza para escudriñar los alrededores—, pero te confieso que la idea de ir en aquella dirección no me atrae mucho.

Régulus alzó sus ojos azules en dirección a las Alturas Boscosas y suspiró.

—¿No eres un elfo forestal? Tendrían que gustarte los bosques intrincados —observó.

—De hecho, me gustan. Pero éste no —contestó él sin dejar de escrutar con ojos inquietos la extensión de bosques—. Tiene algo extraño. Y es silencioso, ¡demasiado silencioso!

—Bueno, pensaba que a estas alturas deberíamos haber encontrado ya a alguien, pero parece que por aquí no hay nadie, salvo los murciélagos —observó Régulus—. No sé si eso es bueno o es malo.

Sombrío asintió mientras consultaba la brújula.

—Bajemos, rápido, y pongámonos

en camino —dijo luego.

—¿Cómo, no desayunamos? ¡Yo tengo hambre! —protestó Régulus.

Sombrío sonrió y le tiró un panecillo con pasas.

—Estás bromeando, ¿no? Con esto no tengo ni para empezar.

—Tendrás que conformarte. Si queremos alcanzar las Alturas Boscosas con las provisiones que hemos traído, no podemos comer mucho. Lo mejor es dividir la comida en pequeñas porciones. Ni siquiera sabemos cuál es exactamente nuestro destino ni cuánto durará el viaje —declaró Sombrío cruzando los brazos sobre sus rodillas.

—¿Eso crees? Pero habrá al menos

un poco de fruta en alguna parte,
bayas... —Se esperanzó Régulus
mirando desconsolado el panecillo.

—Quizá, pero por ahora no podemos
saberlo.



—Vale, entendido. Tú eres el jefe.

A Sombrío le dieron ganas de reírse, pero no llegó a hacerlo, porque un sonido repentino hizo que se volviera hacia el poste que servía de escalera y por el que ellos habían podido encaramarse hasta allá arriba. Se inclinó hacia delante y alcanzó a ver el agujero en el lateral de la construcción; le hizo una seña a Régulus para que permaneciera en silencio. El joven sacó rápidamente su ballesta.

El poste se movió un poco y Sombrío se asomó despacio. Al principio no vio nada, pero luego distinguió una pequeña forma que ascendía por el palo.

Se echó hacia atrás y murmuró:

—¡Está subiendo!

—¿Qué es? —preguntó Régulus con la boca llena.

Sombrío movió de lado a lado la cabeza y echó mano a su propia ballesta. Fuera lo que fuese, la criatura era pequeña, pero eso no significaba que no fuera peligrosa. En el bosque no había visto a ningún animal y ésa era una de las razones por las que no le gustaba nada aquel lugar.

Miró a su alrededor, pero no había ningún otro sitio por donde bajar. Quizá refugiarse allá arriba no había sido tan buena idea, estaban atrapados.

Se echó hacia atrás y con la mano,

sin querer, hizo caer una piedrecita que aterrizó sobre el pavimento de abajo y rebotó dos o tres veces.



La criatura del poste se detuvo como paralizada y sus ojos amarillos brillaron ligeramente en la penumbra mientras escrutaban hacia arriba.

Por un instante Sombrío se preguntó qué podía ser.

¿Un gato salvaje?

¿Un pequeño lince?

Miró aquellos ojos amarillos y éstos se clavaron en él. Sintió un escalofrío en

lo más hondo de sí mismo.

Inmediatamente después oyó un soplido agudo y el aire se llenó de un olor a azufre y ceniza.

Régulus se asomó empuñando su ballesta y el resto sucedió en cuestión de segundos.

Primero hubo un chillido casi imperceptible y un salto, y el poste se balanceó; siguió una centella y a Sombrío apenas le había dado tiempo a retroceder cuando una densa llamarada de color verdoso envolvió el poste.

La madera crujió y se convirtió en un pedazo de ceniza negra.

Mientras Régulus, que había caído hacia atrás, se apagaba su flequillo

incendiado, Sombrío se ponía en pie de un salto y corría al parapeto para mirar abajo. Apuntó con la ballesta y disparó una flecha, pero la pequeña criatura de ojos amarillos se escabulló sin ser alcanzada.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Régulus tosiendo por el humo—. Fuera lo que fuese esa criatura, ha hecho cenizas el poste. ¿Cómo hacemos ahora para bajar?

El sonido de un silbido alejándose llenó el aire. A continuación se oyó otro silbido, más débil y lejano, y luego un tercero.

Régulus alzó los ojos y miró al aire. En el cielo de la mañana se destacaba

una estela negra de denso humo.

—Creo que bajar de aquí será el menor de nuestros problemas —dijo con los dientes apretados. Rebuscó en el macuto y sacó una cuerda—. Pero será mejor darse prisa.

El chico agarró la soga, la ató a un saliente de piedra y se la tiró a Sombrío. Éste dio una patada al poste abrasado, que se hizo añicos, luego echó abajo la soga rápidamente y empezó a descender.

13. Cazadores y presas



la luz tenue del alba, Sombrío esperó a que Régulus bajara y después echó un vistazo alrededor en busca de las huellas del misterioso agresor, pero no encontró más que unas minúsculas marcas de garras que no pudo reconocer.

—¿De qué animal serán? —le preguntó su amigo.

—No lo sé. Jamás había visto nada parecido en casa —contestó Sombrío

poniéndose en pie.

Miró en torno de él y pensó en lo que acababa de decir. La palabra «casa» le recordaba colinas iluminadas por el sol, árboles verdes y vivaces de hojas frescas y perfumadas, un cielo límpido con suaves nubes blancas, voces alegres... En pocas palabras, la Atalaya. Y sin embargo, como a menudo había pensado en los últimos tiempos, aquélla no era realmente su casa. Era la casa de Régulus, de Spica y de Erídanus. No la suya.

Su morada estaba allí, en aquella tierra sometida al Poder Oscuro que lo había llamado a voces y que ahora lo espantaba con sus gritos terribles y

misteriosos.

Su mano corrió instintivamente a la brújula de la Reina de las Hadas y al lema grabado en ella: ¡Ánimo y coraje!

Pues bien, se dijo con un estremecimiento de orgullo, la decisión estaba tomada y él afrontaría sus consecuencias.

—¡En marcha! —dijo.

—Hacia las Alturas Boscosas —murmuró Régulus.

Sombrío asintió y precisó:

—Exactamente en la dirección en que desaparecen las huellas de esa criatura. ¡Tengamos los ojos bien abiertos!

Se pusieron de nuevo en camino. Les

costaba avanzar y pronto fueron engullidos por una vegetación oscura y húmeda en la cual no parecía entrar ni un hilillo de aire. Después, de repente, el aspecto de los árboles empezó a cambiar. Algunos estaban secos y raquíticos, otros asfixiados por las plantas trepadoras.

—¿Crees que esa criatura estará aún por aquí? —preguntó Régulus mientras se dirigían justamente hacia el punto donde la vegetación era más tupida y oscura.

—No tengo ni idea. Pero no parece que nadie haya pasado por aquí en años —murmuró Sombrío mientras salvaba un tronco podrido que se estaba

desmoronando y avanzaba entre una fila de setas negras.

Entre las copas oscuras de los árboles pareció moverse algo... Quizá sólo era el viento. O tal vez su miedo.

—¿Tienes idea de qué animal, de ese tamaño, es capaz de escupir fuego y quemar un poste? —preguntó Régulus.

—Ninguno, aparte de los dragones.

Régulus resopló a su espalda.

—No. Has dicho que era pequeño, pero los dragones son criaturas bastante... ¡abultadas!

—¡Pareces un experto en la materia!

—Papá tiene un tratado de dragología en su biblioteca. Hubo una época en que yo no leía otra cosa.

—¿Quieres decir después de que encontraras aquel hueso en el campo?

Régulus asintió.

—Sí. Se me metió en la cabeza que podía pertenecer a un dragón y buscaba algo que pudiera convencer a todos de que había hecho un gran descubrimiento. Para el museo, ¿sabes? En casa no hay dragones desde hace bastante tiempo... Bueno, por supuesto no fue así, pero creo que me sirvió para aprender cosas.

—¿A no presumir, por ejemplo? — se burló de él Sombrío.

Régulus resopló sonriendo.

—Ahora hablas como Mérope. Veamos, ¿sabes que existen más de trescientos cincuenta tipos de dragón?



Naturalmente, los más conocidos son los de las grandes familias, los dragones parlantes, pero hay incluso dragones selváticos, dragones de las cuevas, de las marismas, de las montañas... Aunque la gente sabe poco o nada de ellos; además, hay un montón de criaturas que se incluyen en la especie de los dragones a pesar de que no están emparentadas ni de lejos. No recuerdo haber leído nunca acerca de dragones de los bosques, por ejemplo.

—Lo cual no significa que no

existan.

—¡Cierto! Pero si yo fuese un escupefuego, no me parecería conveniente vivir en un bosque, corriendo permanentemente el peligro de incendiarlo todo y que me descubran. Además, los dragones, al menos los salvajes, son criaturas bastante solitarias. —Se interrumpió a media frase y buscó los ojos de Sombrío, que había levantado el brazo bruscamente.

—¿Has oído? —musitó el elfo forestal.

—¿Que si he oído el qué?

Sombrío, callado, se volvió en la dirección de la que había venido el sonido. Parecía como si también el

bosque estuviese a la escucha. Durante largos instantes no oyó más que su propia respiración y el latido de su corazón, luego hubo otro sonido, lejano y prolongado. Hacía pensar en un aullido cruel y desesperado. Esta vez también lo oyó Régulus, que agarró el brazo de su amigo instintivamente.

Sombrío se movió de prisa, antes de que se repitiera el gemido. Empezó a correr, saltando y pateando las zarzas para abrirse camino, seguido por Régulus, que se esforzaba en no perderlo de vista.

—¡Por todas las estrellas! ¿Se puede saber qué te ha picado ahora? —jadeó Régulus—. ¿Adónde vas?

Pero Sombrío no se paró hasta llegar a un punto en que la vegetación clareaba. Entonces aminoró el paso e hizo una seña a su amigo. Los dos chicos se detuvieron y se quedaron a la escucha, jadeantes.

—¿No has oído esas voces? — murmuró Sombrío sin dejar de mirar alrededor.

—No. Sólo el gemido —dijo Régulus—. ¿Crees que hay alguien por aquí cerca?

—¡Es lo que quiero descubrir! — respondió el elfo forestal.

Le hizo eco el relincho de un caballo. Los dos amigos se miraron e hicieron un gesto recíproco de

entendimiento, luego se separaron y se dirigieron hacia el punto del que provenían las voces, pero por dos caminos distintos.

Avanzando lentamente entre la vegetación, Sombrío consiguió adentrarse lo bastante para ver a un grupo de sombras oscuras: dos caballos negros y tres figuras. Una de ellas estaba en el suelo y trataba de inmovilizar a una criatura que se revolvió.

—¡Ser maléfico! ¡Me has mordido!
—se quejó, poniéndose en pie con una mano ensangrentada. Desgarró un trozo de su manga y con ayuda de los dientes se lo ató alrededor de la herida para detener la hemorragia. Era de menor

estatura que las dos enormes figuras que estaban a su lado.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Metedlo en la jaula! ¡No olvidéis que vuestro amo os ha ordenado que me ayudéis! —gritó a los otros dos, que habían permanecido quietos todo el tiempo.

—La caza y la inspección de las trampas es tarea tuya —dijo con voz profunda uno de los dos colosos—. La nuestra es impedir que te ocurra algo desagradable cuando estás fuera de las murallas.

—Bueno, esa cosa me ha mordido, algo desagradable sí que me ha ocurrido...

Sombrío entrevió a quien hablaba: se trataba de un elfo delgado y débil, con el pelo castaño despeinado y las ropas sucias; sus ojos hundidos brillaban con una luz ambigua.

Uno de los dos colosos, cubierto por una capa negra, avanzó hacia la curiosa criatura a la que Sombrío no conseguía ver y la agarró con su enorme mano. Se oyó una especie de gruñido. Metieron a la criatura en un saco y luego en una jaula que estaba sobre una carreta.

Sombrío pudo distinguir, por fin, algunos detalles de los dos colosos: llevaban pesadas armaduras y los rostros tapados con capuchas de tela gruesa. No podía estar seguro, porque

nunca había visto a ninguno, pero habría jurado que eran los lúgubres «caballeros sin corazón», los soldados más peligrosos del ejército de la Reina Negra.

Las leyendas contaban que los caballeros sin corazón eran terribles armaduras sin cuerpo, capaces de luchar más allá de todo límite y a los que no era posible derrotar, ni herir ni matar.

Desde su escondite, Sombrío sintió que un escalofrío le recorría la espalda, y alargó las orejas para escuchar lo que decían.

—Espero que al menos en los otros cepos hayan caído dragoncitos plumados, así nuestra reina podrá tener

su bonita capa de plumas —exclamó el elfo—. Vamos, aún tenemos que revisar las otras trampas.



Los dos caballeros montaron en sus caballos y el elfo fue hasta la carreta, agarró las riendas refunfuñando entre

dientes y empezó a tirar de ellas con cansancio.

Sombrío esperó a que se hubieran alejado para bajar al claro. El cepo, abierto y cubierto de hojas secas, resultaba totalmente invisible. En el aire se notaba un vago olor a azufre. El joven estudió el terreno mientras Régulus salió de entre los árboles.

—¡Lo han atrapado! —dijo Sombrío.

—¿El qué? —preguntó Régulus alarmado.

—Han hablado de un dragoncito plumado, creo que era el mismo que quemó la escalera del torreón.

—Bueno, no hay mal que por bien no

venga —observó Régulus—. Si ellos lo han cogido, a nosotros ya no nos molestará.

—Hum... —murmuró Sombrío.

—¿Qué piensas de esos tipos? —preguntó Régulus.

—Me temo que son caballeros sin corazón. He oído algo de lo que decían y parece que acompañan a ese cazador de dragones —contestó Sombrío.

—Sí, yo también lo creo. —Se mostró de acuerdo Régulus.

Los ojos de Sombrío se clavaron en el camino.

—Ven —dijo adentrándose de nuevo en la vegetación, bordeando el sendero—. Y cuidado con dónde pones los pies.

Régulus se mostraba reacio.

—¿Por qué los seguimos? Si de verdad son caballeros sin corazón, no tengo ningunas ganas de verlos de cerca...

—Yo tampoco, pero puede que vuelvan a hablar y necesitamos información. He oído al cazador referirse a una zona peligrosa, donde hay árboles azules.

—¿Azules? Jamás se han visto árboles azules... —masculló Régulus.

Sombrío no dijo nada y siguió andando, hasta que él y Régulus estuvieron lo bastante cerca del grupo como para poder oír su conversación. Pero el cazador y los dos caballeros

hablaron muy poco. Encontraron vacías las demás trampas y el cazador empezó a lamentarse.

—Ah, desde luego no se va a poner contenta, no. Vuestra ama no se pondrá nada contenta cuando se entere de que sólo he atrapado a un mísero dragoncito. Y encima está a punto de anochecer, ¡mejor regresamos!

—En vez de lamentarte —observó la voz cavernosa de uno de los dos caballeros—, coloca más trampas.

—No voy a ir más allá ahora que se está yendo la luz —refunfuñó el cazador en tono estridente—, ¡yo no soy invencible! Y tampoco tengo poderes mágicos —protestó.



Los dos
caballeros
intercambiaron una
mirada gélida.

—Entonces deja
de quejarte y
volvamos a la ciudad
—dijo uno de ellos.

Sus voces, profundas y cavernosas, ponían la piel de gallina.

Hubo un breve silencio y luego el cazador soltó un largo suspiro.

—Todavía me quedan dos trampas. Lo mejor es que las ponga, sí. Las colocaré allá abajo, en el límite del valle... —añadió de mala gana mientras cogía dos objetos chirriantes con dientes

afilados y manchados de sangre seca—. Quizá consiga atrapar algo. Pero es mejor dejar aquí la carreta y los caballos, venid. Quiero colocarlas lejos del camino.

El cazador se alejó entre la vegetación. Los dos caballeros desmontaron de sus negras cabalgaduras y lo siguieron con pasos largos y pesados, doblando los arbustos como si fueran retoños.

Sombrío y Régulus se miraron. El primero tragó saliva y dijo:

—¡Tú quédate aquí!

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a echar un vistazo a esa carreta.

—¿Y por qué?

—Podría haber algo útil —

respondió de prisa Sombrío.

Después, sin darle tiempo a Régulus para protestar, se desembarazó del macuto, que le entregó a su amigo, y se deslizó hacia la carreta.

14. Arcos y ballestas



Sombrío le latía como loco el corazón mientras bajaba y se acercaba a la carreta. No sabía siquiera por qué lo hacía, pero fue tan cauto y silencioso que ni los caballos se percataron de su presencia.

Se detuvo detrás de la carreta y se irguió un poco, lo suficiente para echar un vistazo al interior. Había cuerdas, una pequeña hacha mellada, flechas rotas, unos manojos de hierbas apestosas, sacos de bayas pegajosas, setas y dos faisanes muertos. Había también gran

número de jaulas, algunas plegables y otras fijas. Menos una, todas estaban vacías.

Del saquito en que estaba encerrado el dragoncito plumado provino un resoplido sulfuroso. Sombrío acercó los dedos a la cerradura de la jaula, pero un murmullo ronco lo paralizó.

—¡Abre la jaula! —dijo una voz a su espalda.

Y la punta aguda de un puñal se le plantó entre las costillas.

Sombrío contuvo la respiración y la voz repitió:

—¡He dicho que abras esa jaula! ¡Y no te lo repetiré otra vez!

El chico levantó despacio la cabeza

y repuso con cautela:

—No tengo la llave.

—Ah, bien, el siervo del cazador no tiene la llave... ¿Cómo es eso? ¿Es que tu amo no se fía de ti?

—No sé de qué estás hablando —objetó Sombrío apretando los dientes.

La punta del puñal presionó con mayor fuerza contra sus costillas.

—Ya basta. No me dirás que no sabes forzar una cerradura tan sencilla.

—¿Por qué te interesa tanto este animal? —preguntó el chico.

—Eso es cosa mía. —Fue la respuesta, mientras una pequeña ganzúa oxidada volaba hasta caer en el suelo delante de Sombrío.

—Entonces ¡hazlo tú! —rebatió el joven.

—Claro, para que así puedas golpearme y entregarme a los caballeros como si fuese la nueva presa para tus amigas las brujas. ¡No, gracias! ¡Venga, ábrela!

Sombrío se preguntó dónde estaría Régulus y a qué estaría esperando para intervenir. En ese momento, no tenía más remedio que obedecer. Recogió la ganzúa del suelo y empezó a forzar la cerradura. Unos instantes después, la jaula estaba abierta.

—¡Baja ese puñal, seas quien seas! ¡Y no te atrevas a moverte! —ordenó la voz de Régulus a sus espaldas.

Sombrío

sintió cómo se
retiraba de sus
costillas la
aguzada punta y
exclamó aliviado:



—¡Te lo has tomado con calma,
amigo mío!

Cuando se volvió, vio una figura
envuelta en una capa verde adornada
con hojas; tenía la cara cubierta por una
capucha y un gran cuello alzado hasta la
boca, y sus ojos centelleaban de rabia.
Sombrío aferró el arma con que lo había
amenazado y la observó. Era distinta de
las que había visto en la carreta.

—¡No os mováis y soltad las armas!

—intervino de pronto otra voz detrás de ellos. Una segunda figura envuelta en una capa verde con hojas surgió de la vegetación con un largo arco tensado y una flecha apuntando a Régulus.

La ballesta del joven estrellado tembló y, con una rápida reacción, la primera figura misteriosa levantó el brazo e hizo saltar por los aires el arma de Régulus. La cuerda ya tensada vibró y la flecha salió disparada, sobrepasando la bóveda de hojas oscuras para caer, rápida y silenciosa, al lado de la carreta.

Sombrío se lanzó sobre la criatura que hasta un momento antes lo amenazaba y ésta, cogida por sorpresa,

cayó al suelo y se encontró con el puñal en el cuello.

—Ahora —dijo Sombrío resollando — estamos empatados. Tu amigo amenaza al mío, yo te amenazo a ti. Podemos salir de esta situación de dos maneras, una claramente mejor que la otra, ¡te dejo a ti la elección!

—Puedes matarme si quieres. Total, mi vida no vale nada —dijo con desprecio la figura del suelo.

—Tu amigo no piensa lo mismo; si no, no habría venido corriendo en tu ayuda —repuso Sombrío.

—¡Podría mataros a ambos y huir de vuestros caballeros!

Sombrío presionó con mayor fuerza

el hombro del desconocido.

—No son nuestros amigos, ¡ni siquiera sabemos quiénes son!

—¿No sabéis quiénes son? Siervos de la Reina Negra y de su rey, asesinos...

—¿Y quiénes sois vosotros? —rugió Sombrío.

—¡Gente que quiere volver a vivir libre! —Fue la altiva y airada respuesta.

Sombrío aflojó imperceptiblemente la presa.

—Entonces ¡estamos en el mismo bando!

—¡Tonterías!

—Venimos del Reino de los Elfos Estrellados. Estamos aquí para

ayudaros, siempre que lo que digáis sea cierto —intervino Régulus.

Todos tenían una oreja puesta en la floresta, de la que muy pronto volverían los caballeros sin corazón y el cazador.

—¡Embusteros! ¡Nadie puede venir aquí desde el Reino de las Estrellas! ¡La Puerta está cerrada desde hace muchísimo tiempo!

—Mira a mi amigo. ¿Has visto alguna vez a un elfo como él? —dijo Sombrío.

La criatura embozada pareció calmarse un instante y el joven tuvo la impresión de que también su compañero bajaba ligeramente el arco con el que apuntaba a Régulus. Quizá tenían una

posibilidad de convencerlos de que era cierto lo que habían dicho.

Pero del cuello de la capa salieron más palabras de desprecio:

—Eso no es un elfo, sino una broma de la naturaleza... o un experimento de las brujas. Un esclavo suyo.

—¡Eso no es verdad! —gritó Régulus temblando de indignación.

Los ojos de Sombrío se cruzaron con los del elfo del arco y en ellos pudo leer incertidumbre, la sombra de una duda. Quizá era con él con quien debía tratar...

—¡Si bajas el arco, dejaré ir a tu amigo! —dijo.

—¡No lo hagas! —Gruñó la criatura

embozada.

—¡No lo hagas! —exclamó Régulus.

El arquero dudó; luego, alzando los hombros, dijo:

—Antes deja ir a Rob, luego yo bajaré el arco.

—¡No te dejes engañar! —gimió la figura del suelo.

—Hubo un rayo luminoso en la Puerta... —observó el arquero.

—¡Éramos nosotros! —afirmó Sombrío tratando de mantener la calma.

Aflojó su presa con cautela, luego agarró el puñal con la hoja hacia dentro para que no pudiera herir.

—Ya está —dijo levantando los brazos.

—¡Mátalo! —gritó Rob.

Pero su compañero vaciló.

—¿Dónde estabais ayer por la noche?



—En las ruinas de una antigua prisión —respondió Régulus —. ¿Por qué?

—Son los que vieron la cuadrilla y *Fósforo*. ¡Son muy peligrosos! —afirmó Rob.

El arquero no replicó, pero bajó el arco. Su expresión quedaba oculta por el cuello de la capa, que le cubría el rostro hasta la mitad de la nariz, pero a

Sombrío le dio la impresión de que sus ojos se habían iluminado.

De todos modos, precisamente en aquel momento un ruido de ramitas tronchadas avisó a los cuatro de que el cazador y los dos caballeros regresaban. Los caballos patearon y relincharon nerviosos.

—¡Ya llegan! —exclamó Régulus.

—¡Pronto, por aquí! —musitó el arquero haciéndoles una rápida seña.

Sombrío agarró por el cuello a la criatura embozada y la ayudó a levantarse. Esta última sacó al dragoncito de la jaula, se lo puso bajo el brazo y lanzó una mirada a los dos chicos. Después, cuando Sombrío se

dirigía a intentar arrancar la flecha de Régulus clavada en el suelo cerca de la carreta, le puso una zancadilla. La capa de Sombrío tocó el cepo, que se cerró con un ruido seco. El chico rasgó la tela con un movimiento rápido y se alejó de prisa, dejando la flecha allí donde había caído.

Luego subió tan rápido como pudo por la pendiente y se escondió entre la vegetación.

Cuando alcanzó a los otros, Sombrío siguió mirando el claro.

—La flecha de Régulus... Si la ven, estaremos metidos de verdad en problemas —masculló frunciendo el ceño.

Los cuatro aguantaron la respiración mientras el cazador avanzaba trabajosamente entre los árboles. Farfulló algo, se acercó a la carreta y Sombrío pensó por un momento que había visto la flecha. Los ojos hundidos del cazador brillaban con una luz extraña, escrutando las inmediaciones como si buscara a alguien. Finalmente se volvieron hacia atrás, hacia los imponentes caballeros.

El cazador resopló y empezó a protestar porque la jaula estaba abierta y la presa, la única de aquella partida de caza, había conseguido escapar. Dijo que presentaría una queja a Su Majestad porque los caballeros a quienes lo

confiaba se tomaban a la ligera el encargo de proteger su vida y le hacían imposible la caza. Arrojó de mal humor unas cadenas a la carreta, escudriñó la vegetación con una mirada afilada y, poco después, se puso en camino con los dos caballeros flanqueándolo, sin dejar de refunfuñar indignado.

Mientras pasaban, los oscuros rostros de los caballeros sondearon fríamente los alrededores; luego, el grupo tomó el viejo camino.

Cuando Sombrío se volvió, el arquero desconocido volvía a apuntarlo con su arco.

15. Brecius y Robinia



OMBRÍO y Régulus se sentaron en unas piedras después de que les hubieran requisado sus armas y de que Rob hubiera recuperado rápidamente su puñal.

—No es precisamente el agradecimiento que esperábamos —rezongó Régulus irónicamente, negando con la cabeza—, aunque he de reconocer que necesitaba sentarme después de caminar tanto.

El enfado del chico no tuvo efecto alguno sobre el arquero, mientras que

Rob se irritó.

—¿Agradecimiento? ¿Qué es lo que deberíamos agradeceros? Por poco conseguís que nos capturen... Quienesquiera que seáis, no me interesa ver de cerca las cárceles de Ciudad Gris.

Régulus iba a responder algo descortés, pero Sombrío se lo impidió poniéndole la mano en el hombro y dijo:

—Nosotros hemos corrido el mismo peligro por vuestra causa.

La frase fue recibida con cierto desconcierto, y el arquero, que los tenía siempre a tiro, replicó:

—Tal vez, pero no pensaréis que podemos fiarnos de la palabra de dos

desconocidos. Rob se rió bajo la capa.

—Dos



desconocidos que dicen venir de quién sabe dónde y a los que *Fósforo* olfateó ya ayer. Dos desconocidos que saben bien adónde

van, puesto que han conseguido evitar todas las trampas, las nuestras y las de los hombres lobo de guardia. —Atacó mientras desataba el saco con gestos seguros y soltaba el alambre que mantenía cerradas las fauces del dragoncito.

—Hacía mucho tiempo que no

veíamos caras nuevas por estos parajes —añadió el arquero—, aunque tengo que reconocer que vuestras armas están hechas de una madera que aquí no utilizamos y que son distintas de las nuestras.

—Caras nuevas igual a traidores, ¡ya deberías saberlo! ¡Siempre ha sido así! —estalló Rob.

—Al menos hasta este momento —repuso el arquero.

El dragoncito emitió un sonido estridente, los agujeros de la nariz le humearon ligeramente y se refugió entre las manos de Rob, que lo puso boca arriba sonriendo y le rascó la tripa.

—Mucho mejor ahora, ¿verdad,

Fósforo? —murmuró con aire cómplice.

El dragoncito silbó y se agarró a la capa, luego observó a los dos chicos con sus ojos amarillos.

Sombrío miró a Rob, que le devolvió una mirada de superioridad.

—Y bien, ¿qué clase de criaturas se supone que sois? —dijo luego.

—¿Que qué clase de...? ¿Es que no tienes ojos en la cara, taponcete? —empezó a decir Régulus.

—¿A quién llamas taponcete? —estalló Rob poniéndose en pie de un salto con rabia y apretando los dientes.

Fósforo se asomó desde encima de su capa y soltó una nubecilla de humo verdoso.

—Ésta sí que es buena, ¿no te has dado cuenta de que eres más bien pequeñito..., bajito? —replicó Régulus.

—¡Desde luego, no es culpa mía si a ti y a tu amigo os ha mojado demasiado la lluvia! —rebatió Rob poniéndole una mano en la cabeza a *Fósforo* para calmarlo—. Quiero saber quiénes sois y de dónde venís, y quiero la verdad. ¡No veo qué hay de raro en eso! —Gruñó lanzando una mirada feroz a Régulus.

Sombrío iba a responder, pero se le adelantó el arquero.

—Son elfos. Elfos del Reino de las Estrellas —dijo con voz profunda.

Rob abrió los ojos de par en par y Sombrío asintió mientras observaba

atentamente a los dos.

—¡No seas ridículo, Brecius! — exclamó Rob—. ¿Tú cómo lo sabes?

—Soy mayor que tú y de pequeño estuve en el Reino de las Estrellas — dijo el arquero llamado Brecius.

—Nadie puede llegar hasta aquí, igual que nadie puede irse, así que no son quienes dicen ser.

—Mira su frente —repuso Brecius.

Rob se volvió hacia ellos y los estudió detenidamente. Se acercó y luego se encogió de hombros con desinterés.

—¿Cómo sabes que no es un truco? Cualquiera puede tatuarse una estrella. Un adorno de pésimo gusto...

—¡Esto no es un tatuaje! —intervino Sombrío.

—No cambia nada. Sigo sin creerlos —repuso Rob.

—Robinia, ya oíste lo que dijo Enebro... —empezó a decir Brecius.

Régulus y Sombrío cruzaron una mirada de asombro: así que «Rob» venía de Robinia...

—Enebro no estaba en sus cabales, y nadie cree de verdad en lo que dijo. No era una profecía, como tampoco lo eran las demás cosas que dijo más tarde, sólo bobadas en forma de rima... ¡No hay razón para salir ahora con esa historia!

—¿Profecía? —preguntó Sombrío.

—¡Tú cállate! —lo amonestó

Robinia.

—Y ¿qué han venido a hacer aquí, entonces?

—No tengo ni idea. ¡Desde luego, no han venido a liberarnos! Por lo que sabemos, quizá... quizá la Reina Negra y el Hombre Lobo Rey se han enterado de la historietilla de Enebro y están tratando de engañarnos aprovechándose de nuestra propia estupidez, haciendo que los llevemos a nuestro campamento para luego destruirlo.

Brecius suspiró. Robinia se impacientó y añadió:

—¡Por todas las zarzas, razona! ¿Por qué motivo alguien que está sano y salvo en su casa, en un reino seguro, se

metería en líos atravesando la Puerta con destino a un lugar que está en manos de las brujas? ¡Nadie con un poco de sentido común haría una cosa así!

—Sí, eso es exactamente lo que intenté explicarle a mi amigo Sombrío —intervino Régulus—. Pero él es tan terco que no quiso escucharme. Decidió venir a echar un vistazo a su antiguo mundo personalmente, para ver si podía ayudaros.

Sombrío lo interrumpió: unas palabras más y Régulus lo habría revelado todo, incluso la ayuda recibida de la Reina de las Hadas.

—¿Tu antiguo mundo? ¿Qué significa eso? —preguntó Brecius

observándolo con mayor atención.

—Es una larga historia... —contestó Sombrío.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —repuso Robinia.



Sombrío dirigió a Régulus una

mirada de reproche y luego se decidió a hablar.

—Provengo de este reino. Fui adoptado por los elfos estrellados, hace mucho tiempo, en la época en que las brujas conquistaron estas tierras, pero soy un elfo forestal, lo mismo que vosotros. Si es que de verdad lo sois... —añadió mirando a Brecius a los ojos.

Ésta se sobresaltó violentamente y bajó el arco, con sus ojos luminosos brillándole al fondo de la capucha.

—Y ahora ¿qué te ocurre? —le increpó Robinia con dureza.

—¡Es él! —exclamó el arquero con la voz quebrada por la emoción.

—¿Él, quién?

—El hijo de Corazón Tenaz —
reveló Brecius—. ¡No puedo creérmelo!

De golpe soltó el arco y se echó
atrás la capucha. Un cúmulo de rizos
castaños aparecieron sobre la cabeza de
un elfo de mediana edad, de tupidas
cejas y ojos resplandecientes.

—Entonces eras sólo un niño, ¡todos
creimos que habías muerto! —declaró.

—¡No es posible! —exclamó
Robinia impetuosamente.

—¿Por qué no? —intervino Régulus
—. Y ¿quién era ese Corazón Tenaz?

—Y te pareces a él... Sí, te pareces
mucho a tu padre, ahora que te miro
mejor. Alto, con unos hombros que
tienen el aspecto de ir a hacerse tan

anchos como los suyos, y la frente... Ah, si no fuese por esa estrella... Si no fuese por ella, serías su vivo retrato. Esto... esto lo cambia todo, ¡todo!

—¡No, Brecius! —gritó Robinia tapando sus palabras con un fuerte chillido—. ¡Es el hijo de un traidor y un asesino! Lo que dice no cambia nada en absoluto, y no te habrías puesto tan contento al reconocerlo si estuvieras en tu sano juicio. Siempre que realmente sea quien dice ser —añadió volviéndose a Sombrío con los dientes apretados.

—¡Rob!

—¡Calla! Y tú, dime, ¿qué pruebas tienes para demostrar quién eres? —añadió Robinia acercándose un paso a

Sombrío.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó

Brecius.

Él frunció el ceño.

—Me llaman Sombrío. Pero entonces, cuando crucé al otro lado de la Puerta, mi nombre era Audaz.

Los ojos de Brecius centellearon.

—Eso lo puede saber cualquiera.

¡No prueba nada!

—¡Es sólo un nombre! —exclamó Robinia, colérica.

En ese instante, Sombrío recordó lo que había traído consigo desde el



Reino de los Elfos Estrellados. Cautamente, el joven sacó del macuto la hebilla parcialmente fundida y la escama de dragón y se los tendió a los dos elfos.

—¿Qué son? —exclamó Robinia.

Brecius se acercó y quedó conmocionado. Sus ojos se pusieron inmensamente tristes.

—Una escama de la cola de *Fulminante*... Y esta hebilla... ¿dónde la has encontrado?

—Estaba sobre el esqueleto de un hombre lobo, al otro lado de la Puerta...

—dijo Régulus.

—... junto a la escama de dragón — terminó la frase Sombrío.

—Evidentemente, sabéis muchas

cosas.

—¿Este interrogatorio no tiene ningún sentido! —lo interrumpió Régulus—. ¿Os bastan estas cosas como pruebas o tenéis algo más que oponer?

—¿Pruebas? Bromeas, ¿no es cierto? Éstas no son pruebas de nada. ¡No significan nada! —gritó Robinia, que dio media vuelta de golpe. *Fósforo* perdió el equilibrio y cayó de su capa apartando la capucha del rostro de Robinia.

Una cascada de vaporosos cabellos castaños ondeó al tiempo que dos ojos verde agua, enmarcados por largas pestañas oscuras, brillaron furiosos.

Sin reparar en ello, Robinia gritó en

voz más alta:

—¡Nada! ¡Absolutamente nada! —Y se alejó rápidamente por la vegetación.

Brecius echó una ojeada a la floresta que se había tragado a la chica y se agachó para que el dragoncito se subiera a su hombro.

—Tenéis que perdonarla. Para ella éste no es... un buen momento —murmuró.

Luego se acercó un paso a Sombrío y a Régulus, y les tendió la mano.

—Sabed que podéis contar conmigo. Mi nombre es Brecius. ¡Bienvenido a casa, Audaz! —dijo.

Sombrío observó la gran mano callosa del elfo con una mezcla de temor

y admiración. Su gesto le pareció sincero, así que decidió estrechársela. El ello asintió y luego estrechó la de Régulus.

—¡Y sé bienvenido también tú, hermano estrellado!

—Por lo tanto, Rob... Robinia, en fin, es... ¡una elfa! —comentó Régulus, desconcertado.

Brecius sonrió levemente y asintió.

—La más insoportable, cabezota y orgullosa que he conocido en mi vida —murmuró con un suspiro.

Luego les devolvió sus armas, alzó la cabeza y *Fósforo* soltó un bufido de humo verdoso.

El elfo masculló algo y después

añadió:

—Es mejor no quedarse demasiado tiempo en el mismo lugar, este bosque no es el de otros tiempos. Venid.

—¿Y ella? —preguntó Sombrío echando un vistazo a la espesura en la que Robinia se había internado en su escapada.

—Sabe cómo volver a casa, cuando quiera hacerlo... —respondió Brecius con un suspiro.

—¿Adonde nos dirigimos? —preguntó Sombrío.

Brecius se volvió para mirarlos, ocultó de nuevo su rostro y contestó:

—A casa. ¡A Amargo Refugio!

16. Amargo refugio



escondidas, Sombrío sacó la brújula que llevaba al cuello y le echó un vistazo ansioso. La aguja indicaba precisamente la espalda de Brecius, que iba abriendo camino.

No cabía duda, iban en la dirección correcta. Pero entonces, ¿por qué se sentía tan inquieto?

De repente, la brújula pareció ponerse incandescente. Sombrío la sacó de nuevo y la miró. *¡Ánimo y coraje!*, rezaba la leyenda luminosa, y en ese momento la voz de Régulus llamó su

atención:

—¿Todo bien?

Él asintió y devolvió la brújula a su sitio.

—¿Tú conocías a mi padre? —dijo dirigiéndose a Brecius.

El elfo se volvió y pareció envarado. Fijó sus ojos en él.

—Lo conocía —dijo. Calló durante un rato, como si buscara las palabras, y luego añadió:

—Era mi superior cuando yo era joven y entré en el ejército de la Ronda. Quería defender los confines de nuestras tierras, a nuestra gente y al rey. Entonces, por lo general, nos enfrentábamos a nidadas de escorpiones,

ratas gigantes, criaturas de las tierras exteriores y bandidos. Y tu padre era el mejor de los elfos del rey, el más valiente, ejemplar. ¡Todos lo admiraban y estimaban!

—¿Era? ¿Ha muerto? —preguntó el joven.

Brecius asintió y luego volvió a callarse, esperando más preguntas.

—¿Y... mi madre? —titubeó Sombrío.

—Acacia murió al darte a luz —contestó el elfo con palabras lentas y tan pesadas como peñascos.

Sombrío tragó saliva y bajó los ojos. Igual que en sus peores pesadillas, no le quedaba nadie... Notaba los ojos de

Régulus fijos en él, como si quisiera intuir sus pensamientos, pero durante unos instantes no pudo reaccionar y luego, cuando llegaron, sepultó sus pensamientos en el fondo del corazón.

—Y a él, a mi padre, ¿qué le ocurrió? ¿Por qué Robinia ha dicho que era un asesino y un traidor? —Encontró valor para preguntar, en cambio.

Brecius apretó los dientes.

—Éste no es momento de hablar de ello. Hará falta tiempo y paciencia para desvelar lo que ocurrió entonces y, lo quiera o no, Robinia tendrá que aceptar la realidad. Pero no ahora. Hablaréis de ello con Ulmus. Sabe cosas que los demás no sabemos, recuerda cosas que

se han olvidado con demasiada facilidad...

De mala gana, Sombrío desistió.

—¿Quién es Ulmus? —preguntó Régulus mientras reanudaban la marcha detrás de Brecius.

—Nuestra guía. Hace ya muchas primaveras que perdió casi del todo la vista, pero no os dejéis engañar por vuestra primera impresión. Ulmus puede ver más profundamente que muchos que tienen aún buenos ojos, creedme. Y ahora guardad silencio... ¡Casi hemos llegado!

Cruzaron un riachuelo poco profundo y fangoso, después avanzaron entre piedras puntiagudas y árboles

curvados hasta que cambió el aspecto del bosque, y entonces Sombrío y Régulus se quedaron con la boca abierta.

Brecius se detuvo y, con una sonrisa orgullosa, dijo:

—Y esto es el Bosque Azul. Allá está Amargo Refugio.

—¡Azules! —exclamó Régulus con los ojos de par en par, cautivado por la belleza de los árboles—. ¡Son árboles azules de verdad! ¡No creía que existieran!

—El cazador habló de ellos —dijo Sombrío observando los majestuosos árboles de tronco azul celeste y hojas más oscuras que se recortaban contra el

cielo de la tarde.

—No es la primera vez que hombres lobo y caballeros sin corazón tratan de cruzar la linde del Bosque Azul. Pero no es tan fácil como parece. ¡No temáis y seguidme! —dijo Brecius con un brillo en los ojos.

Luego sacó una flecha de su carcaj y apuntó al cielo.

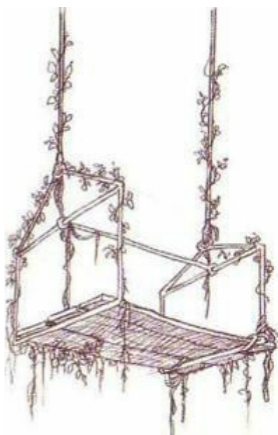
De improviso oyeron un ruido que ya habían oído: un silbido largo, estridente y penetrante que se alejó por encima de los árboles azules. Respondió otro silbido, más lejano, y un tercero resonó como un chillido exultante.

—¿Qué son? —preguntó Sombrío.

—Flechas silbadoras. Nuestra señal

para reconocernos —contestó Brecius.

Los dos amigos se miraron y su estupor creció cuando, procedente de uno de los altos troncos azules, llegó el sonido chirriante de una polea.



Una plataforma bajó hasta el suelo y Brecius les dio instrucciones:

—Poned los pies exactamente donde los pongo yo y no os detengáis durante el trayecto.

Luego se acercó al árbol y esperó a

que Régulus y Sombrío lo alcanzaran. Los hizo subir en la plataforma y luego se unió a ellos.

La plataforma los elevó entre los árboles, donde una serie de puentes de sogas comunicaba los troncos en todas direcciones.

—¿Y ahora? —preguntó Régulus.

—Aunque alguien llegara hasta aquí, para alcanzar Amargo Refugio debería esquivar las trampas y las barreras. Y si lo consiguiera, podríamos cortar los puentes y reconstruirlos en poco tiempo.

—Bueno, la caída tampoco es tan grande —observó Régulus.

—Pero no todo es como parece...
—añadió Brecius con una sonrisa y echó


a andar por un puente colgante. Mientras lo seguían, a Sombrío le pareció distinguir entre los árboles figuras azuladas de contornos borrosos que los observaban pasar con curiosidad.

—¿Quiénes son? —preguntó Régulus, que evidentemente también había visto a los insólitos anfitriones.

—Son los espectros del Bosque Azul —respondió Brecius con expresión enigmática.

—¿Espectros? —balbució, inmóvil de golpe, Régulus, que no lograba apartar su vista de uno. La cara pálida y hundida se ladeó y sonrió de manera inquietante.

—No son verdaderos espíritus, pero



nosotros los
llamamos así.
Digamos que son
nuestros guardianes.

—¿Guardianes?

—preguntó Sombrío
siguiendo al elfo por
el enésimo puente de
cuerda.

Brecius asintió y añadió:

—Vamos, daos prisa o no
llegaremos a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —preguntó
Régulus.

—Basta de preguntas. ¡Venga, ya
casi estamos! —cortó en seco Brecius.

Los dos chicos lo siguieron por los

puentes suspendidos entre los árboles y finalmente llegaron a una plataforma disimulada entre las hojas, por la cual bajaron con el mismo sistema de poleas empleado para subir. Sombrío miró a su alrededor y le pareció que no había estado tan cansado en su vida. Sentía que se le doblaban las rodillas y su mente vagaba en la nada.

—¡Esto es Amargo Refugio! — clamó Brecius indicando un pequeño grupo de cabañas de madera rodeadas de zarzas y cubiertas de barro y hojas.

—¡Por todas las estrellas, qué sueño! — Régulus bostezó, vacilando como si no lograra mantenerse despierto.

Sombrío lo agarró por un brazo y sacudió la cabeza para intentar despejar la bruma de su cerebro. La voz de Brecius le llegaba cada vez más distorsionada; dijo algo que incluía la palabra «espectros», pero le fue imposible comprender más. Esas casuchas no parecían un buen lugar y las figuras azuladas de los árboles se le metían en la cabeza. Dio unos pasos y luego no resistió más y cayó al suelo. Oyó apenas otras voces, indistinguibles.

Y luego notó manos.

Manos que los palpaban.

Manos que los levantaban.

Sombrío intentó moverse, rebelarse.

Estaba claro que era una trampa. No

habría tenido que ser tan ingenuo como para confiar en un desconocido, aunque hubiera dicho que conoció a su padre. Aunque su instinto le hubiera dicho que lo hiciera.

Se esforzó por moverse, apartó manos, pero por cada mano que apartaba, otras lo agarraban... Era como encontrarse en una pesadilla de la que era imposible despertarse.

17. Pesadillas y resoluciones



PICA terminó de tender la colada, luego cogió dos manzanas de la cesta, el arco y las flechas, y se escabulló de casa antes de que Mérope la viera y tratara de retenerla. Tenía que correr al río para practicar.

Habían pasado algunos días desde que Stellarius se había marchado y desde entonces había hecho muchos progresos.

Protegería el mundo que amaba, a su

padre y a Mérope, incluso a costa de su vida, y sin decirles nada para que no se preocuparan. Todavía no se habían recuperado de la marcha repentina de Régulus y a ella le resultaba difícil no discutir con Mérope, que le echaba la culpa de todo a Sombrío.

Su padre le había contado todo, incluso lo del regalo de la Reina de las Hadas, y Spica no hacía más que repetirse a sí misma que continuar y ayudar a Stellarius era lo mejor que podía hacer para sentirse cerca de su hermano. Y de Sombrío, obviamente. ¿Acaso no le había dicho él: «Cuida de este reino»?

Pues bien, ella veía a los

crepusculares y lucharía para que, cuando su hermano y Sombrío regresaran, el Reino de las Estrellas fuese aún el que conocían y amaban.

Sólo así existía la posibilidad de que a su vuelta Sombrío decidiera quedarse.

Tensó la cuerda del arco y disparó de nuevo: veintinueve dianas de treinta intentos.

Spica asintió satisfecha, era hora de volver a casa.

Stellarius regresaría pronto. Algo le decía que el peligro aumentaba; en el horizonte se agitaba la oscuridad y nadie, aparte de ella y del mago huraño, podría hacer nada para detenerla...



Spica oyó gritos, ruido de espadas entrecrocando, pateo de caballos, relinchos... Sintió que la aferraban unas manos, que la arrastraban. Intentó resistirse desesperadamente, pero una forma de contornos borrosos y cambiantes se abalanzó sobre ella,

abriendo las fauces de un vacío enorme y oscuro... La chica gimió aterrorizada y se sentó en la cama.

Las manos que la sujetaban se desvanecieron, las fauces desaparecieron.

Parpadeó jadeante y miró a su alrededor.

Su habitación era la misma de siempre y la oscuridad de la noche lo envolvía todo, mientras que la luna proyectaba su luz plateada sobre la ventana.

Había sido un sueño, solamente un sueño, se repetía tratando de tranquilizarse.

Pero tenía la impresión de que había

sido algo más. Un presentimiento.

Sacudió la cabeza para desechar aquellos horribles pensamientos y percibió una pequeña silueta que colgaba de una de las ramas



del árbol, al otro lado de la ventana. Le pareció que cuatro pequeños ojos malignos rojos la miraban y sintió que el corazón se le aceleraba.

«¡Crepusculares! ¡Aquí!», pensó aterrorizada. Saltó de la cama y se acercó a la ventana, pero antes de que

podiera decidir qué hacer oyó un débil chillido y la forma desapareció con un aleteo.

Ahogando un quejido de rabia, la chica se arrodilló cerca del arco, contó las flechas del carcaj y luego se decidió. El tiempo apremiaba, no cabía duda.

Bien, esperaría un día más el regreso de Stellarius. Sólo uno. Luego saldría en busca de la guarida de los crepusculares.

18. La sombra del pasado



OMBRÍO se despertó de golpe y se sentó en el crujiente lecho de hojas en que lo habían tumbado. Parpadeó en la oscuridad, con la respiración entrecortada y los músculos tensos; en torno a él todo estaba en silencio. Cuando se acostumbró a la oscuridad, logró distinguir la habitación en que se encontraba. Debía de ser una cabaña.

También consiguió distinguir la silueta de Régulus, que estaba tumbado

en un rincón, y poco a poco percibió voces provenientes de fuera. Con la cabeza zumbándole, se puso lentamente de rodillas, se acercó a su amigo y descubrió con inmenso alivio que estaba vivo y dormía profundamente. Se sentó con las piernas cruzadas y trató de poner en orden sus pensamientos.

Estaban prisioneros.

Se sentía como si hubiera recibido un golpe en la cabeza y, al ir a levantarse, la oscuridad estriada onduló violentamente en torno de él. El joven se agarró a la pared de madera y, mientras su aturdimiento se atenuaba, fue aproximándose a la puerta. No estaban atados y se dio cuenta de que al otro

lado de la puerta de madera bailaba la luz de una chimenea.

Sombrío no tenía ni idea de lo que había pasado.

Palpó la madera astillada en busca de una cerradura: no encontró ninguna, pero siguió teniendo la sensación de estar preso.

Acercó un ojo a una rendija y las voces de fuera parecieron fluctuar un instante antes de hacerse inteligibles.

—Debéis entenderla —dijo una voz débil y ligera como papel de arroz— en vez de maldecirla por esto...

La otra voz, irritada, gruñó:

—¡Tiene que aprender a tomar decisiones! ¡A distinguir la verdad de la

mentira! ¡Un día tendrá que asumir grandes responsabilidades!

—Eso es cierto —admitió la primera voz con un suspiro—, pero piensa que para ella no es fácil.

—Nadie ha dicho nunca que lo fuera. No es fácil para ninguno de nosotros. Pero ¿cómo puede pretender ocuparse de los demás si ni siquiera sabe decidir en lo que la concierne?

—Ya aprenderá. Es joven, aunque testaruda y orgullosa.

—Pasar la noche sola, lejos de Amargo Refugio, ¡y sin *Fósforo*! Poner en peligro su vida... —protestó la otra voz. Sombrío reconoció el timbre de voz de Brecius. La otra voz, sin embargo, le

era extraña.

—Robinia sabe cuidar de sí misma. No es eso lo que debe preocuparnos — rebatió resignada la voz desconocida—, sino esa parte de su corazón con la que nunca ha ajustado cuentas.

La respuesta fue un prolongado silencio.

—Ahora que él está aquí, deberá hacerlo.

—Eso es sencillo de decir, pero no de hacer. Si es verdad lo que me has contado, si el joven elfo es realmente Audaz, entonces la cosa podría ser más complicada de lo que crees...

—¡Ese joven es uno de nosotros, Ulmus!

—Lo es y no lo es, viejo amigo. Y tú lo sabes mejor que yo. Su padre no lo era y, después de lo que hizo, aquí nadie lo considerará nunca un auténtico elfo forestal.

—Sí, tienes razón.

Se hizo un breve y pensativo silencio.

—Enebro tenía razón cuando decía que llegaría un hermano a salvarnos... Siempre tuvo razón... Y también cuando decía que su padre no nos había traicionado, ¡pero nadie lo ha creído en todo este tiempo! —estalló.

—Eso no es del todo cierto. Conozco a dos personas por lo menos que siempre han creído en sus palabras,

por enigmáticas que fuesen. Tú y yo, amigo mío. Nosotros nunca hemos pensado que las cosas sucedieran como todos contaron.

—¡Y ahora tenemos las pruebas!

Sombrío, cansado ya de descifrar acertijos, y al darse cuenta de que no tenía consigo su macuto, dio un ligero empujón a la puerta, que se abrió.

Dio un paso fuera de la cabaña y su voz rompió el súbito silencio.

—¿Pruebas de qué? —preguntó.

Brecius fijó en él sus ojos y la otra figura, encorvada e inclinada, se volvió y mostró su rostro por primera vez.

Sombrío se quedó quieto unos instantes. Una melena de cabellos lisos y



plateados enmarcaba el rostro de la anciana elfa de voz frágil.

—Así pues, ya te has despertado — observó ella con una sonrisa enigmática.

—¿Qué nos ha ocurrido? ¿Por qué

Régulus duerme aún?

—Los espectros azules —dijo Brecius.

—¿Quiénes son? —preguntó el joven.

—Se trata de criaturas hermosas, pero también terriblemente engañosas. Infestan el Bosque Azul desde que el

mundo es tal como lo conocemos. Por eso nos escondemos tras esta barrera natural. Ni siquiera las brujas o sus hombres lobo lograrían pasar sin correr graves peligros. Los espectros nos ofrecieron refugio y protección. Mi nombre es Ulmus, jovencito. Adelante, acércate y siéntate junto al fuego.

Sombrío avanzó y se sentó. Brecius volvió a sentarse y desvió la mirada con un suspiro.

—Los espectros son capaces de producir potentes vapores soporíferos. Hace tiempo colonizaron esta parte del bosque y transformaron los árboles en lo que habéis visto, el Bosque Azul, que está impregnado de esos vapores.

Atravesarlo sin conocer el camino supone perderse y caer presa de un sueño invencible. Entonces los espectros pueden saltarles encima a los incautos viajeros y devorarlos sin piedad.

Sombrío miró alarmado a Brecius. Ulmus pareció leer en su mente y sonrió de una manera indescifrable.

—Sí, lo has adivinado, por eso todos los que pasan por el laberinto de los árboles llevan cuello alto o bufanda, para protegerse más tiempo de los vapores soporíferos. Muchos de los nuestros, en el pasado, murieron al intentar cruzar el Bosque Azul. Por suerte, no fue un sacrificio inútil. Ahora

dime, ¿cómo te sientes?

—Tengo la cabeza un tanto ida, pero estoy bien. —Contestó él, y luego frunció el ceño—. Hace un momento hablabais de mi padre, ¿no es así?

—Tu voz se parece a la suya como dos gotas de agua. Y también tu aspecto, según me dice Brecius, salvo en el pelo, que es igual que el de tu madre Acacia —dijo Ulmus con una sonrisa.

Luego, ante el silencio del joven, añadió:

—A decir verdad, hemos hablado de varias cosas, pero todas están relacionadas.

—¿Con qué? —preguntó la voz de Régulus a su espalda. Pero no siguió

preguntando—. Perdonen, no quería molestar...

—No molestas. Ven a sentarte, joven estrellado. Bien, ¿relacionadas con qué, quieres saber? Con la caída del reino y con los hombres lobo que invadieron nuestras tierras. Y con la sombra de la Reina Negra, que se extiende cada vez más sobre los reinos colindantes —dijo Ulmus con voz apenada.

Luego cerró las manos y se dirigió a Sombrío:

—Tu padre era el comandante de la Ronda. Era fuerte... pero ése no era el motivo por el que era comandante. Era justo, amable... era el alma de la Ronda y no aceptaba injusticias. Fue así desde

el día de su llegada y por eso el rey de entonces, Ciprés, lo había nombrado comandante. Todos lo admiraban, lo amaban y se alegraron cuando se casó con tu madre, Acacia, y decidió echar raíces en el Reino de los Bosques. Pero los tiempos empezaron a cambiar y las fronteras orientales se volvieron muy peligrosas, mucho más de cuanto lo habían sido nunca. Cuando el rey Ciprés murió, su hijo Pyraster era aún joven y todos pidieron a tu padre que abandonara la frontera, donde patrullaba con los caballeros de la Ronda, y entrara en la Guardia Real. Tu madre había muerto hacía poco, así que él aceptó, por tu bien y por el de todos.

Fue entonces cuando yo lo conocí. Y fue también el principio del fin.

»La oscuridad nos circundó sin que nos diéramos cuenta. Estábamos demasiado ocupados en nuestras actividades cotidianas para dar importancia a las pequeñas cosas. Sin embargo, estoy segura de que Corazón Tenaz había descubierto algo. Se atrevió a insinuármelo a mí, y quizá a alguien más, pero yo misma, tontamente ingenua por entonces, me burlé de él diciendo que se preocupaba demasiado, que estaba acostumbrado a las peligrosas tierras fronterizas y que aquí no había peligro.

—¿Tú vivías en la corte? —

preguntó Sombrío.

—Era Maestra de Invernadero, sí. Y Enebro era el maestro del joven rey Pyraster. En fin, que ninguno de nosotros le prestó atención. Si le hubiéramos hecho caso, las brujas nunca habrían tenido posibilidad de hacerse con el trono, pero ni siquiera tu padre se imaginaba lo que se estaba preparando. ¡Una traición que traería muerte y destrucción durante años!

—Muchos sostienen que el traidor era precisamente tu padre... —dijo Brecius en tono lúgubre.

—Como Robinia —observó Sombrío.

Régulus comentó:

—Muchos no son todos...

En el rostro de Ulmus apareció una sonrisa enigmática.

—Es cierto. Has dicho algo muy justo, joven estrellado. Pero sólo Enebro, Brecius y yo hemos creído siempre que Corazón Tenaz no tenía ninguna culpa. El hecho es que ninguno de nosotros ha podido demostrarlo nunca con certeza. Pues nadie sabe de verdad qué ocurrió en la corte en aquellos días. El joven rey Pyraster no confiaba a nadie sus secretos y si Corazón Tenaz descubrió algo, se lo guardó para él, convencido tal vez de poder arreglar las cosas él solo. Lo que se sabe de aquellos días es poco y

confuso, pero te diré lo que Brecius y yo hemos reconstruido a partir de las oscuras palabras de Enebro.



»Enebro asistió a un enfrentamiento entre tu padre y el joven rey Pyraster, un enfrentamiento tras el cual Corazón Tenaz desapareció y Pyraster anunció que el reino estaba a punto de ser invadido por las tropas del Ejército Oscuro. Acusó a tu padre de haberse vuelto un hombre lobo y de haber tramado con la Reina Negra para reducirnos a la esclavitud usando a su

fiel dragón, *Fulminante*. Y así, Pyraster reunió a las tropas de todo el reino para dar caza al traidor. Alcanzaron a tu padre en la Puerta, donde se encontraba con Enebro y muchos niños de la Escuela Real, entre los cuales estabas tú. Se produjo otro violentísimo combate, tras el cual la Puerta fue sellada. Las tropas de Pyraster fueron exterminadas y el reino cayó. De repente, otros hombres lobo se abatieron sobre nosotros desde el bosque.

»Pyraster entabló una terrible batalla con tu padre, que montaba a *Fulminante* contigo a la grupa. Se cuenta que tu padre murió atravesado por la espada del joven rey mientras intentaba

defenderte. *Fulminante* y *Pyra*ster desaparecieron al otro lado de la Puerta que conducía al Reino de los Elfos Estrellados, y los hombres lobo comenzaron su invasión. Los pocos elfos de la Ronda que sobrevivieron sufrieron numerosos ataques del ejército de la Reina Negra, los invencibles caballeros sin corazón ocuparon Ciudad Gris y luego también los bosques... Nuestro reino cayó en manos del Poder Oscuro. Se salvaron pocos, murieron demasiados y aún más fueron hechos esclavos. Fue entonces cuando yo perdí la vista —concluyó tristemente Ulmus.

—Y Corazón Tenaz fue tachado de traidor... —añadió Brecius—. ¡Pero

ahora sabemos con certeza que no fue él el traidor!

—¿No?

—¿Cómo podéis tener esa certeza?

—inquirió Sombrío. Sentía que el corazón le latía en el pecho como un martillo.

Brecius sacó de su macuto la hebilla parcialmente fundida que Erídanus había encontrado junto a los esqueletos, cerca de la Puerta.

—Esta hebilla era del rey. ¡Era de Pyraster! —dijo.

—¿Qué? —preguntaron Sombrío y Régulus a coro.

—Tiene grabado el escudo del rey, una hoja de haya ornada con un

diamante. Pyraster hizo que la forjaran los mejores artesanos del reino.

—Así que ésta es la hebilla de vuestro rey. Pero si estaba encima de un... —añadió Régulus, incómodo.

—Un hombre lobo, sí. Tú, muchacho, nos has contado que fue encontrada junto con los esqueletos de un dragón, *Fulminante*, y un hombre lobo, ¡evidentemente Pyraster! He ahí por qué el rey acusó a tu padre de lo que él mismo había tramado: se había aliado con las brujas y se había convertido en hombre lobo —suspiró Ulmus—. Y esto explica también la turbación de Corazón Tenaz cuando trató de hablarme, ¡debía de haberlo descubierto!

—Sí. Y también explica el desconcierto de Enebro —intervino Brecius—. Él dijo que te había visto desaparecer por la Puerta, y siempre afirmó que el rey había atacado a *Fulminante*. Yo mismo encontré poco después a Enebro, que huía por el bosque junto con los niños de la Escuela Real. Estaba desesperado y dijo que había sido Corazón Tenaz quien te había salvado, aunque a él le había ocurrido algo grave. Pero desde entonces Enebro no fue capaz de hablar salvo por enigmas...

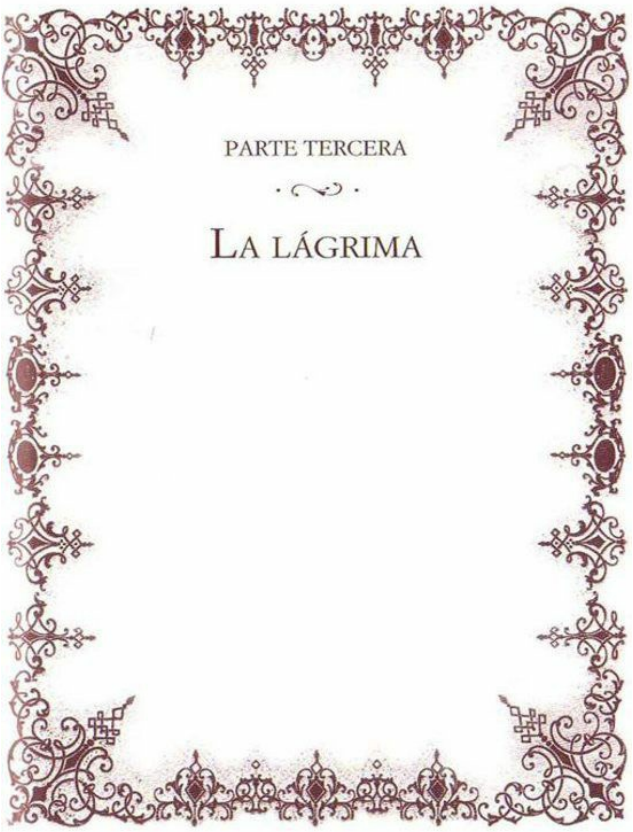
Además, estaba herido de gravedad y esas heridas lo llevaron lentamente a la muerte.

—Nosotros pensamos que el joven rey Pyrafter vendió a su pueblo y su reino... Tal vez por falta de valor, o puede que por codicia. Creemos que cedió a los halagos de la Reina Negra y se convirtió en un hombre lobo suyo, dispuesto a obedecer sus malvadas órdenes. Pero tendría que haber comprendido que la Reina Negra no tiene aliados, ¡sólo siervos! —dijo Ulmus con expresión absorta—. De todos modos, nadie acepta esta verdad, ni siquiera ahora, después de tantos años. Y Robinia menos que nadie —añadió.

—¿Y por qué se lo toma así? —preguntó Régulus con una mueca.

Ulmus fijó sus ojos nublados en el fuego y soltó un suspiro.

—Porque Robinia es la hermana menor de Pyrafter y la legítima heredera del trono del Reino de los Bosques.

A decorative border in a reddish-brown color frames the page. It features intricate scrollwork, floral motifs, and diamond-shaped patterns. The border is thicker at the corners and has a repeating pattern along the top and bottom edges.

PARTE TERCERA



LA LÁGRIMA

19. ¡Imposible!



AS palabras de Ulmus quedaron flotando en el aire durante un rato.

—¿Por qué nunca le habéis dicho la verdad? —preguntó Sombrío.

—«Verdad» es una palabra muy seria, muchacho —resopló amargamente Brecius.

—¡Incómoda para algunos! Recuerda que a veces es más fácil encerrarse en las propias mentiras que afrontar la realidad... —añadió Ulmus con expresión resignada—. Además, nunca hemos tenido suficientes pruebas

para demostrar que teníamos razón. Nuestro único testigo era Enebro, pero no volvió a ser el mismo después de que los hombres lobo se hicieran con el trono y de la atroz derrota de la Ronda y la Guardia Real. Pese a que era el único que hablaba de que había una manera de salvar nuestro reino, de una esperanza, nadie lo tomó nunca en serio.

Ulmus suspiró.

—Todos los elfos válidos estaban muertos o eran prisioneros. Lo cual es peor, por lo que sabemos, que estar muerto —dijo.

—Pero este campamento... —intervino Régulus.

—Aquí sólo estamos los que nos

salvamos. Los viejos y los que entonces eran niños y ahora son unos chicos, nada más que unos chicos a los que proteger y no a los que mandar al combate — murmuró Ulmus.

—Has hablado de los enigmas que dejó Enebro... —dijo Sombrío en ese momento.

La anciana forestal asintió lentamente.

—Los he estudiado durante años — dijo—. Creo que Enebro era víctima de un encantamiento que lo obligaba a hablar en enigmas. Algunos, en realidad muchos, los resolví. A través de ellos Enebro comunicaba lo que sabía y lo que había vivido, aunque nosotros no lo

comprendimos en su momento. Aparte de que en aquella época había tantísimo que hacer...

—Los otros siguen siendo un misterio —contestó Ulmus—. Pero veamos, ¿vosotros dos sabéis decirme a qué se refería cuando hablaba de «lo que, hasta que suceda, nos tendrá en suspenso»?

—¡Eso es fácil! —declaró insolentemente el chico—, ¡es la duda! —Sonrió Régulus.

Hubo un instante de atónito silencio. Después Ulmus asintió.

—Así es, en efecto. Y ¿quién es «el horrendo monstruo que, cuanto más trague, más grande se volverá y menos

se distinguirá»?

Sombrío la miró tranquilamente y respondió:

—Se trata de la oscuridad. Pero ¿qué revelan sencillas adivinanzas como éstas?

—Sabed que las adivinanzas que habéis resuelto con tanta facilidad formaban parte del diario de Enebro, donde él contó lo que ocurrió poco antes de que el reino cayese. Todo el diario está escrito en enigmas y creo que se refería a vosotros cuando hablaba de «dos estrellas» que llegarían para «reconducir la luz bajo la maraña de hojas».



—Con «dos estrellas» tal vez quisiera decir «dos estrellados»... —murmuró Brecius con un suspiro dubitativo.

Ella asintió.

—Cuando las «estrellas» llegaran, las «dudas» que nos habían tenido en

suspenso hasta entonces desaparecerían y la horrenda «oscuridad» que todo lo había devorado sería expulsada... Sí. Ésa había sido mi interpretación, ¡y ahora me parece más clara que nunca!

—¿Queréis decir que nos esperabais a nosotros? —preguntó Régulus, incrédulo.

—Pero ¡no es posible! ¿Cómo sabía Enebro que vendríamos? —añadió Sombrío negando con la cabeza.

—Yo creo que había oído algunas conversaciones de una bruja o quizá de la propia Reina Negra... pero eso no tiene importancia. Ahora tenemos que descubrir lo que quería decir con su «Gran Enigma». El último, a decir

verdad. El que quiso que grabaran en su tumba. Y ahora os lo desvelaré. Nunca he comprendido su sentido, pero quizá vosotros podáis intuir qué esconde.

Poco después, delante de la lápida de Enebro, tallada en la madera de un viejo árbol, Sombrío observó la inscripción mientras escuchaba la voz temblorosa de Ulmus, que repetía de memoria lo que el anciano elfo había querido que escribieran sobre su tumba:

DEL OSCURO RETO EL MOMENTO
SERÁ
CUANDO DE NADA SERVIRÁN

TECHOS DE CARCOMIDA LEÑA,
BARRERAS DE PIEDRA DESNUDA
Y DARDOS QUE DEJAN SEÑA;
NI MUERTOS NI VIVOS BASTARÁN
CUANDO EL MAL PREVALECERÁ.

SÓLO PODREMOS AGUARDAR Y
MIRAR,
PERO ¡ATENTOS!, PUES SI QUERRÁ
HADA LÁGRIMAS DE PLATA
DERRAMAR
SOBRE NUESTRA CIEGA LOCURA
DE ANTAÑO
Y SOBRE LOS ALTOS ÁRBOLES CON
LARGO PAÑO,
LA ESPERANZA NO MORIRÁ
Y DE LEJOS VENDRÁ QUIEN
SALVARNOS PODRÁ.

SÓLO AL JUSTO ACAECERÁ
QUE VENENO SE TORNARÁ
REMEDIO,
QUE MUERTE SE TORNARÁ VIDA,
ROTO SERÁ EL ASEDIO
Y EL VIL PROPICIO RESULTARÁ.
PERO LA CAZANO HABRÁ
CONCLUIDO
HASTA QUE LA BRUJA SE HAYA
DESVANECIDO.
SÓLO EL ARCO, LA OCA, EL
DRAGÓN Y LA ESPADA
VENCERÁN UN DIA A LA OSCURA
MÉS NADA.

Régulus arrugó la frente.

—Ah, ésta sí es que es una señora adivinanza, más complicada que las

otras.

Ulmus y Brecius, como de común acuerdo, se quedaron aguardando, pero Sombrío permaneció en silencio, reflexionando sobre aquellas palabras.

—Quizá no sea una adivinanza, no en el sentido literal de la palabra. Techos viejos... piedras, flechas... ni muertos ni vivos. Brecius, ¿los del Bosque Azul no son espectros? —dijo al final de un larguísimo silencio.

—Sí, así los llamamos —confirmó Brecius.

—Las palabras «ni muertos ni vivos» podrían referirse a ellos —sugirió el chico mirando por encima de él.

—Sí. Ulmus repite desde hace tiempo que ni siquiera aquí estamos seguros... —observó Brecius.

—Pero «de lejos vendrá quien salvarnos podrá...» —añadió la anciana elfa con expresión tensa.

Sus ojos nublados se alzaron hacia Sombrío. El chico contuvo la respiración y ella añadió:

—El mayor problema son los versos que dicen «si querrá hada lágrimas de plata derramar sobre nuestra ciega locura de antaño y sobre los altos árboles con largo paño». No tengo ni idea de lo que significan. Y tampoco «veneno se tornará remedio, muerte se tornará vida, el vil propicio resultará».

—Quizá se refiere al hada que la reina Floridiana mandó para socorrerlos. Tal vez deberíamos buscarla a ella, podría saber qué hacer para expulsar a las brujas. Quizá una lágrima suya... — propuso Régulus.

—¿Hablas del hada Saltarina? Sí, también nosotros lo pensamos — asintió Brecius.

—Pero no tenemos noticias tuyas desde hace tiempo —añadió Ulmus—, y, aunque no quiero ni pensarlo, puede que haya sido derrotada



por la Reina Negra.

—Tal vez el enigma nos diga dónde encontrarlo —dijo Sombrío.

—¿De verdad? ¡Yo no veo ninguna alusión! —resopló Brecius observando la lápida.

Sombrío, absorto aún en sus pensamientos, movía la cabeza. Al final habló:

—En el mapa de las ruinas de la vieja prisión vimos una montaña que se llama Pico Plateado, hacia el oeste. «Lágrimas de plata»... La frase de Enebro podría referirse a él. ¿Es posible? —preguntó el joven.

Un largo silencio siguió a sus palabras.

—¿Cómo no lo supimos? —dijo por fin Ulmus.

Brecius movió la cabeza.

—¿Saber el qué?

—El río... ¿Te acuerdas del río que tenía su manantial en Pico Plateado?

—¿Qué tiene que ver ahora el Arroyoseco?

—Ahora lo llamamos Arroyoseco, pero ¿acaso su antiguo nombre no era río Hada?

—Sí, cierto, es verdad... ¿Y bien? Quiero decir, la adivinanza de Enebro dice sólo que, mientras el Hada derrame lágrimas, o sea, que siga corriendo, habrá esperanza. Pero el río está seco desde hace bastante tiempo.

—Quizá sí y quizá no, Brecius — dijo Ulmus acercándose aún más a la lápida.

—Y ahora ¿qué ocurre?

—Olvidaba decíroslo. Fijaos en que hay algunas letras que... —murmuró la anciana elfa forestal.

—Hay algunas incisas con mayor fuerza, mayores y más gruesas. ¿No lo veis? ¿No? Ni siquiera yo, cuando tenía la facultad de la vista, me di cuenta. Sólo al pasar estos viejos dedos sobre la inscripción, cuando la vista empezó a abandonarme, noté que algunas letras eran distintas. Me pregunté qué significaría, pero ahora... Junta esas letras, muchacho, sólo ésas, y dime qué

lees.

Sombrío contuvo la respiración largo rato, hizo correr un dedo por la lápida y de repente tuvo claro qué era lo que Ulmus quería decir.

—Forman... ¡palabras! —dijo Sombrío levantando los ojos y prosiguió —: «Una lágrima para el rescate»... Otra adivinanza. ¿Qué significará?

—¿Arrepentimiento para ser liberados? —Especuló Brecius.

—Ah, claro, lágrimas de arrepentimiento —concordó Ulmus—. Porque fuimos negligentes cuando las brujas conquistaron el reino. No nos percatamos de que el espíritu de nuestro rey Pyraster había sido corrompido.

—¡No fue culpa suya! —los interrumpió Robinia a su espalda, con un rugido.

Su figura salió de la oscuridad y se hizo visible a la luz roja de la antorcha de Brecius.

—¡Mi hermano jamás habría hecho daño a nadie!

Todos se quedaron sin respiración y Ulmus suspiró tristemente.

—Tu hermano se alió con las brujas —dijo.

Hubo un momento de penetrante silencio.

—¡No es verdad! ¡Yo sé que no es verdad! Y si los dos extranjeros dicen eso, es para engañaros y haceros caer en

una trampa. ¿Cómo podéis estar dispuestos a creer en sus mentiras?

—¡Oh, vamos, Robinia!

—¡No! Han

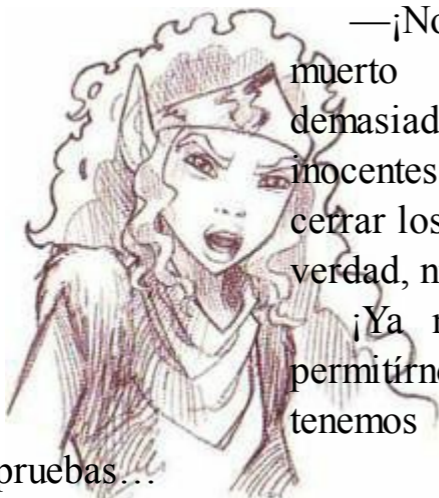
muerto muchos, demasiados elfos inocentes como para cerrar los ojos ante la verdad, niña.

¡Ya no podemos permitirnoslo! Ahora tenemos las

pruebas...

—Corazón Tenaz no traicionó a nadie. Fue Pyrafter quien renegó de su pueblo —declaró con dolor Brecius.

La chica quedó tan conmocionada



como si hubiese recibido un puñetazo en el estómago. Sus ojos llamearon y se clavaron en Sombrío.

—Él había nacido para gobernar nuestro reino. Quería a su pueblo. Jamás habría hecho daño a nadie. Vosotros sois los verdaderos traidores. —Gruñó con la cara encarnada.

Pero su voz tembló y se apagó, cortada por un lejano silbido sobrecogedor. Siguió otro, y luego otro más aún, cada vez más cercanos. Hasta que una flecha se clavó en un tronco cercano a ellos y del campamento empezaron a alzarse gritos y un sonido metálico, parecido al de una campana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Régulus

volviéndose de sopetón.

—¡La señal, están aquí! —afirmó Brecius sin respirar.

—¡Sí, están aquí, los han traído ellos! —gritó Robinia con los ojos centelleantes de terror y rabia.

—¡Ya basta! ¡Deja de tomarla con nosotros! ¿A quiénes se supone que hemos traído? —gritó Régulus.

—A los caballeros sin corazón —suspiró Ulmus apoyándose en la lápida con sus viejas manos temblorosas.

—¡Yo tenía razón! ¡Os han seguido a vosotros! ¡Sois vosotros los traidores! —aulló Robinia.

Luego sacó el puñal que llevaba a la cintura y, con un salto salvaje, se

abalanzó sobre Sombrío.

20. El verdadero enemigo



O! —gritó Brecius lanzándose sobre Robinia. Con un destello, el corto puñal se clavó atravesando la tela y hundiéndose en la carne. Todo sucedió en un instante y Robinia se estremeció, trastornada. Soltó la empuñadura, miró su mano, sucia de la sangre de Brecius, y retrocedió un paso.

El elfo barbudo no emitió ni un sonido.

—¿Qué he hecho...? —murmuró

lentamente la chica.

—No es nada —dijo Brecius apretando los labios con una mueca mientras se arrancaba el puñal del antebrazo. Afortunadamente sólo era una herida superficial.

—Yo no... —balbució la chica. Luego su rostro se endureció en un intento por no llorar—. ¡La culpa es vuestra! Yo... —Gruñó dirigiéndose a Sombrío.

Antes de que el chico pudiera decir algo, Brecius intervino.

—¡Basta, Robinia!

Su voz, grave y dura, hizo callar a la chica. Robinia apretó los dientes y bajó los ojos.

—¡Recuerda lo que te he enseñado, muchacha! Ahora es cuando te será de provecho, en estos momentos de dificultad. Recuerda quién es el verdadero enemigo —añadió el elfo.

Robinia alzó de golpe los ojos hacia él y permaneció en silencio.

—Ahora marchaos de aquí. Acompañaos a la Gruta, conoces el camino —ordenó luego.

—Pero necesitas que te curen la herida —objetó ella.



—Sólo es un arañazo, no hay por qué preocuparse. ¡Ahora marchaos!

Robinia balbució algo y Brecius le chilló:

—¡Ya!

—Vamos, Robinia —susurró Ulmus

agarrándose al brazo de Sombrío.

—Pero yo... ¡debo ayudar a Brecius!

—¿No has oído lo que te ha dicho? ¡Por una vez, no discutas! —le ordenó Régulus, que había perdido la paciencia.

La chica lo miró como si oyera su voz por primera vez. Pareció sacudida por aquellas palabras y por la luz intensa de la estrella en la frente del joven elfo, así que cerró los labios y obedeció.

Brecius corrió hacia las cabañas con el corazón en vilo. Desde hacía mucho tiempo temía que ocurriera algo así,

pero ahora todo le parecía irreal. Había vivido en aquel refugio después de la conquista del reino, había andado entre aquellas cabañas, había adiestrado a los jóvenes en el gran claro central; aquel lugar se había convertido a esas alturas en su casa. Un lugar donde se había sentido seguro.

Pero ahora no tenía sentido pensar en todo eso. Simplemente había que seguir el plan de defensa organizado tiempo atrás y que hasta entonces nunca se había puesto en práctica.

Mientras la campana de alarma sonaba con furia, sacó la espada y se dirigió hacia el bosque cercano al viejo cementerio. A lo largo de los años



habían colocado muchas trampas alrededor de Amargo Refugio, pero, según avanzaba, Brecius se dio cuenta, con horror, de que muchas habían sido inutilizadas.

Así pues, Robinia tenía razón, ¡había traidores! Pero no podían haber sido los dos chicos, habían estado al alcance de sus ojos todo el tiempo. No, imposible. Debía de haber sido algún otro. Alguien de quien todos se fiaban... O alguien cuya alianza daban por descontada. Un brillo azulado lo inmovilizó donde estaba mientras

gritos y voces desesperadas llegaban desde el grupo de cabañas.

Espectros.

¿Era posible que hubiesen sido los espectros?

Un grito más cercano y agudo hizo que diera media vuelta y reanudara su carrera, apartando de sí todos aquellos pensamientos. Sus chicos estaban allí, solos. Y pese a que los hubiera entrenado con dureza y rigor, sabía perfectamente que nunca habían combatido de verdad.

Vio a un pequeño grupo de elfos forestales detrás de la cabaña de Ulmus y los alcanzó rápidamente.

—¿Cuántos son?

—Muchos —dijo un elfo—. Demasiados... —añadió luego con voz entrecortada.

En ese momento se sumaron otras voces.

—Hay muchos hombres lobo con sus uniformes rojo sangre, pero también cuatro caballeros sin corazón...

—Han llegado desde la espesura...

—No ha habido ningún aviso previo...

—Cuando el viejo Nogal ha tocado la campana, ¡ya era tarde! Y lo han matado justo cuando daba la alarma.

Brecius dijo con rabia:

—Los espectros deben de habernos traicionado. También muchas de las

trampas han sido inutilizadas.

—¿Qué es ese olor? —preguntó de repente uno de los soldados más jóvenes.

En el silencio que siguió destacaron aún más los gritos y ladridos de los hombres lobo.

Brecius soltó un lamento y contestó:

—Fuego. Han prendido fuego para obligarlos a bajar de los tejados. — Luego reflexionó rápidamente y añadió —: Vosotros seguid a los demás.

Se puso de nuevo en pie y se escabulló detrás de las cabañas para no ser visto.

—Y tú ¿adónde vas? —preguntó después de una breve vacilación el

joven Carpinus.

—¡A buscar a los demás! ¡No tengo intención de dejar a nadie atrás! — respondió Brecius alejándose deprisa.

El fuego
envolvió las
cabañas de
madera vieja
como una mano



ávida e impetuosa. Sólo hubo tiempo para huir. Los hombres lobo estaban por todas partes y los caballeros sin corazón, altos y amenazadores, sobresalían en el grupo como espigas aún en pie en un campo segado.

Un hombre lobo saltó a la garganta de uno de los chicos más jóvenes y lo

abatió como a una liebre.

Brecius, entonces, se arrojó hacia delante gritando:

—¡Muerte a los hombres lobo!

Las flechas silbaban y las espadas, rojas ya de sangre, entrechocaron con las lanzas y las partieron; otras espadas respondieron, con un estruendo, y las armas de los elfos cayeron sobre sus enemigos. Se oyeron más gritos, hubo más sangre, más muertos... Y en medio de aquel jaleo, Brecius luchó como un león e hizo el vacío a su alrededor con la espada. Los hombres lobo no lograban plantarle cara y su heroica resistencia atrajo la atención de uno de los caballeros sin corazón, que se

dirigió hacia él.

Brecius traspasó a un hombre lobo, rodó sobre sí mismo y se encontró frente al caballero, el más terrible de los enemigos. Sintió que el pecho se le hinchaba de orgullo pero también de desesperación.

Si iba a ser su último combate, lo libraría con coraje. Se arrojó al suelo y golpeó al caballero en las espinilleras tratando de hacerle perder el equilibrio. Pero el caballero sin corazón sólo vaciló con aquel golpe, luego desenvainó su negra cimitarra y describió un arco con ella.

Brecius casi ni se dio cuenta. Fue herido pero no hizo caso del dolor, dio

un paso atrás y luego trató de alcanzar a su adversario con una estocada en el costado. Pero su espada se melló contra la armadura y sólo rasgó la tela negra de la capa, sin resultado alguno.

El caballero soltó una risotada y, con un rapidísimo movimiento de la muñeca, hizo girar el espadón y descargó un mandoble. Brecius lo paró justo a tiempo, pero en el mismo momento en que las dos hojas chocaron, su espada chirrió y quedó partida en dos de un tajo limpio.

El contragolpe lanzó a Brecius al suelo. El caballero sin corazón avanzó un paso y le puso la punta de la espada en la garganta al elfo.

—No queremos vuestra sangre, elfos estúpidos. Nuestras órdenes son precisas —dijo con voz tenebrosa—, ¡os necesitamos vivos!

Por un momento, Brecius no comprendió.

El caballero les gritó a los demás:

—¡Rastread el bosque, tenéis que encontrarlos a todos!

Brecius apretó los dientes.

Luego, la cimitarra se separó de su cuello y, antes de que Brecius se percatase, un espectro azul fluctuó en el aire y se abatió sobre él ululando. Y



Brecius cayó en una oscura pesadilla de sangre y muerte.

21. Spica



RECISAMENTE mientras Amargo Refugio estaba a punto de caer, al otro lado de la Puerta, en el Reino de los Elfos Estrellados, otros acontecimientos iban a producirse en breve y un destino en concreto iba a cambiar, y con él, el de todo el reino sin excepción.

Spica cargó una nueva flecha y paseó su mirada por el bosque, despacio.

La manzana encantada que Stellarius le había dejado para entrenarse se movía de manera imprevisible, pero

algo le dijo que iba a dar un brusco giro hacia arriba. Concentró en ella su mirada y, sin esperar más, soltó la cuerda del arco. La flecha partió, trazó una curva en el aire y se clavó en el blanco.

La manzana encantada cayó rodando en la hierba. ¡También esta vez la chica había dado en la diana!

Enorgullecida, Spica bajó el arco y se decidió.

Había dejado pasar un tiempo para hacer más precisa su puntería y prepararse para el combate. Pero ahora estaba lista. Y no podía esperar más.

Había percibido la pequeña forma de color carmesí poco después de llegar

al claro. El crepuscular colgaba cabeza abajo de la rama de un viejísimo arce en la otra orilla del río. Hasta aquel momento, el enorme murciélago la había observado disparar y ella, pacientemente y casi sin miedo, había dejado que la observara.

Ahora, sin embargo, sintió que había llegado el momento de cambiar de blanco. Cogió con calma otra flecha y fingió que apuntaba otra vez a la manzana encantada, pero se volvió de repente y de nuevo se convirtió en arco y flecha al mismo tiempo.

Sus ojos azules brillaron con una luz de determinación, la cuerda vibró con un sonido siniestro, el arco gimió y lanzó la

flecha, que salió disparada más veloz que un halcón abatiéndose en picado.

El crepuscular se movió, con un chillido sordo abrió las alas e intentó escapar, pero nada habría impedido que la flecha lo alcanzara. Tras un débil aleteo, el animalucho carmesí cayó a tierra.

Spica echó a correr y atravesó el río saltando de piedra en piedra. Llegó a la otra orilla y miró a su alrededor, resollando.

Vio las plumas amarillas de su flecha y se acercó lentamente. El corazón le palpitaba como loco y un escalofrío le corrió por la espalda. La flecha estaba clavada en el tronco

grisáceo de un arce, pero del crepuscular no quedaba más que una mancha de color rojo oscuro. La chica acercó la mano a la flecha para arrancarla del tronco, pero un extraño ruido hizo que se volviera de golpe.

Algo se movía entre la vegetación, una criatura mucho mayor que aquélla a la que había abatido; se acercaba por el viejo camino paralelo al río.

Con el corazón en un puño, Spica agarró la flecha, la arrancó del árbol y tensó de nuevo el arco, esta vez en dirección al ruido sospechoso.

Las ramas ondularon y un rebuzno hizo que diera un respingo, mientras un pequeño asno blanco salía de la

vegetación.

Spica bajó el arco y dio gracias por no haber disparado la flecha. La devolvió al carcaj y se acercó con cautela al animal extendiendo la mano.

Conocía a aquel asnito. Se llamaba *Pícaro* y era el animal de tiro del viejo Cygnus, uno de los comerciantes de pucheros que deambulaban por el reino. *Pícaro* la vio y volvió a rebuznar de una forma que a ella le pareció de desesperación. Arrastraba el carro bamboleante de su dueño, pero de éste no había ni rastro.

Afortunadamente la dejó acercarse sin cocear y la chica pudo observar el estado del carro. Había perdido una

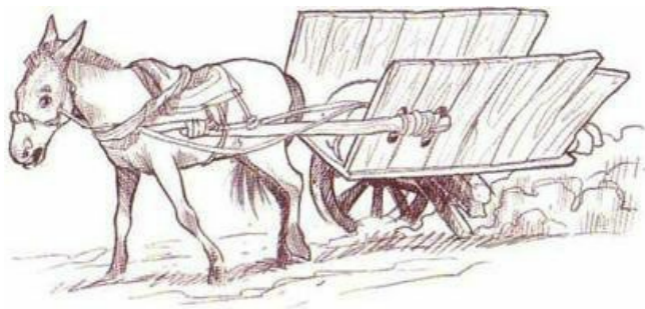
rueda y la mitad de la mercancía.

—¿Qué ha pasado, *Pícaro*? — preguntó la chica pasando la mano por las largas orejas del burro—. ¿Dónde está tu dueño?

Pícaro volvió a rebuznar; Spica lo soltó del carro y se volvió, decidida a seguir las huellas que el asno había dejado en la vegetación. En el fondo de su corazón tenía un mal presentimiento y apresuró el paso hasta casi correr.

Se paró de pronto. Conmocionada por el horror, se encontró ante unos restos de ropa arañados y desgarrados como por mil pequeñas zarpas. Aquellas ropas cubrían unos pobres huesos. Lo que había hallado era precisamente al

viejo Cygnus. O lo que quedaba de él.



Una mancha de color rojo oscuro allí cerca le hizo comprender quién había matado al ello: los crepusculares.

Pícaro, a su espalda, emitió un rebuzno agónico y se dio la vuelta, como si no quisiera ver el mísero cuerpo de su amo.

Tragándose unas ganas desaforadas

de gritar, Spica se llevó una mano al pecho y, con las lágrimas a punto de correr por su cara, murmuró:

—Lo siento, viejo gruñón, pero te prometo que haré todo lo posible para que no le ocurra a nadie más lo que le ha ocurrido a tu querido Cygnus.

«Esta noche —pensó después con el corazón agitado—, esta misma noche empezaré».

«No podemos esperar más —se dijo también—. Lo siento, papá; lo siento, Mérope, pero tengo que marcharme. Tengo que hacer algo por nuestro reino, por Régulus, por Sombrío...».

22. La Gruta



L sendero que llevaba al refugio resultó empinado y dificultoso, e hicieron falta un par de horas para que Robinia, Sombrío, Régulus y Ulmus estuvieran a salvo en la Gruta.

Se trataba de una caverna escondida y había sido elegida hacía tiempo como último bastión en caso de ataque a Amargo Refugio. Muchos caminos llegaban hasta allí por distintos trayectos, todos bien disimulados para que la huida quedara oculta el mayor tiempo posible.

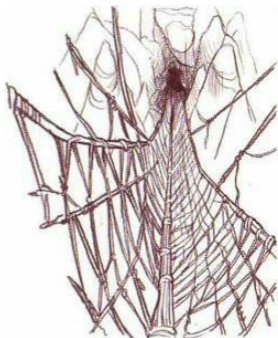
Los ellos forestales que habían encontrado cobijo en Amargo Refugio siempre habían sabido que no estaban seguros, pues no existe refugio alguno contra las brujas, así que habían dispuesto un escondite adicional en caso de ataque: una antigua cueva excavada por un pequeño río que corría por el interior de la montaña.

La entrada era angosta y la caverna se prolongaba varios kilómetros en el corazón de la montaña. Al explorarla, los ellos habían descubierto que, por incómodos pasajes ensanchados por el tiempo llamados «la Escalinata», se alcanzaba la cima de la montaña.

Así, la Gruta había parecido

enseguida un excelente escondite. Como una medida más de seguridad, la entrada a la cueva estaba protegida por un estrecho puente de cuerda tendido por encima de un profundo barranco que en otro tiempo había sido el lecho del río Hada, pero ahora era un terreno árido y pedregoso.

Por el momento, Ulmus y los chicos estaban seguros, y en todo caso podían cortar el puente para que no los alcanzara el Ejército Oscuro. No obstante, no se sentían tranquilos; toda



la noche estuvieron oyendo gritos lejanos, sonidos de trampas saltando y ladridos aterradores.

Nadie durmió y tampoco nadie habló.

Ningún otro superviviente llegó a la Gruta.

A la mañana siguiente, Robinia se levantó y cruzó el puentecito de cuerda. Sombrío se levantó también y, sin decir nada, la siguió. Habían llegado al otro lado del barranco cuando la chica le dijo sin volverse siquiera:

—¡Regresa!

—No —replicó Sombrío.

Ahora Robinia se volvió y lo miró fríamente.

—¡No puedes ir sola! —remarcó el joven.

La chica se rió desdeñosamente.

—Es mi pueblo, no el tuyo. ¡Mi reino, no el tuyo! Lo que ha ocurrido aquí no te concierne. ¡Jamás te ha concernido! Vuelve a tu casa, estrellado —dijo expeditivamente—. En cuanto a mí, ya no tengo ganas de huir... ninguno de nosotros puede huir ya.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Sombrío.

—Liberar a los supervivientes, organizar una nueva Ronda... Atacar Ciudad Gris y destronar al Hombre Lobo Rey —respondió ella tras un largo momento de silencio.

Sombrío tuvo la impresión de que hablaba en serio y que no era la primera vez que pensaba en esa posibilidad.

—Puede que no lo creas, y tal vez tengas razón cuando dices que éste no es mi reino, pero no quiero que sea aniquilado, como tampoco lo quieres tú. Quizá pueda ayudarte... —añadió despacio.

—Y ¿cómo? ¿Ensuciando la memoria de mi hermano, un muerto que no puede defenderse?

—Tampoco mi padre puede hacerlo —contestó Sombrío con ímpetu. Luego se obligó a conservar la calma—. Escucha, no sé si Brecius tiene razón con respecto a mi padre y a tu hermano

—dijo—. Lo que sí sé es que ambos están muertos y no conseguiremos hacer nada bueno por tu gente si seguimos peleándonos.

Robinia se volvió.

—¡Haz lo que quieras! —exclamó con decisión antes de reanudar la marcha.

Sombrío echó una ojeada detrás de él y soltó un débil suspiro. Luego la siguió.

Un denso humo se alzaba de lo que quedaba de Amargo Refugio; el fuego ardía aún en el corazón de los troncos y anidaba bajo la ceniza, listo para

renacer con el primer soplo de viento.

No quedaba nada.

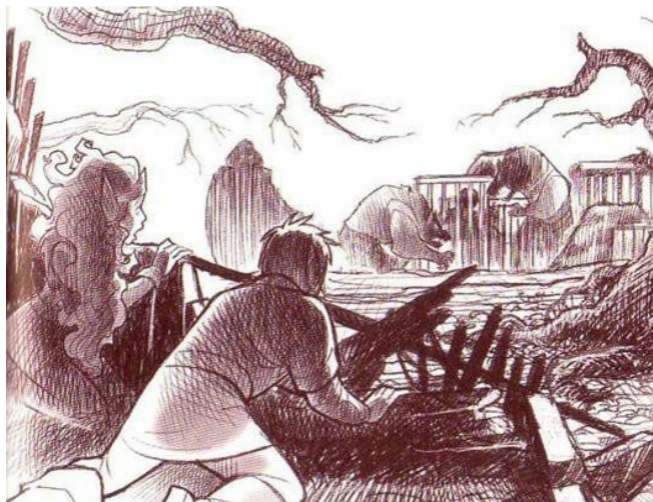
Sombrío se escondió detrás de uno de los tocones de árbol y esperó a que los dos guardias vestidos de rojo se alejaran.

—Hombres lobo... —bisbiseó Robinia—. Tienen un oído muy lino, cuidado con cómo te mueves —le advirtió.

Luego se dirigieron hacia lo que quedaba del pueblo, pero no pudieron acercarse demasiado, porque por allí merodeaban hombres lobo y había incluso caballeros sin corazón.

—Están construyendo algo —sugirió Sombrío, y se asomó para mirar desde

detrás de las ruinas humeantes de una cabaña.



—Jaulas, jaulas de madera... —
contestó Robinia con los dientes
apretados.

—Bueno, si tienen prisioneros quiere decir que no han matado a todos —añadió Sombrío.

Ella asintió tristemente y entrevio los rostros de algunos prisioneros. Frunció el ceño: una espiral azulada flotó desde el Bosque Azul y onduló frente a los hombres lobo, como si quisiera comunicarse con ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó Sombrío.

—Un espectro. Nunca los había visto lejos del Bosque Azul —murmuró ella con voz apagada, observando incrédula la imagen de filamentos azules que fluctuaba en el aire.

—Han sido ellos. —Comprendió

entonces la chica—. ¡Los espectros nos han traicionado!

Sombrío echó otro vistazo al campamento y notó que los dos hombres lobo se habían vuelto en su dirección. ¿Los habrían visto?

Agarró con cautela a Robinia y le dijo:

—¡Vámonos!

Sorprendentemente, la chica obedeció.

Cuando estuvieron de nuevo cerca de la Gruta, Robinia no pudo contener más las lágrimas.

—Los han atrapado a todos, a todos... No tengo a nadie.

—¡Más valdría que yo también

estuviese ahí con ellos! —gimió ella—. Amargo Refugio está destruido, mis amigos capturados, todo lo que amaba se ha perdido... ¡nadie podrá ayudarme a liberar mi reino!

—Régulus y yo podemos...

Robinia alzó unos ojos incrédulos y enrojecidos.

—¿Tu amigo y tú? Y ¿qué podríamos hacer los tres? Has visto a los hombres lobo, has visto también a los caballeros sin corazón... ¿Cómo puedes pensar en serio que conseguiríamos hacer algo contra esas criaturas monstruosas?

—Acompáñanos a Pico Plateado —replicó Sombrío mirándola a los ojos—. Necesitamos a un guía que conozca este

reino, a las criaturas que viven en él y las trampas que esconde.

—¿Acompañaros a Pico Plateado? —preguntó ella con aprensión—. Nadie ha estado allí arriba desde hace muchas generaciones, nadie conoce ya el camino...

—Tú conoces estos lugares mejor que nosotros y creo que ir a Pico Plateado es la única vía para salvar a tu gente —observó Sombrío.

Robinia se enjugó las lágrimas y tomó aire; estaba reflexionando.

—Hay algo que no me dices, ¿verdad, estrellado?

Sombrío apretó los labios, pero al final se decidió a hablar.

—Tengo conmigo un regalo de la Reina de las Hadas —dijo. Luego sacó de debajo de su túnica el medallón, se lo enseñó a la chica y le explicó para qué servía.

—Sólo gracias a esto no hemos acabado en vuestras trampas o en las del enemigo. Aunque no lo sabíamos, fuimos evitándolas una tras otra —murmuró despacio.

Robinia abrió mucho sus ojos enrojecidos y miró a Sombrío y la extraña brújula que no indicaba el norte. Una chispa de esperanza brilló en el fondo de sus ojos.

23. Peña Cresta



E las arreglaré, no temáis. Aquí tengo todo lo que preciso —dijo Ulmus mientras compartía con Regulas y con Sombrío una comida fría dentro de la Gruta.

—Vosotros marchaos, tenéis que iros. Necesitaréis a Robinia y ella necesita encontrarse a sí misma. Yo, sin embargo, debo quedarme. Si alguien se ha salvado, puede que llegue hasta aquí.

Robinia se unió a ellos en ese instante y extendió sobre la roca húmeda un viejo mapa que había encontrado en el refugio entre otros pergaminos.

—Desde la Escalinata podremos llegar hasta Peña Cresta. Es el camino más corto hacia Pico Plateado, según este mapa —dijo ella con los ojos fijos en el pergamino—. Podré seros útil para encontrar el viejo manantial del río Hada. Siempre que sea realmente al que se refería Enebro en su enigma y siempre que tuviera razón en todas aquellas rimas tuyas. Pero supongo que eso lo descubriremos por el camino. Ulmus tiene razón, yo tengo que afrontar algo —añadió en voz baja, apartando la mirada.

Fósforo frotó su morro contra la mano de la chica y la miró, como si hubiese comprendido lo que había

dicho. Robinia le rascó la cabeza y continuó:

—Pero, antes de nada, tengo que conseguir liberar a mi pueblo, y si para hacerlo debo acompañaros hasta el fin del Reino de la Fantasía, ¡lo haré!

—Entonces ¡marchémonos! — exclamó Sombrío reprimiendo una sonrisa.

Robinia fijó sus ojos en los de Régulus y luego en los de Sombrío; asintió.

Los tres jóvenes partieron a la mañana siguiente llevando con ellos a *Fósforo*, que no había querido

abandonar el hombro de Robinia. Se despidieron brevemente de Ulmus y subieron por la Escalinata; ésta era estrecha y empinada, y atravesaba la montaña por debajo de la cumbre.

Cuando alcanzaron la cima empezaba a amanecer y los chicos se quedaron unos instantes fascinados por la luz del sol que resplandecía sobre la frondosidad que se extendía junto a Peña Cresta. A lo lejos se veía una cumbre solitaria: el Pico Plateado.



Al norte de la línea de picos se veían los brillos grises de lo que Robinia llamó Bosque Pedregoso.

Fósforo se mantenía firmemente agarrado a los hombros de la chica, quejándose y mirando alrededor como si no le gustara nada el paisaje que los rodeaba.

Hasta primeras horas de la tarde, de todos modos, los chicos no tuvieron que

pasar al otro lado de lo que en el mapa se denominaba Crin de Caballo. Se trataba de un sendero muy escarpado y estrecho entre las rocas.

—¿Tenemos que pasar precisamente por aquí? —preguntó Régulus mirando con aire afligido el horrible perfil rocoso.

El viento se había vuelto más fuerte aún y la marcha los había fatigado, pero Robinia decidió que pasarían aquel obstáculo antes de detenerse para descansar.

Hizo una leve caricia a *Fósforo* en la nuca y suspiró.

—Es el único camino —añadió luego para disipar las eludas— y

mañana no sería mejor que hoy.

Sombrío miró con aprensión las rocas ante ellos. El sendero no sólo era intransitable y escarpado, sino que también estaba lleno de hendiduras que tendrían que salvar medio colgados sobre el vacío.

—No parece muy estable —dijo solamente.

Robinia lo miró con malos ojos por enésima vez.

—Ataos esta cuerda a la cintura —dijo.

Sombrío observó cómo ella hacía el nudo con manos expertas y ayudó a Régulus, luego se ató a sí mismo, último en la cordada.

El viento susurró entre las hojas de los arbustos como una advertencia amenazadora.

Aquella misma mañana, en el Reino de los Elfos Estrellados, el sol surgió resplandeciente en el cielo terso, pero Spica se estremeció. Sola por el camino que bordeaba el río Encrespado, se alejaba de casa con el macuto repleto de provisiones y el corazón pesaroso. Había dejado una carta en la que advertía a Mérope y a su padre de lo que la aguardaba.

Se volvió y echó una última ojeada a la colina donde la Puerta se había

tragado a Sombrío y a Régulus. Se preguntó si volvería a verlos. Y también por qué Stellarius no había regresado a buscarla. Tal vez le había ocurrido algo..., tal vez...

Spica volvió a pensar, con un escalofrío, en los restos de Cygnus y negó con la cabeza. No. Stellarius era un mago y no era tan fácil matarlo, pero ella debía estar atenta, muy atenta.

Apretó nerviosamente las manos alrededor del arco, tomó mucho aire y empezó a andar por el camino.

Que intentaran atacarla... ¡iba a darles trabajo a aquellas horribles criaturas!

Crin de Caballo resultó peor de lo

que parecía y, mientras ascendían, Robinia se vio obligada, a su pesar, a hacer algún alto para descansar. El viento los azotaba y los forzaba a avanzar despacio para no perder el equilibrio. Atados con la cuerda de seguridad, ponían los pies donde las piedras parecían más firmes, pero cada paso era una empresa dificultosa.

Un par de veces Régulus se había sujetado a asideros poco seguros y había corrido el peligro de caer; la expresión angustiada que podía leerse en su rostro era la misma que Sombrío sabía que tenía el suyo. En un determinado punto, Régulus golpeó una pequeña piedra suelta y estuvo a punto de perder el

equilibrio. La vio separarse del borde y precipitarse en silencio, hasta que se oyó el repiqueteo de piedras rodando. No miró abajo, pero tuvo la impresión de que el abismo los observaba como un lobo hambriento.

Robinia se volvió y lo miró preocupada, luego reanudaron la ascensión y alcanzaron con esfuerzo el último saliente, el más irregular, en la cima de Crin de Caballo.

No quedaban más de diez pasos, pero en ese punto el camino se estrechaba más y una racha repentina de viento reveló que la piedra se desmoronaba con mayor facilidad aún que en el tramo anterior. Robinia se

agazapó sobre una roca y observó la vía que quedaba por recorrer, estudiando el modo más seguro de pasar.

—Jamás lo lograremos... —gimió Régulus.

Sombrío se volvió, pero enseguida se dio cuenta de que no podrían regresar. Muchos de los puntos de apoyo se habían desprendido después de que ellos pasaran.

—Lo único que podemos hacer es continuar —dijo volviéndose hacia su amigo, pero el viento se llevó sus palabras.

Robinia se puso en movimiento en ese instante y dijo:

—Sólo hay una manera de pasar por

aquí. Seguidme. Y manteneos en la parte izquierda de la senda.

Luego empezó a ascender.

Al principio todo marchó de la mejor manera posible, pero de repente cedió el apoyo bajo el pie derecho de la chica. Por un momento los tres oyeron el crujido de las piedras y el miedo los paralizó, luego Robinia se movió y cambió de pie el peso de su cuerpo, pero también el otro apoyo cedió, el viento la golpeó y ella resbaló.

Trató frenéticamente de agarrarse a la roca y oyó los gritos de sus compañeros por encima de ella. El viento la aplastó contra la pared rocosa y por unos instantes eso le permitió

agarrarse, suspendida sobre el abismo.

Entonces el asidero se le desmoronó entre los dedos y cayó. Al vacío.

Robinia se puso en movimiento en ese instante y dijo:

—Sólo hay una manera de pasar por aquí. Seguidme. Y manteneos en la parte izquierda de la senda.

Luego empezó a ascender.

Al principio todo marchó de la mejor manera posible, pero de repente cedió el apoyo bajo el pie derecho de la chica. Por un momento los tres oyeron el crujido de las piedras y el miedo los paralizó, luego Robinia se movió y cambió de pie el peso de su cuerpo, pero también el otro apoyo cedió, el

viento la golpeó y ella resbaló.

Trató

frenéticamente de agarrarse a la roca y oyó los gritos de sus compañeros por encima de ella. El viento la aplastó contra la pared



rocosa y por unos instantes eso le permitió agarrarse, suspendida sobre el abismo.

Entonces el asidero se le desmoronó entre los dedos y cayó. Al vacío.

Régulus gimió y desplazó un pie justo a tiempo para tratar de hacer de

contrapeso. Por un momento lo logró. La cuerda dio un tirón violentísimo y frenó a Robinia un instante, colgada en el aire. Pero cuando pensaba que podía encaramarse de nuevo hasta la senda, la piedra sobre la que Régulus estaba apuntalado se desmenuzó como una galleta.

Robinia sintió que volvía a precipitarse en el vacío y apretó desesperadamente los dientes mientras el pedrisco le caía sobre la cabeza y se le metía en los ojos.

Régulus soltó un grito ahogado y fue arrastrado por la cuerda de la que pendía el peso de la chica. Resbaló más de un metro restregándose contra las

rocas. Sombrío apenas tuvo tiempo de enrollarse la cuerda alrededor de un brazo justo antes de que Régulus la siguiera y cayera al vacío.

Luego, instintivamente, Sombrío saltó a la estrecha senda que corría por el otro lado de la montaña.

24. El Lago de Fuego



N nuevo tirón violento la dejó sin respiración y de repente los pedacitos de roca ya no le golpearon el rostro. Robinia tosió y movió los brazos, sin creérselo. La cuerda estaba tensa y crujía, pero no se había roto y ella había dejado de caer al vacío.

Sintió que, junto con las lágrimas y el alivio, también afloraba la desesperación; notó las uñas de *Fósforo* aferrándose con terror a su ropa y arañándole la espalda.

Luego oyó que le gritaban:

—¡Muévete, no podemos quedarnos aquí eternamente!

Era la voz de Régulus. Con trabajo, la chica se limpió de tierra los ojos y se dio cuenta de la espantosa situación en que se hallaba. Se dio impulso con las pocas fuerzas que le quedaban y chocó contra la pared. Temblando de miedo, se agarró a un pequeño asidero, luego sintió que tiraban de la cuerda tensa y se dejó ayudar a subir para alcanzar de nuevo la senda.

—¿Estáis bien? —gritó Sombrío aferrándose a las rocas más firmes de la cresta y recuperando el equilibrio sobre la senda.

Ella asintió con su escaso aliento y

sólo cuando estuvo con los pies bien asentados sobre la roca se dio cuenta de que el chico se encontraba al otro lado de la montaña, con la cuerda de seguridad enrollada dos o tres veces en el brazo. Había reaccionado brillantemente a la situación de peligro en que la caída de Robinia los había puesto y los había salvado... ¡poniendo en peligro su vida!

La chica buscó con la mirada a Régulus: vio que tenía las manos arañadas y marcadas por la cuerda, un lado del rostro despellejado y manchas de sangre en la rodilla y el costado. No era difícil imaginar lo que había pasado. Había resbalado después de ella, pero

había conseguido asirse antes de caer del todo y la había ayudado a subir...

—¡Pues vaya con tu senda facilita!
—refunfuñó Régulus. Pero su tono de enojo no podía ocultar su alivio al ver a Robinia sana y salva.

La elfa notó que se estaba poniendo colorada, apretó los labios y recuperó su puesto en la fila sin decir ni palabra. En pocos minutos, pese al temblor de sus piernas, alcanzó la cumbre de Crin de Caballo y de la senda de piedra.

Al otro lado, en calma y tranquilizadoras, continuaban las Alturas Boscosas que bajaban hacia las aguas oscuras de un lago a través del Bosque Pedregoso.

—¿Qué clase de sitio es éste? — preguntó Régulus.

Sombrío no podía apartar los ojos de las extrañas aguas del lago, bajo las cuales se arremolinaban resplandores rojos.

—Lo llaman Lago de Fuego — respondió la chica.

—¡Y aquel de allí —dijo Sombrío indicando con la barbilla una montaña que se alzaba en el centro del lago— es el Pico Plateado!

No era una pregunta, pero Robinia asintió.

—¿Qué pensáis hacer cuando lleguemos? ¿Qué habrá en la fuente del río Hada?

—Agua, espero —le contestó Sombrío.

—Creo que haríamos mejor en preocuparnos por cómo atravesar ese lago antes de pensar en lo demás —farfulló Régulus mientras echaba un vistazo a sus heridas—. Puede que me equivoque, pero me da que no nos bastará con una canoa cualquiera. Estás seguro de que tenemos que ir hacia allá, ¿verdad, hermanito?

Sombrío sacó la brújula y la consultó.

—Ésa es la dirección, sí —confirmó.

Y notó que la mirada de Robinia caía atentamente sobre la brújula y luego

se detenía en sus ojos.

—¿Hermanito? —preguntó después de un rato de silencio—. ¿Vosotros dos sois... hermanos? —añadió confusa.

—Bueno, no exactamente. Como puedes ver —dijo Régulus—, ¡él es sin duda más feo que yo!

Sombrío se echó a reír y movió la cabeza.

—Crecimos juntos. No somos hermanos en el verdadero sentido de la palabra, pero es como si lo fuéramos —explicó.

La chica les dirigió una mirada punzante, luego abrió su mochila y repartió la cena en silencio.

Poco a poco, el fondo del valle fue

hundiéndose en la oscuridad mientras sobre ellos caía la noche.

Y Sombrío tuvo de nuevo aquella sensación, la horrible sensación de que estaba a punto de ocurrir algo terrorífico.

En ese momento, Spica lo vio.

Lo había entrevisto por la tarde, cuando una densa capa de nubes había ocultado el sol, pero ahora que era de noche el crepuscular que la perseguía se había vuelto más atrevido y descarado.

«Me viene bien», pensó la chica suspirando inquieta. Quería que creyera que lo había tomado por un murcielago

cualquiera, que la considerara una presa ingenua como el pobre viejo Cygnus y, para simular tranquilidad, empezó a canturrear una cancioncilla mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Eso significaba que iba por buen camino, se dijo, y que allí cerca debía de haber un lugar donde los crepusculares se refugiaban cuando el sol estaba alto. Aquella noche acamparía junto al camino sin quitarle ojo a su enemigo.

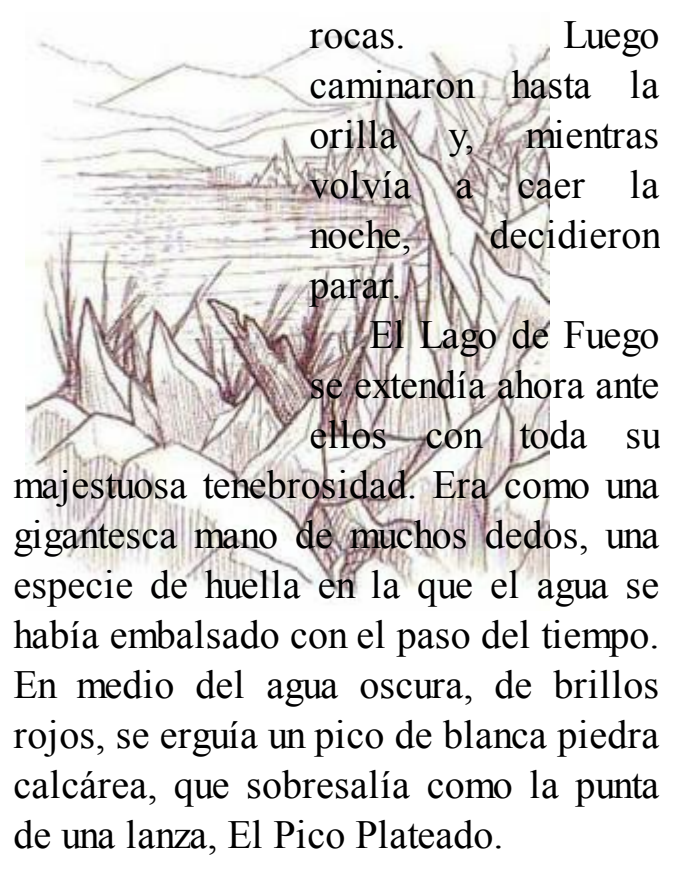
Los chicos tardaron tres días y medio en alcanzar la orilla del misterioso lago. Luego el Bosque

Pedregoso empezó a clarear y llegó el agua. O mejor dicho, el cieno.

Avanzar se hizo todavía más difícil. Tuvieron que esforzarse y caminar por el fango entre cañas y arbustos, en una atmósfera quieta y pesada, extrañamente silenciosa, hasta que encontraron un punto en que el lago se estrechaba a causa de un desprendimiento.

—Parece que hay una especie de presa allí abajo —dijo Sombrío indicando un lugar no muy lejano. Un amasijo de piedras irregulares y cortantes había detenido troncos y ramas rotas formando una barrera natural.

Los chicos avanzaron hasta que consiguieron poner los pies sobre las

A pencil sketch of a landscape, likely a lake or a wide river, with mountains in the background. The drawing is overlaid with a grid pattern. The text is written over the right side of the image.

rocas. Luego
caminaron hasta la
orilla y, mientras
volvía a caer la
noche, decidieron
parar.

El Lago de Fuego
se extendía ahora ante
ellos con toda su
majestuosa tenebrosidad. Era como una
gigantesca mano de muchos dedos, una
especie de huella en la que el agua se
había embalsado con el paso del tiempo.
En medio del agua oscura, de brillos
rojos, se erguía un pico de blanca piedra
calcárea, que sobresalía como la punta
de una lanza, El Pico Plateado.

Un inquietante silencio rodeaba aquel extraño paisaje. Los chicos encendieron fuego y se sentaron en torno a él, tratando de alejar las sombras de su corazón y la humedad de sus huesos.


—¿Cómo pensáis cruzar el lago? — preguntó Robinia.

Sombrío se volvió y dijo:

—Mañana construiremos una balsa.

La luz rojiza del lago fluctuó siniestramente y algo sobre las aguas oscuras, a lo lejos, se deslizó con lentitud para después sumergirse.

25. Un nudo en la garganta

 DURANTE tres días, Spica había avanzado bordeando el río antes de adentrarse entre los árboles. Le había sido difícil hacer creer al crepuscular que no lo veía conforme subía hacia los montes de la Hoz de Plata. El murciélago había girado a su alrededor todo el tiempo mientras ella buscaba rastros de Stellarius con la esperanza de que hubiese pasado ya por allí, aunque no los encontró.

Luego, aquella mañana, había visto a otros dos crepusculares. Se había aventurado entre los árboles y las rocas para seguirlos y había descubierto una grieta entre las rocas, al pie de las montañas.

De la grieta salía un hálito gélido que la había hecho estremecer. Escondida en un espeso matorral, la chica había esperado que el sol estuviese en lo alto.

Cuando la luz fue fuerte y vivida, descubrió una pequeña forma carmesí colgada de la bóveda de la cueva, como un gusano enganchado al sedal.

«Es el momento», pensó impávida. Podía aprovechar la luz del sol sobre

las rocas, que obligaría a los crepusculares de la cueva a salir. Entonces el arco haría su trabajo.

Se arrodilló detrás del arbusto y se preparó. Comprobó las flechas y el arco, y volvió a mirar a su oscilante presa. Luego percibió el brillo de los cuatro ojos rojos y tembló. Incapaz de esperar más, deslizó la flecha en el arco, apuntó y disparó.

La flecha partió como un rayo; acababa de salir del arco cuando las alas del crepuscular se abrieron y el horrendo murciélago inició un lento vuelo. La chica lo vio caer bajo su disparo, pero antes de que pudiera alegrarse, un chillido ensordecedor se

alzó en la cueva y le hirió los oídos, mil veces más fuerte y más feroz que el que había oído cuando su hermano y Sombrío habían cruzado la Puerta hacia el Reino Perdido.



De repente se dio cuenta de que el

chillido no llegaba solamente de la cueva, sino también de detrás de ella, y un terror ciego le atenazó la boca del estómago. Había subestimado al enemigo.

Decidida, con todo, a no rendirse, cargó una nueva flecha, pero ni siquiera le había dado tiempo a localizar un blanco cuando una nube furibunda surgió de la cueva y se unió a la nube de su espalda. Spica cerró los ojos y gritó mientras las dos nubes de criaturas monstruosas se abatían sobre ella velozmente como miles de manos extendidas para descuartizarla. Tal como habían hecho con el pobre Cygnus. Como quizá ya habían hecho con


Sombrío...

De repente, algo llameante pasó por encima de Spica, que luchaba desesperadamente cubierta por completo por una nube de crepusculares.

Explosiones acompañadas de resplandores sacudieron árboles y montañas y algunos matojos ardieron mientras un sonido parecido a un trueno llenaba todo el valle. Muchos de los oscuros seres que habían atacado a Spica se deshicieron en fuentes de llamas azules y celestes. Otros huyeron chillando hasta que todo volvió a estar en calma y tan silencioso como antes.

Una figura alta e imponente se inclinó sobre la chica y le puso su

gruesa mano en la cabeza.



—¿Estás bien,
muchacha? —oyó
preguntar a la voz de
Stellarius.

Spica, todavía
temblorosa como una
hoja, asintió
lentamente, alzó los
ojos y encontró los
del mago, que llamearon.

Su voz tronó inmediatamente
después.

—Pero ¿se puede saber que se te ha
metido en la cabeza?! —la regañó con
un tono que no admitía réplica.

—Yo... —balbució la chica.

—¡Tú nada! ¡Cazar criaturas de las que no sabes prácticamente nada! ¡Y sola, además! Podía esperarme cualquier cosa de ti, muchacha, menos un gesto tan imprudente. ¡Mira cómo te han dejado! Si yo no hubiese estado de regreso, habría sido tu final —gritó enfurecido.

El mago le pareció a Spica más alto y amenazador que la vez anterior.

—Y bien —volvió a gritarle haciendo que casi temblara la tierra—, ¿qué tienes que decir?

Spica cerró los ojos y notó que una lágrima le corría por la mejilla. Le habría gustado decir mil cosas. Habría querido hablarle de la muerte de

Cygnus, de cuánto había mejorado con el arco, de las pesadillas que la asaltaban... Habría podido explicarle que temía incluso que él hubiese muerto... Pero no dijo nada de todo eso.

La verdad, y ella lo sabía, era que se había equivocado. Él le había dicho que esperara y ella había desobedecido.

—Lo siento... —dijo.

Stellarius pareció sorprendido por su reacción y guardó silencio un instante.

—Ah, claro. ¡Me gustaría verlo! —farfulló al final.

Luego dio unos pasos hacia la cueva. Desapareció en su interior, volvió a salir y fue hasta Spica velozmente.

—¡Vamos, en pie! —la increpó con sus maneras rudas—. A simple vista, sólo tienes unos arañosos. Nada que no pueda curarse. Creo que tendrás que hacer algo con tu pelo, ¡está todo pegajoso y lleno de sustancia roja!

La chica se pasó una mano por el pelo enredado tratando de desenmarañarlo, pero sin grandes resultados.

—Ya pensarás más tarde en tus trenzas —le dijo el mago bruscamente—, ahora tenemos que irnos. Has descubierto uno de los refugios de los crepusculares. Pero ahora démonos prisa, ¡tenemos mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo!

Sombrío se puso en pie y tomó aire. Construir una balsa que pudiera transportarlos a los tres había resultado trabajoso, sobre todo porque Robinia estaba de morros con Régulus y se obstinaba en no dirigirle la palabra.

El elfo forestal se secó la frente con la manga de la túnica y comprobó con un pie la resistencia de las cuerdas y los nudos.

—La balsa está lista —confirmó Robinia—. ¿Cuándo partimos? —preguntó.

—Ahora mismo —dijo Sombrío—. Todavía disponemos de varias horas de

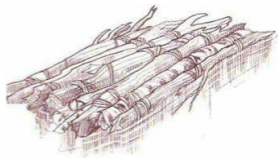
luz y me gustaría llegar al pie de la montaña lo antes posible.

Régulus y Robinia se mostraron de acuerdo y pusieron sus cosas en la balsa; luego, los tres la empujaron al agua y observaron cómo flotaba.

—Bueno, hemos hecho un buen trabajo —exclamó Régulus, satisfecho.

Se aupó a la balsa con resuelta seguridad y después tendió una mano a Robinia. La chica alzó el mentón y prefirió apañárselas sola. Con un escalofrío y un extraño presentimiento en el corazón, Sombrío subió, levantó el largo palo que había elegido como remo y empujó la balsa para alejarla de la orilla y surcar la superficie rojiza.

El sol calentaba y el aire estaba quieto.



El lago seguía despidiendo brillos rojos bajo la balsa, pero los chicos se encontraban ya a mitad de camino y empezaban a tranquilizarse.

—Qué raro —dijo Robinia mirando a *Fósforo*, que tenía los ojos fijos en el agua—, no llego a comprender qué son estos brillos rojizos. Un nudo en la garganta.

—Tal vez algún tipo de coral luminiscente —sugirió Régulus.

—Tal vez... —Asintió ella sin darse cuenta de qué le estaba hablando. El joven elfo estrellado la miró con mayor

atención y se rascó la nuca, consciente de que acababa de pensar que era muy guapa. Apartó ese pensamiento y fijó sus ojos en el Pico Plateado—. No creía que el lago se hiciera tan grande al atravesarlo... —dijo.

—Y el agua —añadió Sombrío— es un tanto extraña. Parece tan densa como el aceite.

—Es cierto... —murmuró Régulus.

—¡Mirad! ¡Esas «cosas» se pegan a la madera! —exclamó de pronto Robinia.

Señaló el remo de Sombrío y los chicos observaron que la madera estaba cubierta de pequeños corales de color rojo.

—¿Qué serán? —preguntó Régulus.

Fósforo emitió un gruñido, como si protestara, y se puso a rascar con una garra el borde de la balsa.

Sombrío replicó:

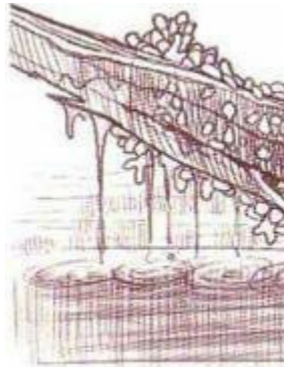
—¡Tenemos que ir en dirección al pico! —Y sacó el remo del agua.

Era más pesado y la parte que iba sumergida estaba ahora completamente cubierta de corales rojos.

Régulus indicó con la barbilla una de las botas de Robinia, que estaba medio roja, y añadió:

—Nosotros atraemos a los corales... ¡se pegan por todas partes!

La chica se sacudió el pie intentando despegarse aquellos extraños corales,



pero sólo cayeron algunos, que rodaron hasta el agua.

—¡Demonios!

Esto no me gusta, no me gusta... ¡no me gusta nada! —Gruñó Régulus apretando los

dientes con tuerza.

—A mí tampoco —murmuró ella.

—Coge la ballesta —dijo de repente Sombrío en tono imperativo.

—¡Son demasiado pequeños para la ballesta, hermanito! —objetó Régulus, aunque tomó el arma de todos modos.

—Puede, pero algo se ha movido aquí debajo —repuso Sombrío, y con

esfuerzo levantó el remo, ahora pesadísimo. Se oyó un chasquido y el remo se tronchó por la mitad. Algo golpeó la balsa y el vaivén lanzó al chico al agua.

Robinia gritó y se agarró a las sogas.

Régulus cayó hacia atrás y se le disparó la ballesta. Luego gritó:

—¡Sombrío!

Pero el agua oscura y aceitosa ya se lo había tragado y un relámpago de fuego alumbró siniestramente por debajo de la balsa.

También en el Reino de las Estrellas aquélla fue una tarde insólita. Sobre las

montañas cayó rápidamente la noche, fría y misteriosa.

—Mañana por la mañana nos pondremos en camino —masculló Stellarius.

—¿Adónde vamos? —preguntó Spica.

—Vaya, ¿te ha vuelto la voz? —dijo el mago mordazmente volviéndose hacia ella.

La chica se ruborizó y bajó los ojos. El mago resopló y eligió un sitio para pasar la noche; dirigió el bastón a un arbusto de brezo y, con un rayo, lo convirtió en una pequeña hoguera. Luego se sentó junto al fuego y le hizo una señal a ella para que se acercara.

—Mientras tú te divertías cazando crepusculares, yo he buscado el lugar donde estos seres monstruosos decidieron colocar el Espejo de las Hordas —le dijo.

—¿El espejo de qué? —preguntó atónita la chica.

Stellarius suspiró.

—Así es como se llama, Espejo de las Hordas. Por lo que he conseguido descubrir, es una superficie de agua, por lo general estancada, alrededor de la cual los crepusculares hacen guardia; de algún modo, todavía no sé cómo, las brujas y sus aliados aprovechan estas superficies de agua para crear algo parecido a una Puerta, con la diferencia

de que, en vez de unir reinos pacíficos, comunica entre sí los reinos sometidos al Poder Oscuro, donde están acantonadas las tropas de la Reina Negra, listas para una invasión rápida e inesperada.

—¿Y habéis encontrado ese espejo?
—preguntó Spica—. ¿Es allí adonde nos dirigimos?

—Es obvio. ¿Adónde, si no?

—Pero ¿cómo consiguen esos crepusculares establecer una comunicación entre los reinos conquistados? Es algo que sólo pueden hacer las hadas, o al menos eso es lo que se dice... —murmuró Spica, alterada.

Luego sacó el puñal de una bota y agarró, harta, una de sus largas trenzas rubias, que a Mérope tanto le gustaba arreglar para la fiesta del pueblo. Stellarius la observó con ojos atentos unos instantes mientras ella se cortaba el pelo sin demasiado pesar, librándose así de la sustancia roja de los crepusculares que valientemente había matado.

—En otro tiempo, las hadas eran las únicas capaces de hacerlo, sí. Pero es evidente que la Reina Negra ha encontrado el modo de emularlas y tengo que descubrir cómo exactamente para impedir la conquista de otros reinos. Los crepusculares son criaturas con mil recursos. Piensan como una sola mente y

ven con mil ojos en lugares distintos. Es difícil engañarlos —murmuró mirando las llamas.

Dejó a un lado estas consideraciones y miró a la chica, que había terminado de cortarse el pelo.

—¡Ah! —exclamó echándose a reír—. ¡Parece que has pasado por las manos de un esquilador de ovejas!

Spica bufó, pero después se echó a reír también. Se atusó su ahora corto cabello rubio y suspiró al tiempo que tiraba las trenzas al fuego. Se oyó un lento crepitar y chispas bermejas se elevaron en el aire.

—Y bien, ¿qué dices, muchacha? ¿Harás algo para combatir el Poder

Oscuro o no?

—Claro que sí. ¡Os ayudaré! —
respondió ella con expresión decidida.

—Era justo lo que quería oírte decir.
¡Justo eso! —murmuró satisfecho
Stellarius.

Rebuscó en su macuto y le tiró un
trozo de queso y un panecillo.

26. El pez de oro



OMBRÍO, Sombrío! —gritó Régulus arrodillándose al borde de la balsa y escudriñando el agua con los ojos desencajados.

—Déjalo... Me temo que no volverás a verlo —murmuró entonces Robinia, que hacía lo mismo al otro lado de la balsa. Sonó un crujido y una cuerda se soltó con un latigazo.

—¿Qué dices? ¡Sombrío no ha muerto! ¡No puede haber muerto! —chilló el joven.

—¡Mira ahí abajo! —gritó entonces

ella con la cara descompuesta—. Ahora sé lo que son... Esos corales son los centinelas de los abisales y... y eso quiere decir que Sombrío ya está muerto, ¡y que nosotros también estamos muertos! ¡Nosotros también! —gimió Robinia aterrorizada, y empezó a llorar.

—Y esos abisales son... ¿qué? —preguntó Régulus embarulladamente.

—No sé mucho de ellos. Son unas de las criaturas más antiguas de todos los reinos. Sólo sé que viven en aguas profundas y hunden las embarcaciones para devorar sin piedad a sus tripulantes. Ningún lugar infestado de abisales ha sido poblado jamás, como no sea por sus propios centinelas, y

quien los ha visto no ha sobrevivido para poder describirlos. Tendría que haber recordado antes las viejas historias sobre aguas con estrías rojas, tendría que haberme acordado de los corales rojos...

Régulus gritó:

—¡No importa! ¡Tal vez no te hayas dado cuenta, pero nosotros estamos aún sobre la balsa!

La chica le aulló a la cara:

—Pero ¿es que no lo entiendes?! Estos corales rojos van lastrando la balsa... y no tenemos remos... y ellos seguirán pegándose a la balsa hasta que sea demasiado pesada para flotar... y entonces nosotros terminaremos en el

agua y los abisales se abalanzarán sobre nosotros y... —balbució, incapaz de continuar.

Régulus calló un rato, como si estuviese considerando las distintas posibilidades, con su mente funcionando a toda prisa; luego murmuró con los dientes apretados:

—Y nosotros no les daremos la oportunidad. ¡No tengo ninguna intención de convertirme en pasto de esas horrendas criaturas!

Fósforo emitió un gruñido sordo contra el agua y retrocedió hasta el centro de la balsa; Robinia se quedó de piedra. Alzó los ojos hacia Régulus, desconcertada.

La balsa crujió de nuevo y los centinelas rojos parecieron más insistentes y numerosos.



Régulus miró la orilla y se mordió el labio inferior, preguntándose qué era lo mejor que podían hacer.

—¿Sabes nadar?

—dijo luego, expeditivo,

colocándose el macuto de forma que no lo perdiera.

Robinia lo miró un instante, perpleja, y tragó saliva.

—No entiendo qué quieres hacer...

—murmuró con voz insegura.

Fósforo emitió un gorgoteo asustado.

—Nos estamos alejando del Pico Plateado —contestó él rápidamente—; si esperamos más no vamos a llegar y, como me has dicho, dentro de poco nuestra balsa se hundirá. Bueno, sólo nos queda una esperanza, ¡nadar hasta la orilla!

—Pero los abisales... —replicó Robinia palideciendo.

—¡Podemos conseguirlo! —exclamó Régulus—. Es más, ¡debemos conseguirlo!

Robinia suspiró y miró las estelas de fuego que brillaban en las oscuras profundidades del lago.

—Si me hubiera dado cuenta enseguida... —murmuró.

—No es momento de sentirse culpable. Quítate la capa, te pesaría demasiado —le dijo con determinación, haciendo él lo propio con la suya y tirándola al agua, no muy lejos.

No había tiempo para nada, no había tiempo para pensar en Sombrío, en que no había salido inmediatamente a flote pese a ser un excelente nadador. Régulus no sabía siquiera si la suya era una buena idea, pero era la única que había tenido.

Pensó que, si los abisales se salían con la suya, al menos la piedra de obsidiana terminaría en el fondo del

lago con él y las brujas no podrían usarla para atravesar la Puerta e invadir su reino.

Agarró la pequeña mano temblorosa de Robinia.

—¿Estás lista? —le dijo el chico mirando el agua.

—No creo que vaya a estarlo nunca... —murmuró ella mirando a Régulus y la estrella que brillaba misteriosamente en su frente.

Fósforo gorgoteó de nuevo, desesperado.

—Lo siento, amigo mío, sé que el agua no te gusta, pero no tenemos más remedio. No te sueltes de mí y todo irá bien. —Trató de tranquilizarlo Robinia.

—¡Vamos! —exclamó Régulus. Y con un impulso desesperado de decisión y coraje, los dos chicos saltaron al agua.

Un instante después, la balsa crujió como si gimiera y las aguas del Lago de Fuego la cubrieron. Luego empezó a hundirse hacia el fondo del lago lentamente.

Largas estelas de luz roja, semejantes a relámpagos de fuego, se arrojaron sobre ella.

Sombrío luchó denodadamente para salir a flote y casi lo había conseguido cuando un resplandor dorado hizo que mirara hacia abajo. En ese instante se

dio cuenta de que la cadenita que llevaba al cuello hasta entonces, aquella con la brújula de la Reina de las Hadas, se había roto. Un eslabón debía de haber cedido por el peso del medallón más el de los corales rojos, que ahora incluso se le estaban pegando a él como antes al remo de la balsa.

El chico buceó hacia el fondo sin pensárselo para recuperar la preciosa brújula que se perdía en los abismos, hacia las estelas de luz ardiente.

Y de repente también él las vio. Eran como largas anguilas que despedían resplandores rojos y nadaban en el fondo del lago. Luego empezaron a moverse alrededor de él como en una

danza, abriendo como resortes las fauces llenas de dientes largos y afilados.



Los pulmones le ardían, los ojos le picaban y los destellos rojos se volvían más fuertes y casi dolorosos para la vista.

Sombrío se volvió y decidió que, pese al medallón, no podía permanecer más bajo el agua. Intentó volver a la superficie, pero sólo entonces se percató de que sus movimientos se habían vuelto demasiado lentos y casi no podía

mantener abiertos los ojos, las sienas le martilleaban dolorosamente. Llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para moverse y se abandonó al agua.

No supo exactamente lo que ocurrió después. Se sintió caer a un abismo sin fin, trató de reaccionar al frío y al aturdimiento, luchó, volvió a abrir los ojos mientras rojas estelas de luz pasaban junto a su cuerpo y aquellos dientes voraces e impacientes le rozaban las piernas. Sintió en su cabeza los latidos del corazón y la sangre silbándole en los oídos.

Todo se le confundió, el arriba y el abajo, lo real y lo irreal... Quizá por eso oyó de nuevo a Spica entonando

aquella cancioncilla la tarde en que él había descubierto el secreto de Erídanus. Y luego volvió a verla ante él, con la cara triste, diciendo: «Procurad regresar... ¡ambos!». Como en un sueño, la voz se extinguió y en el oscuro fondo del lago, adonde nadie había llegado vivo jamás, el joven elfo percibió un sonido lejano.

Parecía un canto dulce y apenado, y le recordó de golpe las miles de razones por las que valía la pena luchar por vivir. Con un gesto desesperado, se arrancó los corales rojos que lo apresaban como cadenas y, misteriosamente, ellos lo dejaron ir y desaparecieron en las negras aguas.

Espantó también a las horrendas criaturas resplandecientes, que, casi como si lo obedecieran, se desvanecieron en el fondo del lago.

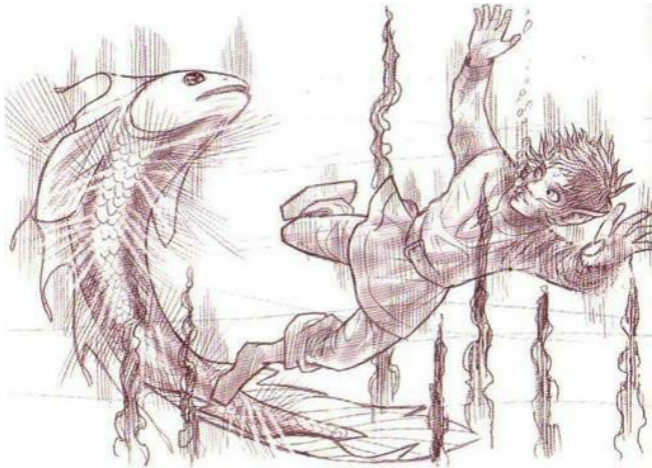
El sonido se convirtió en algo parecido a un trino y se volvió más claro y real. ¿Sería aquello lo que había espantado a las horribles criaturas?

Con la cabeza confusa y latiéndole con fuerza, Sombrío abrió los ojos hinchados y cansados... y lo vio.

Un gran pez de escamas doradas llegó hasta él como un rayo, lo montó sobre su dorso y se lo llevó de allí. Hacia arriba, hasta que la presión del agua cesó y el aire le llenó de nuevo los pulmones.

Sombrío tosió y notó todo el dolor de quien vuelve a la vida después de haber rozado la muerte. Movi6 un poco la cabeza y se dio cuenta de que el pez lo estaba llevando a la orilla.

Rocas blancas y cegadoras bajo el sol de la tarde le arrancaron un d6bil lamento. S6lo tuvo una certeza: hab6a llegado al Pico Plateado.



Una voz, la de Régulus, le llegó desde profundidades muy lejanas, luego algo se movió en la orilla y él perdió el sentido.

Cuando Sombrío se despertó, yacía

sobre una superficie dura y fría. Oyó el crepitar de un tímido fuego que lo tranquilizó. Le llegaron también las voces de Régulus y de Robinia y abrió los ojos. Los dos amigos hablaban en voz baja mientras *Fósforo*, ovillado junto a él, mordisqueaba un trozo de carbón con gruñidos sordos y soltando resoplidos de humo por la nariz.

El ruido de una zambullida le hizo dar un respingo. Se sentó trabajosamente y vio una extraña criatura que asomaba del agua no lejos de él, como si se alegrara de que se hubiese despertado. Era el pez de oro que le había salvado la vida en el fondo del lago. Las escamas doradas de su dorso reflejaban

la luz del sol, que le hacía parecer una estrella resplandeciente.

—¡Ah, amigo, te has despertado! — gritó Régulus poniéndose en pie y acercándose a él.

—Nos has dado un buen susto... — murmuró Robinia.

—¿Vosotros estáis bien? ¿Cómo conseguisteis salvaros? —preguntó el chico. Su voz sonaba fatigada, pero sus ojos estaban llenos de luz y los dos amigos le contaron la idea de Régulus y la terrible natación hasta el Pico Plateado. Todavía tenían la ropa y el pelo llenos de corales rojos y, como para dar fe de la terrible prueba, *Fósforo* estornudó como un gato

empapado. Los chicos se echaron a reír y, mientras Sombrío lo acariciaba afectuosamente, contaron también que pensaban que estaba muerto y que, de repente, había llegado aquel gran pez de oro llevándolo sobre su dorso.

—¿Qué crees que es? —preguntó Robinia—. Y ¿cómo puede sobrevivir en un lago infestado de esas horrendas criaturas?

—Quién sabe —dijo Régulus tendiendo a Sombrío algo de comer.

El joven esbozó una sonrisa y dijo:

—Yo creo que es Saltarina.

Régulus y Robinia se miraron, mudos de asombro.

—¿Quieres decir el hada que la

reina Floridiana mandó en ayuda de los elfos forestales, la que desapareció misteriosamente poco antes de la caída del reino? —preguntó la chica, estupefacta—. Entonces no murió, como decía Brecius...

—Y después de salvarte traje esto a la orilla —dijo Régulus depositando frente a su amigo la brújula de la Reina de las Hadas.

Sombrío suspiró de alivio y asintió.

En ese momento, el pez de oro desapareció bajo la superficie del agua y en su lugar emergió una figura resplandeciente, alta y esbelta. Su rostro estaba enmarcado por largos cabellos rubios y sus grandes ojos luminosos

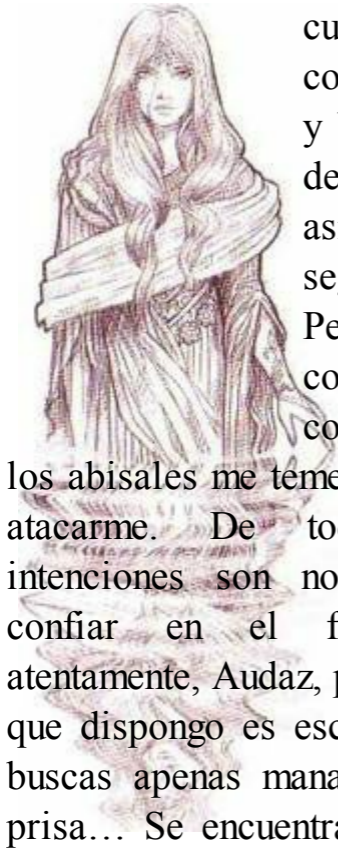
traslucían una velada tristeza.

—¡Bravo, Audaz, así que me has reconocido! Tus ojos ven lejos, pues, como los de tu padre. Mi reina ha elegido bien a su paladín si es capaz de discernir lo verdadero tras las falsas apariencias de una poderosa brujería — dijo con voz dulce y apenada—. Pero quizá ya sea tarde, me queda poco tiempo antes de que el hechizo de las brujas me convierta de nuevo en pez.

—¿Cómo podemos ayudarte? — preguntó Sombrío, preocupado.

Saltarina sonrió y la suya fue una sonrisa triste.

—No podéis. Yo vivo aquí desde hace ya muchos años, y aquí vivía



cuando los abisales
construyeron la presa
y bloquearon el flujo
del lago, adaptándolo
así para vivir y cazar
según sus costumbres.
Pero no tengas miedo:

como has podido ver
con tus propios ojos,
los abisales me temen y no se atreven a
atacarme. De todos modos, tus
intenciones son nobles y me hacen
confiar en el futuro. Escúchame
atentamente, Audaz, porque el tiempo de
que dispongo es escaso. La fuente que
buscas apenas mana ya y debes darte
prisa... Se encuentra en la cumbre del

Pico Plateado. En otro tiempo, el agua bajaba por el pico formando una cascada de plata y llenaba el lago, haciendo que se desbordara en el cauce del río, que ahora está seco. Las corrientes del lago mantenían alejados a los abisales y sólo ellas podrán ahuyentarlos un día —dijo Saltarina suspirando.

Se volvió hacia atrás y sus ojos miraron con inquietud la oscuridad del lago; luego continuó:

—Lo que importa es que allá arriba encontrarás lo que buscas y te será indicado el camino. No pierdas la esperanza y usa la cabeza, pues ahora sólo tú puedes ayudarnos a ser libres de

nuevo. Tú marcarás el principio del fin para la Reina Negra, aunque ella aún no lo sepa. Sin ti, los otros... —su voz se debilitó de improviso y las últimas palabras apenas se percibieron—... ni siquiera podrán partir. Buena suerte.

Y de repente, ante sus ojos, Saltarina tomó de nuevo el aspecto del elegante pez de escamas doradas. Dobló el dorso hacia atrás, se zambulló en las aguas oscuras y aceitosas del lago y, con un último salto, desapareció.

27. La ampolla y la espada



A noche transcurrió de prisa y el alba empezó a aclarar el cielo. Los tres chicos no habían conseguido pegar ojo y habían pasado la noche junto al fuego, sumidos en sus pensamientos. Nada más salir el sol se miraron a los ojos y, sin decir palabra, decidieron partir.

El Pico Plateado era un cono de roca que se alzaba a gran altura sobre el lago. Un sendero conducía hasta la cima, pero un derrumbe había sepultado su arranque

en la falda del monte. Fue Sombrío quien comenzó a trepar para alcanzar el camino, y Régulus y Robinia lo siguieron ayudándose uno a otro en los puntos más difíciles.

Necesitaron toda la mañana para llegar hasta la cumbre. Cuando por fin encontraron el manantial del Arroyoseco, antaño llamado Hada, estaban exhaustos.

En la roca había esculpida una figura femenina alta y orgullosa, ahora sin cabeza. Tenía en la mano derecha una caracola en cuyo borde se formaba muy lentamente una gota de agua cristalina. En la otra mano sujetaba una espada sin adornos ni brillo, cubierta por un polvo

blancuzco que la hacía parecer de piedra también. A los pies de la estatua estaban los restos de una pila excavada en la piedra, desportillada, dañada.

—Por todas las estrellas del cielo, ¡una espada! —murmuró Régulus acercándose para mirarla.

—Y la fuente... nadie diría que hay mucha agua. ¡Está seca! —observó Robinia moviendo la cabeza con aire triste—. Quizá hemos llegado tarde.



Sombrío sacó de su macuto la ampolla de cristal que había recibido de la Reina de las Hadas y comprendió por fin para qué se la había dado, así que se acercó y recogió la gotita de agua que se estaba formando en el extremo de la

caracola.

—«Una lágrima para el rescate»...

—repitió despacio, recordando las letras grabadas en el enigma de la lápida de Enebro. Luego añadió—: Una sola... ¡basta!

—¡Me gustaría mucho saber para qué! —exclamó Régulus, no convencido del todo.

Esta vez fue Robinia la que llamó la atención de los dos jóvenes sobre la pila esculpida.

—Saltarina ha dicho que aquí arriba ibas a encontrar todo lo que necesitabas. ¡Mirad, parece que aquí hay algo escrito! —añadió al tiempo que se arrodillaba al borde de la pila de piedra

y pasaba los dedos por el fondo.

Sombrío se guardó la ampolla con cuidado y se inclinó para observar. No le costó descubrir una inscripción en caracteres antiguos que decía:

UNA LÁGRIMA PARA EL RESCATE,
UNA ESPADA PARA LA LIBERTAD,
ALLÍ DONDE EL LOCO TRAICIONÓ
EL AUDAZ OTRA VEZ LAS GUIARÁ.

UNA LÁGRIMA PARA LA
SALVACIÓN,
ALLENDE LAS NEGRAS VÍAS DE
PIEDRA,
ALLENDE LA BRUMOSA ARBÓREA
FORTIFICACIÓN,
EL AUDAZ LA DEVOLVERA.

ENTONCES PRÓPICIO EL VIL
RESULTARÁ,
ROTO SERÁ EL ASEDIO
Y SÓLO AL JUSTO ACAECERÁ
QUE VENENO SE TORNE REMEDIO.

LA ÚLTIMA GOTEANTE LÁGRIMA
SERÁ VERTIDA
Y LA ESPADA SERÁ DESENVAINADA
SI LA ESTRELLA PRONTO ES
SEGUIDA.

ASÍ LA CAZA SEA CONTINUADA
¡HASTA QUE LA BRUJA SEA
EXPULSADA!
ARCO, ESPADA, OCA Y DRAGÓN SE
UNIRÁN
Y A LA MORTAL MESNADA
DERROTARÁN.

Sombrío arrugó el ceño.

—Parece similar a la de la lápida de Enebro... —Dijo—. Quizá ésta esconda también un mensaje cifrado —aventuró Robinia.

Sombrío asintió y estudió la inscripción, pero no encontró letras más profundas que las demás ni detalles que lo indujeran a pensar en una pista oculta.

—No veo nada, la verdad... —suspiró.

Calló un rato mientras pasaba la mano por el fondo de la pila, rozando las palabras en busca de otras marcas. Finalmente, una idea le vino a la cabeza. Era absurda, pero quizá los ayudara. Sacó a toda prisa la cantimplora de agua

de su macuto y la destapó.

—¿Qué te ocurre? —le increpó Régulus viendo lo que pretendía hacer con aquella preciosa agua.

—No irás a malgastarla vertiéndola ahí, ¿verdad? —dijo con voz aguda Robinia—. No tenemos demasiada y el agua del lago no es buena para beber.

—Reflexionad, en otro tiempo esto era un manantial y la pila estaba pensada para recoger el agua —exclamó Sombrío.

Fósforo se encaramó a la estatua y fijó sus ojos amarillos en Sombrío.

—¿Y? —repuso Régulus.

—Quizá el mensaje fue escrito cuando en la pila aún había agua y fue

estudiado para que la pista oculta aparezca sólo cuando el agua discurre...

—Me parece un poco demasiado complicado —objetó Robinia—. El mensaje fue escrito cuando el agua discurría, vale, pero en aquel entonces no significaría nada para ellos. Tendría significado, en cambio, cuando el agua desapareciera. Habría tenido mayor sentido hacer lo contrario, ¿no creéis?

—Robinia tiene razón —suspiró Régulus.

—No lo creo. Fue escrito cuando no tenía importancia que alguien lo leyera o no, pero sabiendo bien que, en el momento en que el reino cayera en manos de las brujas, una pista evidente

sería peligrosa. Si las brujas la encontraban por casualidad, podían destruirla... —añadió, cada vez más seguro de lo que decía.

Y sin esperar más reparos, derramó el contenido de la cantimplora sobre la superficie esculpida. En un abrir y cerrar de ojos un velo de agua cubrió la inscripción de la pila.

Los tres chicos se asomaron para estudiar las palabras; luego Robinia dijo:

—Bueno, yo diría que has desperdiciado tu agua...

—¡No! —gritó Régulus de repente, acercándose a la inscripción—. ¡Mirad aquí! ¿Es una impresión mía o algunas

letras... brillan?

Sombrío sonrió lentamente y soltó un largo suspiro.

—Sí —dijo—. Brillan como si estuvieran revestidas de cristal y dicen... —Dudó un largo instante mientras reconstruía la pista; luego se enderezó—. Dicen: «en el árbol maestro caiga». Si juntamos esta frase con la oculta en la inscripción de la lápida de Enebro, tenemos una nueva pista:

*Una lágrima para el rescate...
... en el árbol maestro caiga.*

Se hizo el silencio.

—¿Qué es un árbol maestro? — preguntó al fin Sombrío observando la estatua con mayor atención, como si esperara de ella una respuesta.

—Y ¿dónde se encuentra? —añadió Régulus.

Robinia bajó los ojos, se sentó en el borde de la pila y se quedó contemplando el paisaje del que se disfrutaba desde la cumbre del pico.

—Es uno de los Trece Árboles Sabios. El primero de ellos —dijo la chica en un susurro.

Régulus y Sombrío se volvieron para observarla y ella continuó:

—En otra época, los reyes de este reino no descendían de familias reales,

sino que eran elegidos. En la que hoy llamamos Selva Brumosa había un claro con trece árboles dispuestos en círculo. Aquellos que se presentaban para ser investidos reyes se sentaban durante una noche entera entre aquellos árboles, y se cuenta que sólo los más sabios y buenos regresaban. Aquéllos cuyo ánimo estaba dispuesto a la renuncia por el buen gobierno del reino. El Árbol Maestro era el más antiguo de los trece, se dice que sobre sus raíces se había fundado el Reino de los Bosques. Pero es sólo una vieja leyenda, o al menos yo siempre lo había pensado.

—¡Oh! —exclamó Régulus—.

Bueno, esta inscripción nos dice que

vayamos precisamente allí, ¿no creéis? La «brumosa arbórea fortificación» podría ser una manera pomposa de referirse a la Selva Brumosa de la que hablas.

Robinia miró al joven con los ojos muy abiertos.

—Es uno de los lugares más antiguos del reino, uno de los más mágicos y misteriosos. Nadie va de buen grado y se dice que desde allí comenzó la invasión de las brujas...

—Pues, por lo que parece, es precisamente allí adónde tenemos que llevar la gota de agua del río Hada — dijo Sombrío poniéndose en pie.

—¡Y la espada! —añadió Régulus

mirando el arma en la mano derecha de la estatua—. ¿Crees que es ésta la espada? Quiero decir, ¿no tiene muy buen aspecto! —murmuró.

—Su aspecto no es lo importante —respondió Sombrío mirando a sus dos amigos—. «Una lágrima para el rescate, una espada para la libertad». No cabe duda, tengo que llevar también la espada.

—Sólo que... —intervino Robinia en ese instante—, no sé bien cómo llegar hasta la Selva Brumosa desde aquí. Necesitaremos meses para encontrar un paso a través de las montañas que no esté vigilado por las brujas y luego...

—¿Tienes idea de qué pueden ser

las «negras vías de piedra»? —le preguntó Sombrío.

La chica hizo un rápido gesto de negación y el joven suspiró.

—Bueno, entonces no podemos hacer otra cosa. Si hacen falta meses, tardaremos meses.

—Y ¿la brújula de la Reina de las Hadas? ¿Qué dice? —preguntó Régulus.

Sombrío la sacó de su túnica y la consultó.

—Indica esa pared de piedra —dijo—. Quizá al otro lado... —prosiguió, poco convencido.

—Sí. Ésa es la dirección ¡para darnos de cabeza! —exclamó Régulus en tono de broma.

En aquel momento Sombrío se puso en pie con gesto resuelto y tendió la mano hacia la espada. Cerró los dedos alrededor de la empuñadura, que estaba blanca por el polvo, y de repente la mano de piedra de la estatura se desmoronó.

La vaina de piedra que la había custodiado hasta entonces se hizo añicos y una larga espada de acero, ligera y manejable, relució a los rayos del sol de primera hora de la tarde.

En ese preciso instante, un ruido en la roca sobresaltó a los chicos. Como un muelle, *Fósforo* saltó al hombro de Sombrío, mientras que Régulus empujó a Robinia detrás de un saliente temiendo

que hubiera un
derrumbe.

Sombrío, en
cambio,
permaneció quieto
y totalmente
tranquilo.

Miró frente a
él sosteniendo la
espada en la mano. Cuando el temblor
cesó, el pequeño dragón emitió un
gemido sordo y entonces el muchacho
asintió.

—¡Por lo que parece, nuestra
dirección es realmente ésa!

Régulus y Robinia se quedaron con
la boca abierta. Una puerta de piedra



esculpida en la roca había abierto sus hojas en la pared que tenían delante.

—Ya no hay ninguna duda de que finalmente hemos encontrado las «negras vías de piedra»... —murmuró Sombrío.


A decorative border in a reddish-brown color frames the page. It features intricate scrollwork, floral motifs, and geometric patterns, including diamond shapes and stylized leaves, arranged in a repeating sequence around the perimeter.

PARTE CUARTA



HOJAS NUEVAS

28. El Espejo de las Hordas

ÁS de dos días habían transcurrido ya desde que Spica y Stellarius se pusieran en camino y, con gran estupor de la joven, habían tomado la dirección del Desierto del Viento, una zona árida y deshabitada en la falda de los montes de la Hoz de Plata.

El avance se hizo más difícil y agotador. De día el sol pegaba con fuerza, feroz, y cuando soplaban el viento, que levantaba tierra y broza, el

trayecto se volvía impracticable. De noche el frío era tan cortante que les castañeteaban los dientes.

Los pensamientos de la chica estaban lejos.

No conseguía apartar de su mente el rostro oscuro y preocupado de Sombrío cuando se había despedido de ella y seguía pensando con angustia en los peligros que él y su hermano estarían afrontando, mientras que ella lo único que hacía era andar por el desierto.

Estaba absorta en estos pensamientos cuando llegaron a las inmediaciones de la vieja casa del desierto. «Entonces —pensó Spica—, ¡existe de verdad!». Antiquísimas

historias contaban que en el Desierto del Viento había ruinas de un lugar antaño habitado por una criatura maligna. Algunos decían que una bruja, otros que un troll o algún ser innombrable. La leyenda decía también que había sido aquella criatura maligna la que había acabado con el río que corría por aquellas tierras, volviéndolas así inhóspitas para siempre.

Las ruinas aparecieron a la vista de Spica como un lejano espejismo ondulante, y durante unos instantes creyó que sufría una alucinación.

—Ya hemos llegado, allí está la vieja casa —murmuró Stellarius con aire pensativo.

Spica la miró de nuevo y apretó el arco en sus manos, como tratando de extraer de él todo el valor necesario para afrontar aquella nueva aventura. Pero el mago decidió que era mejor detenerse a pasar la noche antes de llegar a la vieja casa. Descansaron poco y mal. La chica tuvo un mal sueño, una pesadilla peor que la que había tenido antes de partir. Se encontraba en medio de la niebla y de improvviso los densos cúmulos se disipaban y dejaban ver una gigantesca puerta de piedra blanca. En el interior, la oscuridad era intensa y daba una sensación opresiva. De todos modos, algo la empujaba a entrar; cuando dio un paso adelante, el suelo se

abrió bajo sus pies. Cayó y cayó, sin aliento, por la oscuridad fría de cuevas y galerías sin nombre... y durante la terrible caída, sonidos estridentes, llamaradas y relámpagos de luz violeta le herían los ojos, el rostro, los hombros... y luego oyó gruñidos feroces... Tuvo la seguridad de que iba a morir, gimió de terror y, de golpe, alguien la agarró por los hombros y la sacudió enérgicamente, Spica se estremeció y abrió los ojos de par en par.

Stellarius la observó brevemente. Luego apartó sus ojos de los de Spica.

—¿Confías en tu hermano y en Sombrío? —le preguntó el mago

cortando de raíz cualquier pregunta de la chica.

—Yo... —balbució Spica, y se pasó una mano por el pelo empapado de sudor frío, tratando de recobrase—. Sí..., sí. Es sólo que tengo miedo —murmuró al final.

—El miedo es bueno siempre que no impida tomar decisiones. Algo profundo te une a esos chicos y trae hasta ti sus pensamientos. Sus miedos, quizá. Ecos de lo que están viviendo... Mente y corazón son una extraña combinación, muchacha. Pero no puedes pensar en ello ahora. No, no ahora.

Estuvieron callados un rato; luego Spica le preguntó:

—Estamos cerca ya. ¿Cuándo actuaremos? ¿Cómo? Podríamos avanzar de día, es menos probable que nos vean...

Stellarius volvió a mirarla, con ojos que centelleaban de decisión y reproche.

—Gracias a tu bravata en la cueva, ahora saben que los ves. Te dije, me parece, que piensan como una sola mente... Además, no tienen ningún problema con el sol; pese a que prefieran la oscuridad, los crepusculares no son murciélagos comunes.

—Pero entonces, ¿cómo podremos acercarnos al Espejo?

—La luz de cristal que emite mi bastón nos vuelve invisibles a sus ojos.

Mañana por la mañana nos acercaremos todo lo posible. Dejaremos que los crepusculares se dispongan alrededor del Espejo de las Hordas y que el hechizo de las brujas esté a punto de realizarse... Tengo que observar lo que ocurre antes de poder actuar —explicó Stellarius con mirada distante.

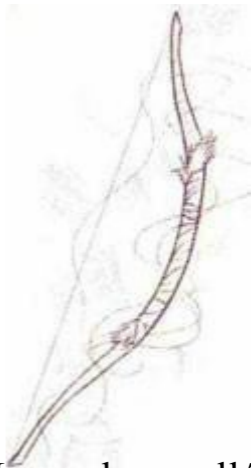
»Ahora dame tu arco.

—¿Cómo? ¿Para qué?

—¡Cuántas preguntas inútiles! Como has visto, un simple arco no servirá de mucho sin una pequeña modificación. —Stellarius le guiñó un ojo y Spica le tendió cautamente el arco.

El mago lo sopesó con mirada absorta, luego desenvolvió una pequeña

madeja de hilo dorado que llevaba en el macuto. Anudó el hilo y lo fue enrollando alrededor de la madera curva, formando una apretada espiral



con sus hábiles dedos. Luego lo enrolló de la misma manera en la cuerda y terminó con un nudo doble. Comprobó su trabajo minuciosamente y suspiró satisfecho.

—Aquí lo tienes. Ahora —dijo después agitando en el aire el arco de Spica— ya no es un simple arco, sino

una arma muy poderosa. Una arma marcada por un encantamiento. Cuídalo. Será más resistente que el metal y más flexible que la madera. Además, confundirá a los enemigos, que no serán capaces de distinguirte con facilidad cuando lo empuñes. Ya estás lista para usarlo; cada flecha que cargues en el arco se adaptará al enemigo que tengas enfrente para poderlo abatir. Pero deberás ser tú la que dispires y tú la que decidas cómo y cuándo, y si hacerlo o no. Ahora duerme, necesitas un descanso.

Spica recuperó su arco y lo miró con los ojos redondos. Era verdad. Su peso había disminuido y su aspecto no era ya

de madera un poco gastada. El material se parecía más a un metal pulido y finamente repujado incluso en la empuñadura. «Una arma marcada por un encantamiento —pensó la joven—, ¿seré digna de empuñarla?».

La mañana amanecía lentamente y la mano de Stellarius despertó a Spica antes incluso del alba. El rostro del mago estaba tenso y a ella le pareció que en él se agitaban temores de asuntos que se había callado, pero no se atrevió a preguntar nada. Cuando el mago le hizo un gesto para que lo siguiera, se levantó y obedeció.

Se dio cuenta de que la casa del desierto estaba más cerca de lo que había creído la tarde anterior. Se trataba de una morada derruida, la cúpula baja que la cubría se había venido abajo y un círculo de piedras blancas rodeaba las paredes. Algunos matorrales esmirriados y espinosos crecían alrededor de un hoyo irregular que en otro tiempo debía de haber sido un pozo y ahora contenía una agua fangosa.

Sólo al cabo de un rato Spica se dio cuenta realmente de qué era lo que veían sus ojos... Un grupo de crepusculares rodeaban la superficie de agua cenagosa. Aquellas horribles criaturas se habían amontonado unas sobre otras

formando un círculo oscuro y hormigueante.

La chica apretó los dientes asqueada y empuñó el arco, luego miró a Stellarius, esperando su señal. El mago se acercó un paso. Mientras ante sus ojos el círculo de crepusculares se ceñía en torno a la poza, Spica notó un movimiento y miró hacia arriba. Sus ojos distinguieron a una de las oscuras criaturas planeando por encima de la poza con algo entre las garras.

Durante largo rato, ni ella ni Stellarius respiraron, pero de pronto el mago pareció comprender el secreto del Espejo de las Hordas. Sus ojos lanzaron un destello feroz y dio un salto hacia

adelante gritando:

—Ese crepuscular tiene entre las garras una piedra, ¡el catalizador! ¡No debe tocar la superficie del agua!

Mientras Stellarius empezaba a emplear su magia contra los crepusculares, haciendo que se alzaran de la tierra nubes y rayos, Spica levantó su arco. Sus ojos se centraron en la criatura que volaba solitaria en el ciclo y dejó de ver todo lo que la rodeaba.

Un instante solamente y... la flecha partió.

Un rayo de luz aclaró el cielo mientras la flecha alcanzaba su blanco y se clavaba en él.

El crepuscular chilló de rabia y

estalló en una mancha oscura contra el cielo claro.

Pero ocurrió algo que Spica no había calculado. La piedra que el murciélago tenía entre las garras mientras volaba, aquella que Stellarius había llamado «catalizador», se precipitó de golpe con una trayectoria oblicua inesperada.

Demasiado tarde la chica comprendió dónde aterrizaría: ¡en la superficie de agua cenagosa, cuyo borde hervía de crepusculares!

Spica corrió hacia delante mientras Stellarius se debatía entre nubes de estridentes murciélagos rojos.

Fue cuestión de segundos.

El catalizador tocó el agua y un negro vórtice borboteó amenazador mientras alrededor reverberaba un rayo de luz maligna.

Fue justo en ese instante cuando Stellarius se volvió hacia el Espejo de las Hordas. Una luz violácea que giraba en el centro del agua hirviente hirió sus ojos: ¡era demasiado tarde!

El agua se agitó y susurró, y de improviso un monstruo gruñidor de fauces abiertas surgió del Espejo de las Hordas.

Spica chilló y cayó hacia atrás, Stellarius gritó algo y todo pareció disolverse en un rayo que tiñó de rojo el cielo.

La luz roja luchó contra la violeta y se agotó con un soplido centelleante encima de la poza de agua, pero la horrible bestia gruñidora no desapareció. Es más, gruñó más fuerte, impidiendo reaccionar a Spica.

—¡Despierta, chica! —le voceó Stellarius levantando bruscamente su bastón.

Como golpeada por una mano gigantesca, la enorme bestia gruñidora fue desplazada a un lado lo suficiente para dar tiempo a Spica a reaccionar.

Intentando controlar su nerviosismo, que hacía que le temblaran las manos, la chica empuñó el arco, lo levantó y tensó la cuerda con una flecha. Sus ojos

trazaron la línea que seguiría la delgada punta de metal, que salió disparada con un silbido ligero y mortal, centelleando con luz plateada. Rotó en el aire hasta clavarse en el monstruo, que se abalanzaba sobre la chica. El flechazo lo derribó hacia atrás y cayó con un batacazo sordo. De pronto, todo volvió a la calma.



Stellarius se acercó despacio a la bestia y la tocó con el bastón para asegurarse de que estaba muerta. Luego asintió.

—Hombres lobo... Las costumbres de las brujas no han cambiado mucho con el tiempo, se rodean siempre de

criaturas de lo más agradables — murmuró sarcásticamente mientras Spica se levantaba temblorosa del suelo.

La chica titubeó un rato; luego dirigió sus ojos al Espejo de las Hordas y tragó saliva.

—¿Se ha vuelto a cerrar? ¿Cómo es posible? Creía que...

Stellarius sonrió de forma perversa y tendió hacia adelante su largo bastón para que la chica pudiera ver lo que colgaba de él: una finísima cinta a la que estaba atada una piedra.

—Quitas el catalizador y la puerta se cierra... —Sonrió aproximándose a la joven—. Exactamente como sucede con las entradas creadas hace tanto

tiempo por las hadas. Conozco este catalizador. Es la piedra de la antigua Puerta de uno de los primeros reinos que se perdieron —añadió pensativo—. ¿Ves? Una turquesa... —Suspiró tirando la piedra a Spica. Ella la atrapó en el aire y la miró largo rato antes de poder contestar.

—Pero es negra... —comentó sin entender.

—Oh, sí. Está sucia y corroída. Pero su forma romboidal es inconfundible y no pensarás de verdad que un catalizador así no acabe, en manos de las brujas, ennegrecido y corroído. Ahora ya sé cómo abre los Espejos de las Hordas la Reina Negra. Aprovecha

los catalizadores que robó a los reinos conquistados, modifica el poder mágico de las piedras y las deja reducidas a oscuros catalizadores con los que es capaz de abrir sus espejos. Tendré que encontrar una manera de advertir a todos los reinos colindantes con las Tierras Oscuras.

29. Las negras vías



ÉGULUS observó el cúmulo de piedras derrumbadas en el hueco de la puerta y tragó saliva. —Parece una cueva... Pero no lo entiendo, estamos en la cumbre del pico, ¿cómo podríamos llegar desde aquí hasta la Selva Brumosa de la que habla Robinia?

—Quizá es que hay un camino que baja... —sugirió la chica atravesando el umbral tras Sombrío.

El joven seguía empuñando firmemente la espada. Dudó un instante mirando a su alrededor, luego cogió una

antorcha apagada de un aplique en forma de garra que sobresalía de la fría pared de piedra.

—¿Serías tan amable, *Fósforo*? — dijo inclinándose frente al dragoncito plumado, que estaba agarrado al hombro de Robinia.

El animalillo levantó sus minúsculas alas y cerró los ojos.

—*Puff!*

Y dos pequeños chorros de fuego salieron de sus narices y encendieron la antorcha.

Una luz cálida e incierta empezó a iluminar el espacio en que se encontraban los chicos, y Régulus se dio cuenta de que había estado a punto de

poner un pie en el vacío. Dio un paso atrás ahogando un grito y empujó a Sombrío.

—Bueno —dijo luego mirando a Robinia—, esto responde a nuestra pregunta. Estamos en la cima, luego hay que bajar de ella...

—Sí, pero estoy segura de que el propósito de quien construyó todo esto no era despeñar a nadie —comentó Robinia—. Sólo los despistados no miran dónde ponen los pies, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir? —bufó Régulus.

—Si hubieses encendido una antorcha antes de ponerte a pasear por un lugar oscuro y desconocido... —

prosiguió la chica.

—Mira quién fue a hablar...

Sombrío sonrió ante su enésima trifulca y levantó la antorcha para iluminar la cavidad, que se perdía hacia lo alto.

—¿Qué es eso de ahí arriba? — preguntó.

Las llamas iluminaban pequeños pegotes negros del techo y densas telarañas colgaban alrededor de algo que parecía una cuerda. De pronto, los pegotes negros se movieron confusamente y un silbido resonó en la cueva; Robinia gritó:

—¡Al suelo!

Los chicos se aplastaron contra el

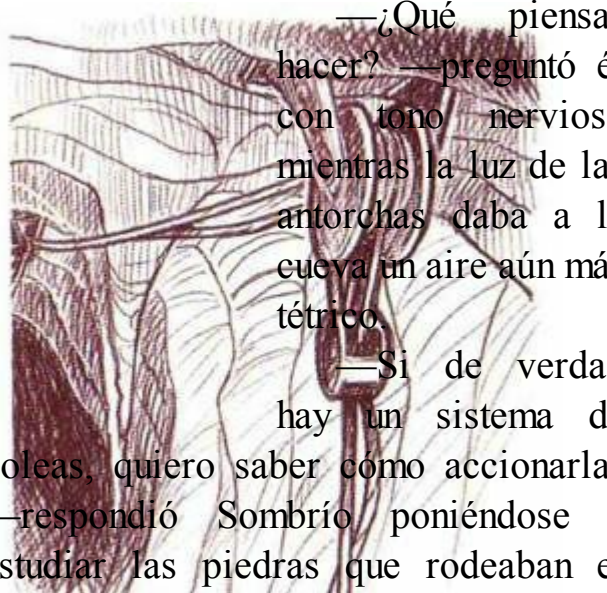
suelo esquivando una nube de murciélagos negros que salieron chillando por la puerta abierta a su espalda.

—Bueno, ahí tienes la respuesta, hermanito —dijo Régulus suspirando mientras se incorporaba—. ¿Son los mismos murciélagos que aparecieron cuando abrimos la Puerta hacia el Reino Perdido?

—No, aquéllos eran rojos —murmuró Sombrío levantándose y volviendo a mirar el techo.

—Allí hay algo que parece una cuerda. Quizá haya una polea allá arriba —aventuró Robina, que corrió a coger dos antorchas más y le dio una a Régulus

después de encenderla.

An anatomical illustration of a human torso, showing the ribcage, spine, and various muscles and internal organs. The drawing is in a reddish-brown color scheme. The text is overlaid on the right side of the illustration.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó él con tono nervioso mientras la luz de las antorchas daba a la cueva un aire aún más tétrico.

—Si de verdad hay un sistema de poleas, quiero saber cómo accionarlas —respondió Sombrío poniéndose a estudiar las piedras que rodeaban el agujero negro.

—¿Tú crees que podemos bajar por aquí? —preguntó Robinia mirando abajo.

Fósforo gorgoteó inseguro.

—Puede que sí —contestó Sombrío.

—¡Cuidado con dónde ponéis los pies! —Silbó Robinia.

En ese instante, Régulus pisó una piedra junto al precipicio. Se oyó un rechinar y la piedra empezó a hundirse en el suelo.

—Huy, chicos... —empezó a decir mirando por fin dónde había puesto los pies.

Un ruido metálico cortó el aire y la cuerda empezó a moverse sola.

Gritando del susto, Robinia tiró de Régulus hacia un lado y el chico acabó en el suelo.

La cuerda se paró.

—Pero ¿qué te pasa? —gritó él poniéndose en pie.

Robinia, pálida como el papel, bajó los ojos y murmuró:

—Podría... ¡podría ser una trampa!

Régulus resopló:

—¡Sí, claro! Pero me gustaría saber por qué todo el mundo acaba tirándome al suelo para salvarme la vida.

—Tal vez si fueses un poco más prudente... —protestó la chica.

—¡No irás a decirme que estás preocupada por mí! —rebatió el chico.

Sombrío interrumpió su nueva discusión antes de que ella se viera obligada a contestarle.

—Mirad, hay una estrella aquí,

sobre la piedra que ha pisado Régulus —observó el chico.

—¿Y? ¿Qué significa? —preguntó Robinia dejando a Régulus unos pasos atrás.

—Sinceramente, no sé si me alegra que esté aquí esta estrella, yo he acabado por los suelos... ¿Qué querías decirme, Robinia? —farfulló Régulus acercándose a su vez a sus amigos y echando un vistazo.

—No me acuerdo —dijo la chica.

—¿Acaso la adivinanza grabada en la pila de ahí fuera no dice «la espada será desenvainada si la estrella pronto es seguida»? —intervino Sombrío.

—Tienes razón —asintió Régulus—,

así que tenemos que seguir la estrella para ir «allende las negras vías de piedra»...

La chica se mordió el labio inferior.

—Pero no me parece una buena idea ir por aquí.

—Hemos sido advertidos. Iremos con cuidado —dijo Sombrío.

—Bueno, en vista de que ya lo has decidido, vayamos. ¡No hay razón para perder más tiempo!

Sombrío asintió y puso el pie sobre la piedra de la estrella. Se oyó un nuevo chirrido y desde arriba, colgada de una gruesa cuerda, bajó una cesta de madera que conducía al fondo del negro precipicio.

—¡Estupendo! —refunfuñó Régulus —. ¿Cómo sabemos que nos sostendrá?

—No podemos saberlo —dijo Sombrío—, así que bajaremos de uno en uno —añadió dando un paso adelante.

—Sí —exclamó Robinia precediéndolo—, y yo seré la primera.

—¿Y si abajo hay algún peligro? —saltó Régulus.

—Precisamente por eso debo ir yo. Soy la única que no es indispensable. Sombrío, por lo que parece, ha sido elegido para esta misión y tú debes ayudarlo. Y llevo conmigo a *Fósforo* —añadió la chica haciendo pasar al dragoncito del hombro de Sombrío al suyo—. Además, ¡soy más ligera! —

exclamó subiéndose a la cesta con gesto decidido.

La cesta se balanceó y Robinia, sobresaltada, se agarró al borde.

Los chicos no encontraron argumentos en contra, por lo que Sombrío sólo pudo decirle:

—Ten cuidado. —Luego levantó el pie de la piedra.

La cesta permaneció inmóvil frente a ellos unos instantes, después se puso de nuevo en movimiento y Robinia empezó a descender tan de prisa que no pudo contener un grito de terror, cuyos ecos en las paredes de piedra fueron apagándose.

La luz de su antorcha se debilitó, se

convirtió en un punto lejano y luego desapareció.

—¡Robinia! —La llamó Régulus asomándose angustiado al agujero.

Sólo se oyó un eco lejano y, tras unos instantes, reinó un silencio absoluto.

Después, sin que Sombrío hubiese hecho movimiento alguno, la polea giró y la cesta volvió rechinando hasta situarse frente a ellos. Entonces bajó Régulus y, por fin, le tocó el turno a Sombrío.

El descenso fue rápido, tremendo.

El joven elfo vio pasar hasta perderse por encima de su cabeza marañas de poleas secundarias, rejillas

en paredes del túnel y enormes telarañas grises. Luego, la cesta aminoró de golpe su caída y acabó deteniéndose.

Régulus y Robinia todavía se lanzaban pullas mientras sus antorchas se habían reducido ya a tizones. Sombrío bajó de la cesta, cogió otras dos antorchas e hizo subirse a su hombro a *Fósforo*. Luego echó un rápido vistazo alrededor.

—Creo que esos dos necesitan estar un rato solos —murmuró el chico.

—¡Snort! —comentó con una nubecilla pestífera el pequeño dragón.

Sombrío sonrió.

—Siento haberlos traído hasta aquí. Pero si enciendes esta antorcha

podremos hacernos una idea de dónde nos encontramos.

Fósforo obedeció sin dudarle y una luz cálida y ondulante iluminó las paredes.

Se hallaban en un túnel de paredes de ladrillo que recordaba el pasillo de una vieja casa.

—Pero ¿dónde hemos acabado? — rezongó Régulus.

Robinia se defendió:

—¡Ah, a mí no me preguntes!

—Pues estaba a punto de hacerlo — replicó él—. ¿No eres tú la experta?

Sombrío cruzó otra mirada con *Fósforo* y el dragoncito expulsó una nubecilla de humo pestilente con

expresión más bien de enfado.

—En cualquier caso, diría que estamos en el buen camino —observó la joven avanzando unos pasos por el túnel.

—¿Ah, sí? —
repuso irónicamente Régulus.

El suelo de piedra estaba decorado con un mosaico que representaba una gran estrella.

El chico suspiró y se corrigió enseguida.

—¡Oh, sí!

Sombrío sonrió y, no se sabía por

qué, pero la estrella le recordó a Spica. Suspiró, apartó de su mente aquel recuerdo y, haciendo acopio de todo su coraje, los puso en guardia:

—Estad atentos, no sabemos lo que nos espera.

Y desenvainó la reluciente espada.

30. Veneno



URANTE tres días enteros los chicos avanzaron a duras penas en la oscuridad, siguiendo las estrellas que aparecían en su camino. Unas veces eran pequeñas y esquemáticas, simples incisiones en la roca; en otras ocasiones estaban maravillosamente trabajadas, en mosaico con teselas de oro o de coloridos esmaltes.

Así, guiados por Sombrío y asaltados por mil dudas, atravesaron laberintos intrincados y siniestros, pero no se les presentó ninguna amenaza real.

Ninguna salvo la escasez de agua.

Hacia la mitad del cuarto día, las galerías, en vez de descender, empezaron a subir poco a poco. Pero no había ni sombra de agua, y en sus cantimploras no quedaba ni una gota ya.

—Diablos, si no salimos pronto de estos túneles vamos a acabar mal... — murmuró Régulus agarrando la cantimplora vacía que le colgaba en el costado. También las provisiones se estaban terminando, pero aquél era un problema menor.

De mala gana, los chicos reanudaron la marcha, más despacio a causa del cansancio, el hambre y la sed, obedeciendo solamente a aquella

extraña fuerza que parecía haberse adueñado del ánimo de Sombrío pese a todas las dudas y todos los miedos.

—¿Por qué te llaman así? Quiero decir, Sombrío... —preguntó de repente Robinia en medio del silencio inquietante de los corredores. La pregunta resonó junto con sus pasos.

—¿Y tú por qué te llamas Robinia? ¿Qué clase de pregunta es ésa? —Le echó en cara Régulus.

—Mi nombre es Robinia, pero el suyo no. El suyo es Audaz. ¿No es así, acaso? —repuso la chica.

Régulus suspiró con condescendencia.

—Tiene hambre —dijo mirando a su

amigo—, siempre hace preguntas insensatas cuando tiene hambre.

—Bueno, ¡tú las haces incluso cuando no tienes hambre! —replicó ella.

Sombrío no tenía ganas de discutir, por lo que sencillamente dijo:

—En casa siempre me han llamado así. —Luego se calló. En casa, pensó con nostalgia.

—¿No te acordabas de tu verdadero nombre? —prosiguió la chica.

—¡Oh, sí que se acordaba! —dijo Régulus.

—Entonces sigo sin entenderlo —repuso Robinia moviendo la cabeza.

—No me gustaba. Nunca he sido... ¡audaz!

—¿Y sí que eres sombrío? —sonrió ella.

—Sí. Para nosotros, los elfos estrellados, un sombrío es alguien que se ríe demasiado poco. Es, digámoslo así, ¡un hurraño! —añadió Régulus.

—Entonces, es una especie de insulto.

—No, sólo un nombre que me va más —explicó con paciencia el joven, que se volvió para mirar las sombras.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica.

—Nada... —contestó Sombrío.

Le había parecido oír un sonido extraño, pero prefirió no alarmar inútilmente a sus amigos, que ya estaban bastante nerviosos. Siguieron

caminando, pues.

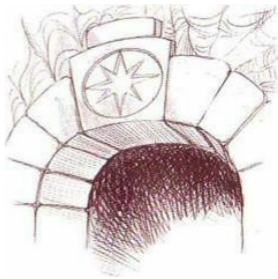
—Es la primera vez que pienso en ello, pero es raro, ¿sabes? —continuó Robinia al poco rato.

—¿El qué? —dijo Régulus con un suspiro.

—Nosotros, los elfos forestales, siempre hemos tenido nombres de arbustos o de árboles, igual que los estrellados tienen nombres de estrellas, planetas y constelaciones. Su madre, por ejemplo, se llamaba Acacia. Pero los nombres de él y de su padre son distintos: Corazón Tenaz y Audaz... —murmuró pensativa.

—¡Incluso riman! —dijo Régulus echándose a reír.

—Decían que
Corazón Tenaz
venía de un reino
lejano. —Régulus
siguió
carcajeándose,



pero sus risas cesaron con un hipido
cuando la luz de la antorcha vaciló
siniestramente. Una ráfaga de aire fresco
y húmedo los embistió de lleno.

—¡Eh, esto es aire! ¡Aire del
exterior! —gimió de estupefacción
Robinia.

Sombrío la detuvo antes de que se
pusiera a correr. La luz de la antorcha
iluminó un amplio espacio al cual daban
innumerables arcos de ladrillo blanco.

Sobre cada uno de ellos estaba esculpida una estrella de distinto color, material y tamaño.

Los chicos se quedaron quietos.

—Y ¿ahora qué? —se lamentó Robinia.

—No podemos equivocarnos de camino ahora que estamos a un paso de la salida... —murmuró Régulus—. ¡Mirad! Blanca, roja, dorada, con rayos, sin rayos... ¡Decidme que alguno de vosotros tiene idea de cuál puede ser la estrella que tenemos que seguir para salir de aquí!

Desanimados y demasiado cansados para pensar con lucidez, los chicos se sentaron y decidieron dar fin a sus

últimas provisiones. Pero aquélla fue la cena más triste que jamás habían hecho. Y el sueño que vino a continuación fue un tormento de confusas pesadillas.

Mientras Régulus y Robinia dormían, Sombrío encontró tiempo para reflexionar con tranquilidad. El aire parecía provenir de todos los túneles y no había solución, aparentemente, a la adivinanza que seguía rondándole por la cabeza. Si tenían que seguir la estrella, como habían hecho hasta entonces, ¿cómo debían proceder ahora?

Era un rompecabezas sin sentido.

Además, de vez en cuando oía un extraño sonido que se perdía más allá de alguno de aquellos arcos.

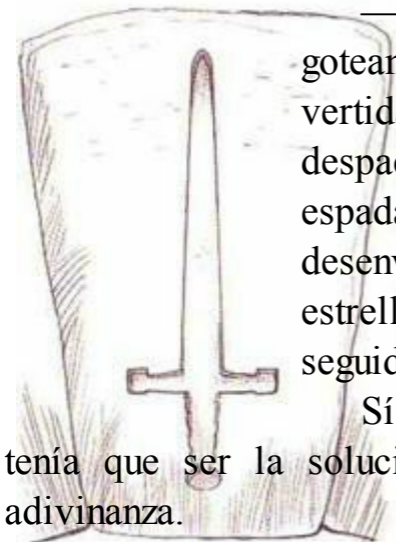
Sombrío se puso a observar a *Fósforo*, que devoraba una de las antorchas, a esas alturas reducidas a cenizas, y suspiró. «Por lo menos él tiene de comer», pensó alzando los ojos hacia los arcos, mientras que a él le sonaban las tripas de hambre.

Fue en ese instante cuando notó algo distinto.

Sobre una de las arcadas, en vez de una estrella había otra cosa. El joven se levantó y se acercó al vano. Se trataba de un sencillo bajorrelieve.

Tal vez fuera otra pista... Era una espada. Su espada.

De pronto recordó la inscripción de la pila de piedra y comprendió.



—«La última
goteante lágrima será
vertida» —repitió
despacio— «y la
espada será
desenvainada si la
estrella pronto es
seguida...»

Sí. La espada
tenía que ser la solución final de la
adivinanza.

Después de haber seguido la estrella
hasta allí, ahora la espada debía ser
desenvainada.

Sintió que *Fósforo* se agarraba con
las uñas a sus pantalones y subía
rápidamente hasta su hombro. Los ojos

amarillos del dragoncito plumado sondeaban la oscuridad y Sombrío asintió.

—Sí, amigo, tenemos que ir por aquí —dijo suspirando.

Unas horas más tarde, nada más despertarse Régulus y Robinia, Sombrío les informó de lo que había descubierto y los tres amigos se acercaron al arco del camino que debían tomar.

—¿Crees que nos espera algo más al cruzar esta puerta? Aparte de la Selva Brumosa, quiero decir —murmuró Régulus, preocupado.

—No tengo ni idea. Encended todas las antorchas que nos quedan y caminad detrás de mí con las armas en la mano,

nunca se sabe —contestó Sombrío.

—No debería haber nada, porque entonces lo de la espada desenvainada sería solamente una pista de las muchas para salir de aquí, nada más —dijo Robinia con expresión de suficiencia.

—Perdona, pero me sentiré mejor cuando de verdad esté fuera de aquí —rezongó Régulus cargando su ballesta—. ¡Y entero!

Sombrío esperó a que Robinia hiciera lo mismo con su arco y luego desenvainó la espada. El chico dio el primer paso al otro lado del arco marcado por la espada. Avanzó manteniendo en alto la antorcha y mostrándose más seguro de lo que

estaba. Se dio cuenta de que acababa de entrar en un nuevo corredor más estrecho que los demás y, siguiéndolo, llegaron a una amplia cueva sumida en la oscuridad.

Por una grieta en las rocas del fondo de aquel espacio se colaba un rayo de luz de luna y, al verlo, los chicos se sintieron tranquilizados inmediatamente. Robinia soltó un suspiro de alivio y se lanzó hacia adelante a la carrera, pero se dio cuenta, demasiado tarde, de dónde se encontraba. La luz de su antorcha iluminó el suelo: en él se amontonaban infinidad de huesos, como en un gigantesco cementerio.

La joven gritó aterrorizada y otro

grito, estridente y maligno, resonó exultante en la cueva.

A Sombrío apenas le había dado tiempo de distinguir algo que se movía con rapidez en la oscuridad cuando Robinia tropezó y cayó perdiendo la antorcha. Régulus salió disparado hacia ella y el grito se repitió.

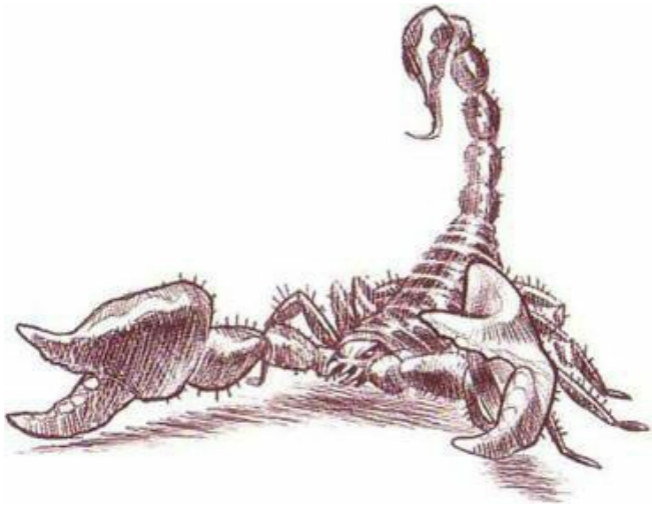
Régulus agitó la antorcha para romper la densa oscuridad. En ese momento, Sombrío vio avanzar un horrible y gigantesco escorpión que curvaba su cola venenosa y movía hipnóticamente sus gigantescas pinzas contra sus compañeros.

Régulus lanzó un grito ahogado y disparó una flecha en la oscuridad, pero

una pinza lo golpeó con tanta violencia que acabó en el suelo.

El escorpión chilló triunfante y se movió con tal velocidad que Sombrío temió que a su amigo no iba a darle tiempo a ponerse a salvo. Usando la antorcha para mantener alejado al monstruo, el elfo forestal corrió sobre el suelo cubierto de huesos para interponerse entre sus amigos y la bestia. Cuando una pinza del escorpión golpeó su antorcha y la hizo pedazos, gritó:

—¡Ahora!



Fósforo, en su hombro, lanzó un silbido entrecortado y luego un resoplido de fuego verdoso incendió el aire. El escorpión emitió un sonido agudo y agitó la cola amenazadoramente, pero un nuevo resoplido de fuego lo

obligó a retroceder. Sombrío echó una ojeada a sus amigos y les gritó:

—¡Rápido, a la salida!

Robinia ayudó a Régulus a ponerse en pie y, juntos, lograron llegar hasta la abertura.

Un bosque susurrante los recibió en la oscuridad de la noche.

—¡Sombrío! —gritó Régulus.

Pero el escorpión avanzó furioso y totalmente decidido a no dejar que también su última presa se escapase. Así, se desplazó hasta la grieta de la roca y obstruyó la salida.

Sombrío apenas oyó gritar a sus amigos y *Fósforo* trató de expeler una nueva llamarada, pero sólo le salieron

chispas incandescentes que giraron en el aire como estrellas fugaces.

Empuñando sus armas, Régulus y Robinia apuntaron al monstruo, pero las flechas se rompieron contra la negra coraza y salieron rebotadas.

El escorpión cargó contra Sombrío y éste pensó que su viaje terminaba allí.

Su instinto, sin embargo, lo empujó hacia delante. El aguijón venenoso de la cola del escorpión osciló por encima de su cabeza como en una danza.

A Sombrío le volvieron a la mente las enseñanzas que había recibido en la escuela de la Armería cuando aprendía a usar la espada. Nunca habría pensado que pudieran resultarle realmente útiles,

y mucho menos en tales circunstancias... El joven se agachó, esquivando de milagro la punta de la cola venenosa, que se abatió y se clavó en la capa de huesos del suelo. El monstruo reaccionó con las pinzas, con las que consiguió rasgar la túnica de Sombrío y herirlo.

Pero él no se distrajo y, con un impulso desesperado, giró su espada en el aire, se arrojó sobre la cola del monstruo y la tajó limpiamente.

El chillido se hizo ensordecedor y un chorro de veneno salió de la cola amputada, bañó el acero reluciente de la espada de Sombrío y le salpicó la mano y el hombro.

El escorpión se tambaleó enfurecido

y acertó a asestarle al chico un golpe tan violento que lo derribó entre los huesos que cubrían el suelo. Luego se abalanzó sobre él con la rabia del que busca venganza, y Sombrío volvió a pensar que había llegado su fin.

Rodeado por los huesos de las incontables víctimas del monstruo, con el corazón latiéndole a más no poder por el deseo de vivir y la cabeza zumbándole del dolor, Sombrío sintió de repente inflamársele el pecho. Y así, olvidándose del peligro, el miedo y la desesperación, el joven forestal se volvió justo a tiempo para levantar su espada contra el agresor.

El vientre del escorpión se tensó al

atacar y Sombrío hizo lo que su maestro de armas le había enseñado.

«Busca el resquicio de la armadura y deja deslizarse la hoja de la espada», le decía su maestro con voz grave.

Fue sólo un instante.

La fuerza de la desesperación hizo que hundiera la hoja casi hasta el puño y el cuerpo del escorpión se rasgó como una tela liviana.

El grito del monstruo fue lo último que percibieron sus oídos.

Después, la oscuridad lo envolvió.

31. La Selva Brumosa



DURANTE un rato, Sombrío tuvo la impresión de estar viendo a Spica sentada bajo los árboles con la cara entre las manos. El sol estaba en lo alto del cielo y el aire era húmedo y fresco. Alguien había vendado cuidadosamente la herida de su brazo y las salpicaduras de veneno en la mano y el hombro le dolían menos.

—Todo es culpa mía. Si no hubiese tenido tanta prisa en alcanzar la salida, si no se me hubiese caído la antorcha...

—se lamentaba la chica.

Sombrío volvió la cabeza. No, no era Spica. Reconoció a Robinia y vio que las lágrimas le corrían por la cara.

—Déjalo ya. ¡Todavía está vivo! Además, el escorpión nos habría atacado de todas formas —dijo Régulus amablemente.

—Sí, pero... —protestó ella.

Sombrío hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo. *Fósforo* emitió un silbido de alegría y el chico lo acarició despacio.

—Régulus tiene razón... —murmuró—. ¿Que me decís de vosotros, estáis bien?

Por un momento los dos amigos se quedaron paralizados, luego Robinia

estalló en sollozos aún más violentos, pero esta vez de alivio. Régulus corrió a abrazar a su amigo y luego empezó a tomarle el pelo a Robinia de nuevo.

—¡Es la única manera que tengo para que deje de llorar! —dijo guiñándole un ojo a su amigo.

Sombrío no pudo reprimir una sonrisa y, mientras los dos se enzarzaban, él miró a su alrededor. Manchas de niebla densa y gris ondulaban entre las copas de los árboles. Parecía un lugar peligroso y oscuro, pero su camino pasaba justamente por allí.

El camino de él solo, en realidad.

Aquella noche, mientras hablaban

sentados en torno a un pequeño fuego, comiendo bayas recogidas por Régulus, Sombrío miró la espada manchada y corroída por el veneno del escorpión.

Régulus dijo:

—Ninguna espada merece quedar sin nombre. ¿Has pensado en cómo llamar a este cachivache impregnado de veneno?

—¡Régulus! ¡No seas tan injusto! Después de todo, esa espada le ha salvado la vida a Sombrío —le recriminó Robinia.

Sombrío se echó a reír al verlos pelear otra vez y exclamó:

—*¡Veneno!*

—¿Cómo? —preguntaron a coro sus

dos amigos.

—Mi espada se llamará *Veneno* —
repuso él.

Fósforo silbó en signo de
aprobación y Robinia sonrió.

—Bueno, parece que a *Fósforo* le
gusta el nombre...

Los ojos verdes de Sombrío se
posaron en el dragoncito, luego en sus
amigos y, por último, en la hoja de su
espada, que despidió un destello verde.

Spica tenía la sensación de que
habían pasado semanas desde que
lograran sellar el Espejo de las Hordas,
pero en realidad sólo habían

transcurrido unos pocos días.

Stellarius había empleado gran parte de su magia en poner protecciones alrededor del Espejo. Luego había tomado de su macuto papel y pluma para escribir unos breves mensajes que iba a enviar a otros magos. Spica lo vio modelar pequeñas golondrinas con las hojas ligeras de los mensajes y soplarles luego en las alas. Las figuras de papel cobraron vida mágicamente entre los dedos del mago y, batiendo las alas, alzaron el vuelo y se dirigieron a sus misteriosos destinatarios.

—Bien, ése era el último. Lo único que nos queda por hacer es atravesar el Espejo e ir en ayuda de Régulus y de

Sombrío —suspiró Stellarius.

—¿Eso significa que a través del Espejo llegaremos al Reino Perdido? —preguntó ella poniéndose en pie con impaciencia.

Stellarius esbozó una sonrisa y asintió.

—Sí, puede que tus amigos necesiten nuestra ayuda. ¿Estás lista?

—¡Estoy lista! —exclamó ella.

—¿Estás segura? Allí adónde vamos encontraremos crepusculares, hombres lobo, criaturas innombrables e incluso caballeros sin corazón —dijo Stellarius.

Spica frunció el ceño.

—No siempre todo puede ser fácil, ¿no es cierto? —observó.

El mago se echó a reír. Luego sacó del macuto la turquesa ennegrecida.

—Tenemos que darnos prisa —dijo—. Nos arrojaremos al Espejo con la piedra; en teoría, eso abrirá la comunicación y la volverá a cerrar inmediatamente después de que lo atravesemos.

Se acercaron a la poza de agua estancada.

—Que las estrellas nos protejan —murmuró el mago mirando el agua oscura. Agarró a Spica por el brazo y se lanzó con ella a la minúscula superficie de agua. Una maligna luz violeta reverberó, ardió en el cielo y se apagó.

Spica sintió repentinamente como si

la arrancaran del suelo, fue embestida por un torbellino de luz violácea y arrojada a un lugar sin arriba ni abajo, donde todo parecía un carrusel de luz y sonido.



Sintió que la cara le ardía. Luego, de golpe, todo terminó y se vio lanzada afuera junto con el mago, al otro lado del Espejo de las Hordas.

Estaban en el Territorio Oscuro, donde también se encontraban Sombrío y Régulus.

Con esfuerzo, la chica logró tomar aire. Pronto se dio cuenta de que habían llegado a un lugar terrorífico, rodeado de árboles negros y acechadores que movían sus ramas como largos y amenazadores dedos.

Una gran luz se alzó del bastón del mago. Una vez más irradiaron los poderosos rayos de Stellarius, que arrojaron lejos a los hombres lobo que

estaban de guardia en el Espejo de las Hordas.

El mago apretaba entre sus dedos la turquesa y eso significaba que el Espejo de las Hordas estaba otra vez cerrado, por lo cual ningún hombre lobo podía atravesarlo e ir al Reino de las Estrellas. Se alejaron de prisa de aquel lugar, adentrándose en la negra floresta que los rodeaba.

Habían pasado ya unos días desde que Sombrío venciera en su lucha contra el escorpión gigante. Desde entonces, el chico parecía haber recobrado la salud y había reanudado la marcha junto con sus

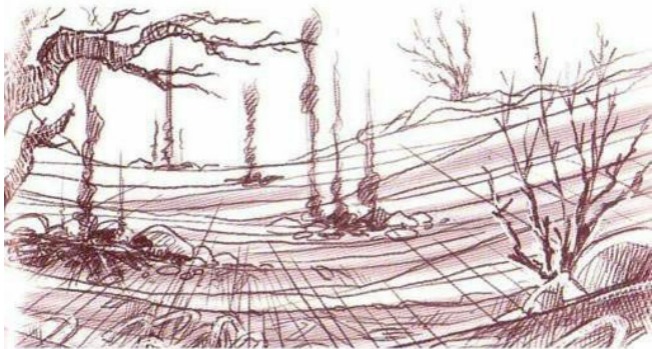
amigos. Pero los hombres lobo los habían olfateado.

Tenían que alcanzar pronto su meta.

Sombrío comprobó que la ampolla guardaba aún su precioso contenido y consultó el medallón de la Reina de las Hadas. La brújula indicaba el este, así que los chicos se vieron obligados a penetrar en la Selva Brumosa.

Después de unas horas de camino, la vegetación empezó a abrirse para dar paso a un valle cubierto por una niebla densa, casi asfixiante. Allí precisamente encontraron las primeras huellas.

El terreno había sido pisoteado por caballos herrados y había restos de hogueras.



Robinia se mordió nerviosamente el labio inferior y murmuró:

—Caballeros sin corazón. En el reino nadie salvo ellos tiene caballos, y mucho menos herrados así. Debían de ser cinco al menos...

A partir de ese momento los tres jóvenes fueron aún más prudentes. Esa misma noche, el lamento de un búho los

torturó durante horas, como si los advirtiera de un peligro en ciernes, y poco antes del alba decidieron partir.

Spica se asomó cautelosamente desde detrás del grueso tronco y echó un vistazo al gran campamento con que se habían topado. Había muchos prisioneros en las jaulas. Vio dos figuras imponentes dirigiéndose hacia una cabaña de madera adonde iban y venían hombres lobo vestidos de rojo, y entonces el corazón le dio un brinco en el pecho.

¡Caballeros sin corazón!

—Son demasiados. Y sobre todo,

son demasiado peligrosos. Si queremos liberar a esa gente, tenemos que alejar al menos a los caballeros sin corazón. ¡Ni siquiera yo sería capaz de derrotarlos! —dijo Stellarius.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Spica sin perder de vista a los hombres lobo.

—Tenemos que distraerlos de algún modo. Veamos, pues... Saben que alguien ha pasado a través del Espejo de las Hordas y eso los ha puesto nerviosos. ¡Se me ha ocurrido algo! ¡Aprovechemos su nerviosismo en nuestro beneficio! —exclamó riéndose sarcásticamente.

—Y ¿cómo?

—¡Fuegos! Encendamos algunos, aquí y allá. Los obligaremos a dar vueltas para localizarnos. Tenemos que hacerlo de modo que se desperdigen por varios sitios.

—¡Y sobre todo lejos de aquí! — murmuró Spica asintiendo.

La chica miró nuevamente a los prisioneros encadenados dentro de las jaulas. Parecían cansados y sin fuerzas. Sus caras tenían la expresión de quien ha perdido ya toda esperanza.

32. Flechas



A hoguera apareció de improviso al anochecer. Los chicos se detuvieron, petrificados. La brújula indicaba precisamente aquella dirección.

Y ellos sabían bien que ahora no podían correr riesgos. ¡No ahora que estaban en las inmediaciones del Árbol Maestro!

Con el corazón encogido, decidieron rodear el campamento enemigo por el sur para luego retomar el camino hacia su meta, sin pararse.

Si los descubrían, intentarían que al

menos Sombrío pudiera continuar para llevar a cabo su misión. A cualquier precio.

Caminaron hasta que perdieron la noción del tiempo y del espacio. Al final, entre el rumor de las hojas movidas por el viento, oyeron un relincho.

Volvieron a quedarse quietos, paralizados en la oscuridad que los envolvía y que les atenazaba el corazón.

El sonido se hizo más débil y luego, de golpe, más fuerte. Oían voces broncas y terribles, y Sombrío les hizo una señal a los otros para que se escondieran detrás de los troncos con la esperanza de que no los vieran.

Los ojos malignos de los caballeros sin corazón aparecieron entre la floresta, perforando la niebla como llamas. Eran tres por lo menos.

Angustiados, los chicos trataron de hacerse pequeños como setas, silenciosos como troncos e impalpables como la niebla; las voces siguieron acercándose.

—¡Aquí no hay nadie! —dijo una.

—Pues alguien ha atravesado el Espejo de las Hordas y el rey quiere saber quien ha sido. Por lo que parece, algunos de estos miserables intentan rebelarse.

—¿Qué importa? Nadie puede rebelarse contra la Reina Negra y su

ejército. Cuanto antes lo entiendan, mejor para ellos.

—¡Y para nosotros! —dijo otro mientras las voces se volvían más próximas y terribles—. Odio los inútiles reconocimientos del bosque y no veo qué podrían hacer los pocos elfos a los que aún no hemos capturado. ¡Sólo valen para trabajar!

Un caballo resopló mientras pasaba por delante de Sombrío, que se deslizó silenciosamente detrás de un árbol.

—Dicen que las serrerías de los campos de madera no producen lo bastante. La Reina Negra no está contenta y ese pelota de Hombre Lobo Rey dice que no patrullamos los bosques

lo bastante bien.

Los pasos llegaron a la altura de Robinia, que se acurrucó detrás del grueso tronco aguantando la respiración.

—Bah... —dijo la voz, alejándose de ella—, por eso hemos respetado la vida de los nuevos prisioneros. Brazos jóvenes y fuertes, ¡ellos trabajarán como se debe!

—Hum...

—Al menos mientras Rhodius no se los cargue a latigazos o se los dé de desayuno a sus hombres lobo. ¡No es alguien que se ande con chiquitas!

—Es cierto —dijo el otro deteniéndose.

Régulus cerró los ojos un instante

que le pareció eterno. Se habían parado justo detrás de él. Como lo vieran... Permaneció inmóvil como un viejo tronco, pero repentinamente el silencio le pareció lleno de una presencia. Abrió los ojos lo suficiente para echar un vistacillo y los vio: dos ojos oscuros y feroces que lo miraban casi divertidos desde la parte alta de un hocico enorme con colmillos terroríficos.

«Un hombre lobo», pensó aturdido, sin aliento para chillar.

Las ilustraciones de los libros no hacían justicia al espantoso aspecto de la bestia, y mucho menos al olor nauseabundo que esparcía a su alrededor. Régulus apretó los dientes y

tuvo conciencia, instantáneamente, de que para él ya no había esperanza. La enorme bestia peluda, con la baba cayéndole por las fauces abiertas, emitió un gruñido sordo.



Régulus tomó una decisión. Haría de cebo. Sombrío y Robinia podían salvarse si él se sacrificaba...

Ya había sido descubierto y para él, de todos modos, aquello iba a terminar mal. Al menos así ayudaría a sus amigos.

Por lo tanto, ¡no quedaba más

remedio que moverse!

El hombre lobo saltó, Régulus soltó un gemido, se tiró a un lado y cayó entre la vegetación, justo entre los caballeros sin corazón, que se volvieron y desenfundaron sus negras cimitarras. Régulus sintió pasar una hoja por encima de su cabeza. Gritó y rodó por el suelo tratando de escapar de la muerte.

Oyó gritar a Robinia. Durante un brevísimo momento, sus ojos se cruzaron con los de Sombrío y musitó:

—Vete... ¡Vete, rápido!

Luego se volvió y, gritando como una furia, sacó la ballesta, apuntó y disparó una flecha.

La punta se hizo pedazos contra el

yelmo del caballero sin corazón mientras Robinia salía al descubierto para ayudarlo.

Fósforo, en medio del combate, fue lanzado a varios metros de un golpe limpio. La intervención de la chica produjo un gran barullo, los caballos se encabritaron y uno le cortó el camino a Sombrío. Hubo gritos, a los que respondieron ladridos a lo lejos.

En el curso de su desesperado combate, a Régulus lo dejó inconsciente un poderoso puñetazo y cayó a tierra, donde una bota de hierro se apoyó en su espalda. Su amada ballesta acabó hecha trizas, mientras que a Robinia la ataron y la tiraron encima del lomo de un caballo

negro, desvanecida, tal vez muerta. Luego le tocó a él.

Aturdido y herido, Régulus oyó a los caballeros sin corazón decir con voz fría y tranquila:

—Otro más de estos insectos. ¡Eh, allí!

«Escapa, Sombrío... Escapa», gritó Régulus mentalmente. Y movió despacio la cabeza tratando de ver dónde estaba su amigo.

Pero antes de que pudiese darse cuenta de lo que estaba pasando, vio a un caballero coger un arco y cargar una flecha. Contuvo la respiración para gritar una advertencia, pero no le dio tiempo. Sólo vio la figura rápida de

Sombrío que se deslizaba entre la vegetación y se volvía por un momento, como para una última despedida.

El impacto fue imprevisto y fortísimo.

La flecha alcanzó el tórax del joven y brilló por un instante con una luz de muerte.

Sombrío fue catapultado hacia atrás, cayó y fue engullido por la densa niebla.

El desesperado grito de Régulus fue silenciado por un golpe que lo dejó inconsciente; Robinia, que se acababa de recobrar, se quedó mirando con ojos llorosos y desencajados el lugar en que había caído Sombrío.

Spica esperó a que los últimos caballeros sin corazón hubieran desaparecido tras el gran roble, luego bajó del árbol y se aventuró rápidamente hacia el campamento. Se paró detrás de un árbol y disparó algunas flechas, que hicieron blanco en un par de hombres lobo, y fue hasta donde estaba Stellarius. Cuando el mago le hizo una señal, se lanzó a la carrera hacia los prisioneros, que habían asistido asombrados a la escena.

—¿Robinia? —dijo una voz ronca y débil.

Spica se detuvo y se volvió hacia el elfo que había hablado. En su rostro se

veía una expresión mezcla de esperanza y de dolor.

—Ah, no, no eres Robinia. ¿Quién eres, entonces? —preguntó la voz.

Spica se inclinó sobre él y trató de liberarlo de las pesadas cadenas con la punta de una flecha, forzando los candados. El elfo la miró incrédulo.

—¿De dónde vienes, del Reino de las Estrellas? —dijo finalmente observando la frente de la chica.

Ella asintió y le dijo:

—Mi nombre es Spica y estoy aquí para ayudaros. ¿Cómo os llamáis? —preguntó rápidamente mientras pasaba a liberar a más prisioneros.

—Yo soy Brecius. ¿Conoces a

Sombrío y a Régulus? —le preguntó el elfo forestal.

La chica dio un respingo.

—Sí, claro que los conozco. ¿Están bien? ¿Qué sabes de ellos? —preguntó angustiada.

—¡No sé nada! No los he visto desde que cayó Amargo Refugio —se lamentó el elfo.

En ese momento, Stellarius se acercó y dijo a toda prisa:

—Ya vuelven. Guardad silencio y haced como si todavía estuvieseis prisioneros. Y tú ven conmigo, muchacha.

Spica les dejó la punta de flecha para que abrieran los candados de

quienes aún estaban encadenados y se alejó.

—Lo has matado —dijo con indiferencia uno de los caballeros.

—Sí, un insecto menos.

—Pero también dos brazos menos —precisó el otro—. No comprendo por qué tienes esa costumbre de cargártelos siempre a todos, ¡así, de buenas a primeras!

Acongojada, Robinia siguió mirando con la esperanza de ver levantarse en la niebla la figura de Sombrío, ¡vivo! Pero no vio nada.

—Bueno, mientras tanto, lleva al

campamento a estos dos —dijo el otro caballero—, yo voy a echar un vistazo por seguridad.

Dijeron más cosas, pero Robinia bajó su cabeza dolorida y no logró oír nada más. Los cabañeros se pusieron en marcha, llevándolos con ellos lejos de aquel lugar horrible. Ya sin ilusiones.

Cerró los ojos y las lágrimas se mezclaron en su rostro con la sangre y la tierra.

33. Luces en las tinieblas



ÉGULUS se notaba en la cara espesas gotas de sangre y abrió un ojo tumefacto para mirar a su alrededor. Lo habían arrojado encima del mismo caballo que a Robinia, porque veía las botas de la chica. Le habían atado las manos a la espalda, tan apretadas que no tenía posibilidad alguna de poder soltarse.

En su mente confusa volvió a ver la imagen de Sombrío y la flecha clavándosele.

Se sintió como si le arrancaran el corazón.

Muerto, seguramente estaba muerto...

Cerró los ojos y apretó los dientes, negándose a creerlo.

Spica sentía que ya no era la misma chica. La misma que hasta hacía poco preparaba pasteles con Mérope en la gran cocina de la Atalaya y contaba historias sobre la Cepa de las Mil Hablas, y añoró un poco aquellos tiempos de serenidad. Entonces vivía lejos de peligros inimaginables y de terribles verdades: ellos encadenados,

criaturas aplastadas por la maldad... Ahora que conocía dolores e injusticias, sentía la responsabilidad de luchar y no habría podido ser ya la misma de antes.

Aquel elfo, Brecius, le había dicho que conocía a Sombrío y a Régulus. Así pues, el Espejo de las Hordas los había conducido precisamente a dónde deseaba.

Al Reino de los Bosques, o mejor, al Reino Perdido.

Tal vez pronto se encontraría con ellos, se dijo mientras el ruido de unas pezuñas se aproximaba. Y si no era así, seguiría buscándolos hasta encontrarlos.

Spica vio acercarse al caballero. Llevaba de las riendas un caballo negro

sobre el cual, como fardos, iban dos figuras boca abajo, probablemente sin sentido.

En ese instante, el caballero se fijó en las flechas clavadas en la madera de la cabaña y luego en el hombre lobo del suelo, muerto. Se paró inmediatamente y miró en torno de él con calma, buscando a los enemigos.

Stellarius esperó aún un momento, luego salió al descubierto, imponente y aterrador. A Spica le pareció que la figura del mago reverberaba con una intensa luz blanca. De improviso, la voz del caballero sin corazón cortó el silencio como la hoja de una espada.

—¡Tú, mago! —gritó con tono

enloquecido y satisfecho desenvainando su negra cimitarra—. ¡He aquí quien ha forzado el Espejo!

Spica temió que Stellarius estuviese en peligro y se dio ánimos. Se asomó a su espalda y tensó la cuerda del arco.

La flecha mágica se demoró sólo un instante antes de salir disparada y voló segura hasta alcanzar la espalda del caballero y... hacerse mil pedazos.

Él se volvió como si no hubiese sido nada.

—¡Luego me las veré contigo, mosquita muerta! —dijo con voz sibilante.

Luego se volvió de nuevo hacia Stellarius y lo amenazó:

—¡Me darán una recompensa por tu sangre, Stellarius! ¡La Reina Negra te busca desde hace muchas primaveras!

—Inténtalo si eres capaz —lo desafió el mago.

Antes de que Spica se diera cuenta, la espada del caballero se movió. Simultáneamente, un relámpago blanco surgió del bastón de Stellarius.

De los labios del mago salieron extrañas y arcanas palabras que hicieron temblar la tierra.

En la cabeza de la chica se hizo el vacío, salvo por un zumbido de dolor. Luego oyó un grito horrendo y un viento furibundo que se abatió sobre el campamento la tiró al suelo y por poco

no la arrastra. Fue como si unos delgados dedos la aferraran ululando por la ropa. Cuando logró abrir los ojos, todo había terminado.

La luz se debilitó y Stellarius, flaqueando, se apoyó en el bastón como si no le quedaran fuerzas. Pero el caballero..., el caballero había desaparecido. El caballo negro, encabritado, tiró al suelo su carga y huyó velozmente.



Spica se puso en pie y sacudió la cabeza; los oídos le silbaban.

—Creía que no podías hacer nada contra los caballeros —susurró acercándose a Stellarius.

El mago movió de un lado a otro la cabeza con aire hosco.

—¿Qué crees que he hecho? Nada. Menos que nada... No puedo destruir lo que no tiene forma ni sustancia. Sólo puedo atacar sus armaduras, que sí tienen tanto forma como sustancia. Pero eso me exige una enorme cantidad de energía. Ahora será mejor que descanse. Estoy agotado... Aunque antes tenemos que irnos de aquí, todos. ¡Todos! —E indicó las jaulas con el bastón.

Los prisioneros en condiciones de levantarse se movieron y ayudaron a los demás, después fueron hasta sus dos salvadores y formaron un incrédulo corro en torno a ellos. Mientras tanto, Brecius, el elfo forestal con quien había hablado Spica, se levantó vacilante y se

acercó a los dos bultos que la montura del caballero había tirado al suelo.

—¡Robinia, Robinia! —gritó con la voz rota.

Sólo entonces Spica bajó la mirada al suelo y el corazón le brincó en el pecho.

Si la chica de largo cabello rizado era la Robinia de la que había oído hablar poco antes, entonces el otro bulto, herido y sangrante, era...

—¡Régulus! —gritó saltando sobre su hermano y estrechándolo en un abrazo conmovido.

—No es posible, no es posible... —murmuró el joven elfo abriendo apenas un ojo amoratado.

—¡Pues claro que es posible! ¡Soy yo! ¡Soy Spica! —profirió su hermana entre lágrimas de alegría.

Pasaron horas antes de que los fugitivos pudieran detenerse en lugar seguro. Pero, mientras avanzaban por la espesura, Spica se acercó a su hermano y a la joven Robinia y se atrevió a hacerles la pregunta que anidaba en su corazón.

—¿Y Sombrío? ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido, Régulus?

Una expresión triste se pintó en el rostro de Régulus. Sabía que iba a preguntárselo, sólo estaba sorprendido de que hubiese esperado todo ese rato, pero comprendía que su hermana tenía



miedo de saber.

—No lo sé —dijo lentamente—. Cuando los caballeros nos descubrieron, él tendría que haber huido para llegar al claro de los Trece Arboles Sabios, pero no sé... —se interrumpió, sin atreverse a revelar lo que había visto.

En su mente volvió a ver el flechazo como si lo hubiese recibido él y se pasó la mano por el corazón, como para asegurarse de que todavía estaba vivo. Entornó los ojos y tragó saliva.

—¡Sombrío ha muerto! —dijo en ese

momento la voz ronca de Robinia.

Las manos de Spica temblaron y apretaron el arco. Sus ojos, perdidos y ofuscados, se alzaron hacia los de la chica que había hablado. Las palabras murieron en su garganta y la cabeza le zumbó de dolor.

Robinia, como si todo aquello no le importara, añadió:

—Yo lo vi, está muerto...

—¡No! —murmuró incrédula Spica.

Robinia movió la cabeza.

—Vi cómo lo traspasaba una flecha negra. Lo vi caer y... —titubeó.

—... no volvió a levantarse — añadió lentamente Régulus.

Se había puesto blanca. Cerró los

ojos y apretó los dientes, asaltada por un dolor que jamás habría pensado tener que soportar.

Durante unos instantes, Régulus creyó que iba a desmayarse, pero Spica no perdió el sentido, al contrario, una oscura fuerza centelleó en sus ojos.

—No merecía morir, pero no es el momento de pensar en él —dijo de repente Robinia alzando la cabeza hacia la chica—. Tenemos que llevar la lágrima al Árbol Maestro. Tenemos que volver para recuperar la ampolla y terminar lo que él había empezado.

Y no pudo dejar de pensar también en *Fósforo*, al que había perdido en la espesura de la floresta.

34. El caballero sin corazón



CON la espada desenvainada reluciendo con brillos verdes, Sombrío emitió un breve gemido de rabia y se volvió.

Sabía bien que tenía que actuar solo. Sabía mejor que nadie que todo dependía de lo que hiciera en ese momento. Sin embargo, no podía creer que su misión conllevara abandonar a sus amigos. Tomó la decisión en el acto. Dio media vuelta para acudir en su ayuda. En ese preciso momento, la

flecha surcó el aire como una sombra veloz y fatal y se abatió sobre él como el rayo.

El chico no se dio cuenta de nada hasta que la punta de la flecha lo alcanzó en mitad del pecho. El golpe fue tan fuerte que lo dejó sin respiración y lo lanzó hacia atrás.

Apretó el puño de la espada, como buscando un asidero, pero sintió que caía y se hundía en la densa niebla que rodeaba los grandes troncos.

El dolor en el pecho era desgarrador, pero sus labios no dejaron escapar ni un grito. Sus piernas buscaron en vano un apoyo. La tierra se abrió bajo sus pies y, braceando en la

oscuridad de la Selva Brumosa, el chico cayó en un abismo negro.

Lo primero que oyó fue el sonido de unos cautelosos pasos sobre las hojas. Luego, el olor penetrante del aliento de *Fósforo*.

Con la cabeza estallándole de dolor, Sombrío trató de aferrar la empuñadura de *Veneno*, pero alguien puso un pie sobre su muñeca y se inclinó hacia él.

—¡Shhh, están cerca! —le siseó.

Sombrío logró abrir los ojos a duras penas y se encontró delante un rostro que miraba a lo lejos.

Le costó reconocerlo.

Se trataba del cazador de dragones que había visto en el Bosque de los

Retoños Verdes, nada más llegar al Reino Perdido, pero su pensamiento era aún confuso.

Debía de haberse caído... Había sentido que caía. Había pensado que se moría al ser alcanzado en pleno pecho por una flecha negra.

«¡Tendría que estar muerto!».

Todavía incrédulo, trató de moverse y el cazador lo dejó hacer.

—Ve despacio, ¡te has dado un buen batacazo! —le advirtió sentándose en una piedra.

El joven lo miró, se sentó, con la cabeza dándole vueltas, y se palpó el pecho en busca de la herida.

No la encontró.

Encontró, en cambio, la brújula que le había regalado la Reina de las Hadas, retorcida y destrozada, con señales de un flechazo. El cristal que la cubría se había roto, pero le había salvado la vida.

—Has tenido suerte —murmuró entonces el cazador con una sonrisa siniestra—. Nadie que conozca se ha salvado nunca de una flecha negra. Pero ¡no todo el mundo tiene un medallón encantado! —dijo riéndose con sorna.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Sombrío, arrepintiéndose enseguida de la tontería que acababa de decir.

Los ojos hundidos despidieron destellos negros.



—Podría

preguntarte lo mismo,
muchacho. Desde
hace mucho tiempo
nadie veía una
estrella en la frente
de un elfo —dijo con
voz sibilante
señalando con la

barbilla su frente.

Sombrío no replicó y el cazador
siguió diciendo:

—Y tampoco se veía, desde hace
mucho tiempo, una espada como la que
llevas. Una arma singular...

—Volvió a sonreír.

Sombrío agarró *Veneno* y la apartó

del cazador.

—No pongas esa cara, chico. No tengo ninguna intención de robártela, entre otras cosas porque no creo que nadie, aparte de ti, pudiera manejarla.

—Desde luego no aquéllos a quienes han matado o hecho esclavos —replicó Sombrío con rabia y sospecha.

El cazador asintió débilmente:

—Nadie puede negarlo.

—Y tampoco quien ha vendido sus servicios al enemigo. Quien ha traicionado a su gente, tal vez —dijo con voz aguda Sombrío apoyándose en *Veneno* para ponerse en pie.

El cazador negó con la cabeza.

—Comprendo. Crees que me

conoces, ¿no es así?

—¡Eres un aliado de los caballeros sin corazón!

—Ah, sí. Muchos lo han creído y todavía lo creen. Siempre lo creerán, quizá, pero no tiene importancia... —dijo despacio el cazador—. Y tú eres un tonto. ¿Crees que, si hubiera querido entregarte al enemigo, no lo habría hecho? Los hombres lobo no están muy lejos —profirió, rabioso— y ya no te buscan porque creen que te han matado. Ahora están ocupados en rastrear la floresta en busca de otros rebeldes huidos, pero...

—¿Huidos? —lo interrumpió Sombrío.

—Ocurren cosas extrañas en los últimos tiempos. Pero, en vista de que piensas que yo soy un traidor, no creo que vayas a revelarme la razón por la que estás aquí, ¿no es cierto, muchacho?

—¡Ni matándome sacarás nada de mí!

El cazador sonrió.

—Oh, por favor, ahórrate el aliento. Ya he visto demasiados enfrentamientos inútiles y sangre inocente derramada... ¿Es eso lo que quieres, o quieres ayudar en serio a esta gente? ¿No te ha mandado para eso la Reina de las Hadas?

—¿Cómo sabes quién...?

—Por el medallón. ¿Cómo lo habría sabido, si no? —replicó él mirando a

otra parte.

—¿Quién eres en realidad? —Gruñó Sombrío.

—¿Qué importa? Soy un cazador de dragones, con eso te basta. Soy lo que siempre he sido, y si antes fui algo distinto o alguien distinto, lo he olvidado.

—Jamás se olvida quién se es.

El cazador estuvo un rato callado, luego suspiró.

—Quizá no. A menos que se tengan horribles culpas por las que pagar. ¿Es eso lo que quieres decir? Bueno, ya lo sé. Y sé mejor que tú lo que he hecho. Pero me caes bien, hay algo en ti que me recuerda lo que fui en otro tiempo,

incluso en tu dureza...

Sombrío sintió un escalofrío.

—¿Por eso aún no me has entregado al enemigo? —murmuró.

—Por eso voy a darte un consejo.

—¡Un consejo! —exclamó incrédulo el joven.

—No creo que aceptaras ayuda. No de mí al menos. Y en todo caso, tengo otras cosas que hacer. Tú decides si aceptas o no mi consejo, pero al menos tendrás que escucharlo.

—¡No creerás que puedo aceptar el parecer de un traidor!

—¡Quién sabe! Cuando no se tiene más remedio... —sonrió amargamente el cazador.

Sus ojos
estaban fijos en
Sombrío, como si
estuviera
estudiándolo.

—Algunas
cosas sólo se
pueden hacer si se
aceptan
compromisos, por duros que resulten. —
Sonrió—. Ahora escucha: los hombres
lobo están buscando a los rebeldes
huidos y acabarán descubriéndolos, pero
si te quedas en este bosque no lograrán
encontrarte...

—No puedo quedarme aquí, he de
llegar a... —empezó a decir Sombrío,



pero se interrumpió.

Los ojos negros que lo escrutaban parecieron más profundos y brillantes.

—Sí. Lo que quería decir es que podrás llegar al lugar que buscas sin salir de este bosque. Por aquí pasaba en otro tiempo el río Hada, que venía de Pico Plateado. Pero eso, deberías saberlo, sucedía cuando el reino todavía era libre... —dijo poniéndose en pie con un suspiro.

La figura del cazador de dragones pareció erguirse y adquirir una dignidad desconocida, invisible hasta momentos antes.

Sombrío frunció el ceño, preguntándose quién sería en realidad

aquel elfo de ojos oscuros y rostro marcado.

—¿Cómo sabes adónde debo ir? — preguntó el chico.

El cazador no contestó a su pregunta, sólo dijo:

—Sigue el antiguo lecho del río. Por tus amigos no puedes hacer más que cumplir con tu deber. Te guste o no, es el único modo de ayudarlos.

Dicho eso, dio media vuelta y se dispuso a irse.

—Si de verdad quieres ayudar a esta gente, como dices, ¿por qué no me ayudas? ¿Por qué no vienes conmigo, si conoces el camino? —le recriminó duramente el chico.

El cazador se paró un instante y pareció sopesar la idea, luego agachó la cabeza y se rió sarcásticamente otra vez, con una tristeza inmensa.

—Tengo una vieja cuenta que saldar, chico. Una cuenta que no puede esperar, ya no... Y mi camino no va en la misma dirección que el tuyo. Te deseo buena suerte, pero la tendrás. Simplemente sigue tu estrella y la tendrás —dijo. Después se volvió y se alejó hasta desaparecer entre los árboles.

Fósforo dio un resoplido humeante y el silencio volvió a reinar en lo profundo de la floresta.

Sombrío permaneció inmóvil, luego notó las uñas del dragoncito, que se

agarró a su brazo. Lo acarició distraídamente y dijo:

—Tú no te fías de él, ¿no es así?

Fósforo bufó y *Sombrío* suspiró.

—Yo tampoco. Sin embargo —murmuró—, algo me dice que debería hacerle caso.

El dragoncito soltó un estornudo de chispas que ardieron unos segundos frente a la nariz de *Sombrío*. El chico alzó el medallón y juntó las cejas.

Estaba tan dañado que ya no podría indicar el camino a seguir. Volvió a pensar en *Régulus* y en *Robinia*, que habían afrontado el miedo, y tal vez la muerte, para que él pudiera llevar a cabo su misión. Y volvió a pensar en

Spica y sus historias de héroes.

Él no era un héroe, sólo era un chico que no tenía ni idea de cuál era el camino bueno y cuál el malo. Pero era consciente de que, si ahora se equivocaba, no sería el único en pagar las consecuencias. Estaba solo, en un lugar desconocido, sin punto alguno de referencia. Lo único que tenía era la indicación del cazador de dragones.

Con el corazón en un puño, Sombrío tomó una decisión y, siguiendo el consejo que acababa de recibir, se encaminó cojeando por la senda que el río Hada había abierto en épocas lejanas.

El lecho seco del torrente descendía

hasta un valle oscuro y poblado de vegetación. Era por la mañana y la débil luz que se filtraba a través de los árboles creaba una atmósfera irreal.

Sombrío estaba cansado y dolorido. El terreno pedregoso y accidentado no le facilitaba la marcha, al contrario, se había caído varias veces y se había hecho daño en una pierna. También habían empezado a pulsarle dolorosamente las quemaduras provocadas por el veneno del escorpión, como si se hubieran despertado.

Manténía la mano sobre la empuñadura de su espada, deseando desesperadamente que ningún hombre lobo olfateara su olor. Y con la

esperanza de encontrar pronto el Árbol Maestro.

De pronto, sin previo aviso, entre la vegetación apareció una negra figura a caballo. Le llegó un aliento gélido y maligno, y se detuvo con el corazón latiéndole enloquecidamente.

Fósforo emitió un grito agudo y se agarró con mayor fuerza al brazo del chico.

—Tenías razón —le murmuró amargamente el elfo al dragoncito apretando los dientes—. Nunca tendría que haberme fiado del cazador de dragones. Era una trampa... ¡sólo una trampa!

35. ¡Sin esperanza!



ÉGULUS miraba a su hermana esperando que empezase a llorar, pero, tras escuchar toda la historia en completo silencio, Spica tan sólo suspiró y se puso en pie.

Todos los elfos recién liberados se habían agrupado en torno a los jóvenes y habían escuchado con ojos de asombro la historia que Régulus y Robinia habían contado.

Robinia calló unos instantes y luego añadió:

—Quiero saber si queda alguien aquí con suficiente valor para terminar

lo que nuestro amigo empezó. Porque yo iré a buscar su cuerpo, cueste lo que cueste... y la ampolla que contiene la Última Lágrima. Es lo único que podemos hacer. Si no, el sacrificio de Sombrío habrá sido inútil.

Régulus asintió y se puso en pie.

—¡Iré contigo! —dijo con decisión.

—¡Yo también! —exclamó Spica, y esta vez su hermano no tuvo nada que objetar. Asintió y le puso una mano en el hombro.

Stellarius se levantó a su vez y se sacudió el polvo de la túnica con la mano.

—¡Bien, entonces decidido! Si sabéis hacia dónde ir, guiadnos. Aquí

hay muchas vidas por las que vale la pena luchar. Adelante, pongámonos en camino.

Spica se puso colorada, en parte por turbación y en parte por lo que estaba a punto de decir. Musitó a su hermano:

—No sé cómo, pero sé que Sombrío está vivo... ¡Y lo encontraremos!

Sombrío se quedó donde estaba, con la mano sobre la empuñadura de la espada que ya le había salvado la vida una vez. No tenía esperanzas de vencer a un caballero sin corazón.

Los caballeros sin corazón eran enemigos a los que no se podía derrotar

como no fuera con el engaño o la magia. Y allí, en aquel recodo seco del río Hada, no había posibilidad de huir o de engañarlo, y tampoco poseía poderes mágicos. El medallón de la reina estaba destrozado y la ampolla pronto acabaría igual.

Estaba solo y no podía contar más que consigo mismo. Ni siquiera *Fósforo* podría ayudarlo esta vez, así que lo bajó de su hombro y lo dejó sobre una roca.

—Así pues, la flecha no te mató — dijo el caballero con voz sibilante.

—¡Parece que vuestras armas no son tan letales como creéis! —exclamó Sombrío recurriendo a todo su valor.

No blandió la espada. Todavía no.

Con ello sólo habría demostrado que tenía miedo y, si tenía que morir, lo haría con dignidad, combatiendo.

—¡Ríndete y quizá me muestre magnánimo! —dijo el caballero de manera solemne, casi sorprendido por el comportamiento desdeñoso del joven ello.

Sombrío sonrió.

—¡Para atraparme tendrás que venir por mí, caballero sin corazón! —Gruñó.

El caballero echó la cabeza hacia atrás con una carcajada amenazadora.

—Qué interesante. ¡Hacía tiempo que no me las veía con un tonto tan descarado! ¿Nadie te ha dicho quién soy yo?

La sonrisa en la cara de cansancio de Sombrío se volvió mordaz.

—Lo sé muy bien, pero me da lo mismo —profirió con la cabeza alta, buscando en señal de desafío los ojos del caballero, rojos bajo el yelmo—. ¿Qué ocurre? No me dirás que tienes miedo de pelear con un joven elfo —añadió.

—¡Nadie puede matar a un caballero sin corazón! Y tu muerte no servirá de nada. ¿Estás seguro de que es esto lo que quieres?

Sombrío sacó la espada y la sostuvo firmemente frente a su rostro.

—Esto es lo que quiero. ¡Baja del caballo para batirte conmigo! —gritó.

El silencio envolvió tanto el lecho del río como la espesura. Sombrío trató de dominar el miedo que le iba creciendo dentro y mantuvo la mirada fija en su temible adversario.

Estaba solo y sin esperanzas.

Sólo tenía a su disposición la espada y su desesperado valor. Incluso el dolor que sentía en la pierna y el hombro parecía haber desaparecido, barrido por la angustia que le oprimía el corazón. En su cabeza sólo quedó un pensamiento, terrible y consolador a la vez. Y no tenía que ver con él, ni con el Reino de los Bosques...

La estrella de su frente brilló. El caballero sin corazón saltó de la silla y

extrajo su cimitarra.

Su lúgubre hoja pareció cortar el aire.

Sombrío permaneció inmóvil, mirando cómo se acercaba su enemigo y se plantaba frente a él. Imponente y terrible en su armadura negra, el caballero se detuvo a unos pasos del elfo.

—Jamás vencerás. Lo sabes, ¿verdad? —le advirtió.

«El acero de las negras cimitarras es capaz de cortar cualquier espada, cualquier hoja, toda materia mortal... Nadie los vence en combate, pues no están hechos de carne. Y su corazón atravesarse no puede, ya que corazón no

tienen desde tiempo inmemorial...». Así rezaban unas estrofas de un antiguo poema que a veces cantaba Spica delante del fuego en las jornadas invernales.



—Sólo estás haciendo más complicadas las cosas. Y dolorosas. Dolorosas para ti, se entiende —le informó el caballero.

—No veo por qué eso tiene que preocuparte —replicó Sombrío.

Sentía que su desesperación y su valor le inflamaban las venas y, sin pensárselo, esgrimió la espada y se lanzó al ataque.

Igual de veloz, la cimitarra negra hendió el aire dibujando un arco y acabó parando la espada de Sombrío con un sonido metálico.

Veneno se iluminó con resplandores verdes y las dos hojas quedaron suspendidas en el aire.

¡Había resistido! ¡Su espada aún estaba intacta!

Ambos adversarios se quedaron estupefactos, y Sombrío dio un salto atrás, sin aliento. Esperaba que la hoja se despedazara al chocar con la cimitarra del caballero, pero todavía estaba entera y en ella brillaba el ácido verde del veneno del escorpión.

—Una arma insólita la tuya. ¡Pero no te bastará con ella, elfo! —declaró rabioso el caballero, que arremetió contra él.

Sombrío se hizo a un lado y giró la espada para parar el golpe, como su maestro de armas le había enseñado tiempo atrás. Mientras la esperanza

renacía sin que ni siquiera él se diera cuenta, el chico reaccionó como un guerrero experto, como si su fatiga se hubiera esfumado.

Se movió con rapidez, atacando con golpes furiosos y precisos que obligaron al caballero a retroceder un paso tras otro.

—Bravo por mi elfo. Pero si esto es lo mejor que sabes hacer... —murmuró su adversario avanzando él ahora—, ¡puedes darte por muerto! —gritó con sus ojos rojos brillando al fondo del yelmo oscuro.

Sombrío recibió un golpe en el hombro y el pómulo, reuló, pero no cedió hasta que la pierna derecha le

falló y cayó al suelo.

Rodó torpemente sobre los guijarros y sólo por casualidad evitó el filo que lo habría decapitado. Alzó los ojos y vio la cimitarra caer sobre él como un hacha. Pese a que estaba cansado y sangraba, se dio cuenta de que aquélla era la ocasión que esperaba. Se lanzó hacia adelante, de rodillas, y trazó con la espada un arco que tajó limpiamente los dedos del guante de hierro con que su rival empuñaba el mango de su espadón.

El golpe arrancó a *Veneno* de la mano de Sombrío. El caballero rugió aturdido, luego retrocedió trastabillando y mirando incrédulo su mano amputada: aquel joven había logrado aquello en

que todos habían fracasado durante cientos de años. ¡Lo había desarmado y herido de un solo golpe!

—¡Basta de juegucitos! ¡Es hora de poner fin a esto! —rugió furibundo arrojándose sobre el chico.

—Habías olvidado lo que era el dolor, ¿verdad? —dijo Sombrío, asombrado él mismo de lo que había hecho.

Pero el caballero lo sorprendió con su acometida, lo aferró del cuello con la mano que le quedaba y se lo apretó. Sombrío gritó mientras el guante de hierro le oprimía la garganta hasta asfixiarlo.

—Estás muriendo, ¿lo notas? ¿No

sientes que la vida se te va, no tienes miedo de morir? —murmuró con su frío aliento.

La cabeza del chico empezó a zumbar rabiosamente y sus manos buscaron a *Veneno*. La espada era la única esperanza que le quedaba. Pese a la ponzoña del escorpión, o quizá gracias a ella, la misteriosa espada era capaz de herir al caballero sin corazón. Y él no podía rendirse. Ahora no.

Tal vez, pensó con la mente confusa y aterrorizada, todavía podría conseguirlo. Verter la Última Lágrima sobre el Árbol Maestro, restituir a los elfos forestales su reino y su libertad.

Mientras trataba desesperadamente

de sobrevivir, sus dedos encontraron el puño de *Veneno* y sintió que la espada se deslizaba en su mano como si tuviera voluntad propia. Sombrío, casi sin respiración ya, sólo tuvo fuerzas para clavar la punta de *Veneno* en la pierna del caballero.

Con un inesperado grito de dolor, el gigante soltó la presa lo suficiente para que Sombrío pudiese rodar.

El oxígeno le llenó de nuevo los pulmones y le hizo toser. Agarró la espada con ambas manos y, temblando como una hoja, dijo:

—Tienes razón, ¡es hora de acabar con esto! —Y hundió la hoja verde en el pecho del caballero.

El yelmo negro se balanceó, las dos llamitas rojas de los ojos se llenaron de estupor y miedo antes de apagarse.

—¡La Reina Negra te aniquilará! — rugió el caballero.

Tras estas palabras, la armadura se desplomó como una vaina vacía, como si el cuerpo hubiese desaparecido repentinamente. El caballo negro, que se había quedado quieto hasta aquel momento, relinchó y se perdió en la selva. *Fósforo* rezongó y saltó de la piedra donde lo había dejado Sombrío.

La floresta guardó silencio un instante. El chico extrajo, *Veneno* de la armadura vacía y cayó al suelo.

Pasado un rato que pareció larguísimo, Sombrío recobró energías y abrió los ojos. La pequeña lengua áspera de *Fósforo* le raspaba la mejilla y el chico logró incorporarse y avanzar renqueante, paso a paso, por el lecho del río Hada.

Con la fuerza que da la desesperación, la respiración jadeante y la vista borrosa, siguió al dragoncito, que le indicaba el camino. Continuó hasta que llegó al claro de los Trece Arboles Sabios. Se quedó estupefacto al verlo, era como si lo hubiese estado viendo desde siempre y supiese bien qué aspecto tenía.

Arrastrando la pierna herida, se acercó al Árbol Maestro, una enorme haya que destacaba en el círculo que formaba con los demás árboles, y se apoyó en su tronco gris, en el que dejó un rastro de sangre.

«Lo he logrado», pensó sin querer, con lágrimas en los ojos.

Dejó caer la espada y, con la vista nublada, rebuscó con mano temblorosa en su macuto. El dragoncito plumado saltó a la corteza del árbol y observó al chico.

—Sí, tienes razón, amigo, los dos lo hemos logrado —murmuró Sombrío sacando la ampolla.

Todavía estaba íntegra, ¡incluso

después de todo lo que había ocurrido!
El joven pensó en Régulus, que lo había
previsto, y una débil sonrisa se dibujó
en su rostro.

Levantó la ampolla y miró el árbol.

Una última hoja, quizá la única ni
seca ni marchita de todo el reino, ondeó
sobre una rama nudosa.



La última hoja, la última esperanza.

Agotado por su enfrentamiento con el caballero sin corazón, Sombrío, al que un lejano día su madre y su padre llamaron Audaz, volcó la ampolla y derramó la Última Lágrima.

Y deseó con toda su alma que aquella única, minúscula, insignificante gota bastara.

—Te lo pido... —murmuró sin aliento viéndola caer en la atmósfera silenciosa del claro.

La gota cayó y mojó las raíces del Árbol Maestro, las impregnó y desapareció como una gota de lluvia.

Sombrío se desplomó de nuevo.

El tiempo pareció desaparecer del mundo. En el abandono que lo llevaba lejos, como sobre las olas de un mar en calma, le dio la impresión de ver desprenderse y caer lentamente a tierra la última hoja.

Tuvo la impresión también de que

todo había acabado.

Recibió un soplo de viento helado y sus ojos, demasiado cansados, se cerraron. Oyó voces, pero le parecieron muy lejanas, y tuvo la sensación de estar soñando.

Estaba de nuevo en casa...

—¡No! —gritó Régulus con un gemido de rabia.

Spica, al borde del claro, tiró el arco, echó a correr y fue la primera en llegar hasta la figura vuelta hacia las raíces de la gran haya precisamente cuando la última hoja se posaba sobre su espalda. Temblando, se arrodilló junto al cuerpo del chico y, con un sollozo, le cogió el rostro entre las

manos.

Y en ese instante...

36. Juntos



ODAS las miradas, curiosas y enardecidas, estaban fijas en los tres chicos.

—¡La tierra ha temblado! ¡Juro que ha temblado y luego... las ramas de los árboles han empezado a echar brotes... y todas las hojas negras de la Selva Brumosa se han caído y han renacido tan verdes como esmeraldas! Y enseguida nos ha venido a la cabeza la frase de la lápida de Enebro: «Veneno se tornará remedio, muerte se tornará vida». ¡Palabra, jamás había visto nada así! — exclamó Régulus con una risa de júbilo.

—¡Además, el manantial del Pico Plateado mana de nuevo! El agua baja por el cauce del antiguo Hada, como en otros tiempos —añadió Robinia apretándole la mano a Sombrío—, así que pronto las corrientes ahuyentarán del lago a los abisales.

El chico, todavía atontado, parpadeó y preguntó:

—¿Y los caballeros sin corazón? ¿Y los hombres lobo?

Stellarius hizo un rápido ademán con la mano.

—Los pocos caballeros que quedaban aquí han huido, los hombres lobo luchan todavía y el rey retiene en su poder Ciudad Gris. Pero ahora que

los elfos forestales son libres y cuentan con una buena cantidad de flechas con punta de plata, no se dejarán derrotar así como así. La primera vez le resultó fácil al Hombre Lobo Rey, cogió a todos desprevenidos, pero apuesto a que muy pronto la ciudad será tomada. Ah... la lucha no terminará pronto, pero la revuelta ya ha empezado.

—Para ser sincero, todavía no comprendo cómo es posible todo esto, aunque me conformo con que lo sea — declaró Régulus con tono jocoso.

—Jovenzuelo, ¿cuántas veces tendré que explicarte lo mismo? —resopló el mago con sus habituales maneras hurañas—. El río Hada se llamaba así

por una razón, ¿qué creías? En cada comarca del Reino de la Fantasía hay una fuente que viene directamente del Reino de las Hadas. No es pura y simple agua, aunque el agua sea un bien importantísimo, que quede claro... Pero dejémoslo estar, dentro de pocos minutos volverás a pedirme que te lo explique.

—Bueno, realmente yo... —objetó Régulus.

—Y de todos modos... —añadió Robinia.

—¡Basta ya, vosotros dos! —los reprendió el mago—. Hoy Sombrío ha derrotado a un caballero sin corazón. Ha sido una empresa extenuante y ahora

necesita descansar.

En la pequeña tienda en que se habían congregado se hizo el silencio durante unos instantes.

—Eso, ¿cómo lo has hecho? —dijo por fin Brecius, que hasta aquel momento había permanecido callado en un rincón. Sus heridas se habían cerrado y su rostro parecía aliviado.

—No he sido yo —negó Sombrío con la cabeza—. Ni siquiera sé por qué, pero ha sido *Veneno*... —declaró finalmente el chico.

El mago se rió.

—Sí. Pero también es mérito de quien ha tenido la audacia de alzar su espada contra el enemigo por mucho que

pensara que era imposible vencer en el duelo. Por lo que parece, cada hombre tiene su destino... —dijo Stellarius—. Los malvados siervos de la Reina Negra han sido entrenados para resistir a todos los posibles enemigos, pero no a las armas de sus propios aliados. El escorpión al que tú venciste había sido puesto allí por la Reina Negra, muy probablemente para evitar que alguien pudiera llegar hasta el Árbol Maestro. Pero la Señora de Todos los Territorios Oscuros no había tenido en cuenta a un simple chaval valiente ni el veneno mortal de su propio aliado. No imaginaba que algún día su crueldad se volvería en contra de ella.

—¡Y Enebro lo sabía! —afirmó Ulmus haciendo un débil ademán con la cabeza.

—Pero ¿cómo podía saberlo? —preguntó Régulus.

—Él tenía el don de ver cosas invisibles para los demás.

Al oír aquellas palabras, Robinia pensó en su hermano Pyrafter, que había traicionado a su pueblo, y se entristeció. Régulus se acercó a ella y le cogió la mano.

Sombrío notó aquel gesto afectuoso y sonrió.

La elfa suspiró y, volviéndose hacia Sombrío, murmuró:

—Siento haberte atacado de aquel

modo..., yo..., tu padre y mi hermano...
—balbució buscando fuerzas en el
apretón de Régulus.

—¡No importa! —Minimizó las
cosas Sombrío.

La chica le dirigió una mirada
agradecida y se sintió aliviada.

—Oh, casi lo olvidaba, también
Saltarina ha sido liberada y te da las
gracias, jovenzuelo. ¡Ha reparado tu
brújula! —añadió Stellarius—.
Naturalmente, todos nosotros estamos en
deuda contigo también. Y creo que por
aquí hay alguien a quien deberías... —
empezó a decir.

Precisamente en ese instante se
oyeron voces y pasos apresurados que

se acercaban a la tienda, y de pronto una delgada figura con el arco al hombro y la cara pálida enmarcada por un corto cabello rubio, con una pequeña estrella en la frente, asomó la cabeza.

Por un momento Sombrío pensó que su vista lo engañaba y se quedó mudo. Stellarius se puso en pie y, con gestos imperiosos, invitó a Régulus y a Robinia a salir, y luego ayudó a Brecius y a la vieja Ulmus a levantarse. Por último, se volvió hacia Sombrío y Spica, que parecían haber perdido el habla, y salió refunfuñando aunque con aire divertido:

—¡Ah, estos jóvenes!

—¡Estoy soñando! —balbució

Sombrío.

Ella sonrió y dio un tímido paso.

—¡Espero que no sea una pesadilla! —dijo.



El chico soltó una débil carcajada y añadió:

—¿Qué te ha pasado en el pelo? Ella sonrojada se echó a reír sólo entonces el chico se dio cuenta de que Spica estaba de verdad allí, en carne y hueso, frente a él.

—Bueno, Stellarius dice que parece que me ha cortado el pelo un esquilador de ovejas... —farfulló ella, cohibida, pasándose una mano por el pelo

cortísimo—. Pero, en fin, la verdad es que así resulta muy cómodo para una arquera, por lo menos no se enreda en todas partes —se justificó.

Sombrío le sonrió y la estrella de la frente de la chica brilló por primera vez desde que se separaran. Esto hizo que a él le volviera a la mente el enigma de la fuente y sus ojos se llenaron de incertidumbre.

—¿Qué ocurre ahora? No te alegras de verme, ¿verdad? —Temió ella—. Lo sé, no querías que te siguiera, pero yo...

Sombrío negó con la cabeza.

—Es sólo que ese arco me ha recordado algo... —dijo en voz más baja.

Los labios de Spica se ensancharon en una sonrisa más amplia y segura.

—Oh, lo sé. «Así la caza sea continuada ¡hasta que la bruja sea expulsada!» —recitó con voz firme, y continuó—: «Arco, espada, oca y dragón se unirán y a la mortal mesnada derrotarán».

Sombrío la miró con ojos maravillados y ella volvió a sonreír.

—Régulus me ha contado también los detalles, ¿qué te pensabas? Y esa adivinanza suena un tanto familiar, ¿no? Tú tienes la espada que puede matar a los caballeros sin corazón, yo un arco encantado... ¡En el futuro no podrás irte sin mí! —concluyó, observando el



rostro del joven con sus grandes ojos claros.

Sombrío suspiró profundamente.

—¿Crees que deberíamos ponernos a buscar una oca y un dragón, entonces? —

preguntó sonriendo.

Los ojos de Spica brillaron, felices.

—¡Juntos! —declaró ella con coraje.

El futuro sería difícil, tal vez, pero menos si estaba cerca de Sombrío.

Él asintió y echó un vistazo a *Veneno*, que estaba apoyada en un viejo

tronco.

—Sí. Si hay alguna posibilidad de vencer a las brujas, de una vez por todas, ¡vale la pena intentarlo! —murmuró con decisión.

Spica asintió a su vez y le explicó:

—Stellarius dice que la vieja piedra corroída que abrió para nosotros el Espejo de las Hordas abrirá otros pasajes oscuros. Podremos viajar por ellos para intentar liberar todos los reinos perdidos. Bueno, después de que él haya concluido todos sus encantamientos de protección —añadió con un suspiro.

Sombrío la miró largamente y luego, como si acabara de acordarse en ese

momento, le preguntó:

—¿Y el cazador de dragones? ¿Qué ha sido de él? ¿Lo han atrapado?

Spica movió la cabeza.

—No lo sé, pero no te preocupes por él. ¡Sólo debes pensar en reponerte!

El chico asintió otra vez. De fuera les llegaron las voces de Régulus y de Robinia, que reñían. Como siempre.

Spica y Sombrío cruzaron una mirada y estallaron en una alegre carcajada.

*«Así fue como en la culminación de la
era de la noche,
cuando las brujas ya habían tomado
posesión
de innumerables y pacíficos reinos,
dos estrellas empezaron a brillar en el
cielo
oscurecido por las tramas de la
maldad.*

*Dos estrellas impávidas e invencibles,
fulgurantes e indivisibles,
pues el camino de una
seguía de cerca el de la otra.*

Su esplendor traspasó la negra capa

*que empañaba los reinos perdidos
y prendió otras luces, espabiló los
corazones y las mentes
de cuantos por entonces se sentían
aturdidos.*

*La Reina Negra no temió a las dos
pequeñas estrellas
en su cielo del color de la noche. No
tembló.*

La soberbia fue su mayor error.

*El valor y la esperanza de aquellas
estrellas,
la mayor riqueza de nuestro mundo».*

*Mago Fábulus, Crónicas del Reino de la
Fantasía, fin del Libro*

REINO DE LOS BOSQUES

PICO
PLATEADO

CUEVA DEL
ESCORPIÓN

LAGO
DE FUEGO

BOSQUE
PEDROSO

CRIN DE CABALLO

RÍO HADA

ALTURAS BOSCOSAS

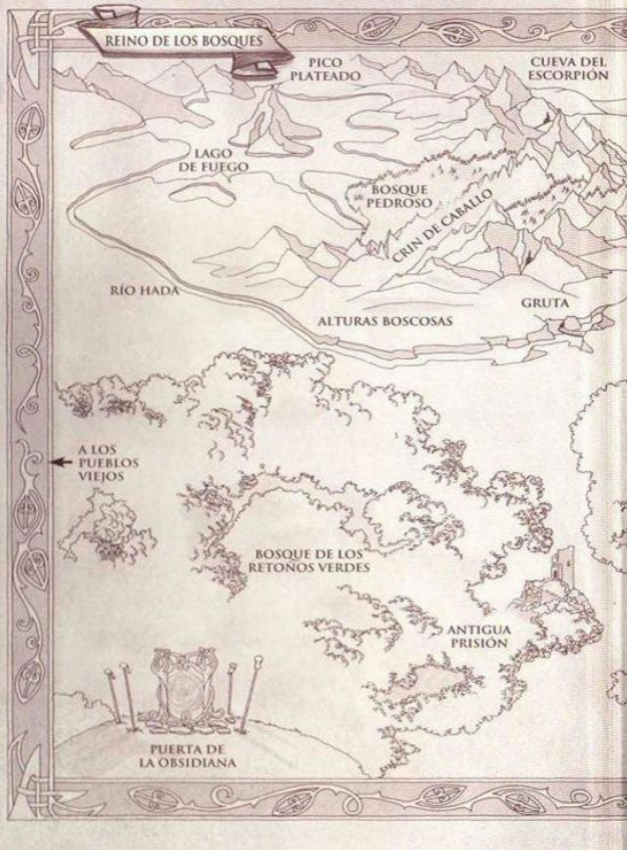
GRUTA

A LOS
PUEBLOS
VIEJOS

BOSQUE DE LOS
RETONOS VERDES

ANTIGUA
PRISIÓN

PUERTA DE
LA OBSIDIANA



CLARO DE LOS
TRECE ARBOLES
SABIOS

SELVA
BRUMOSA

ESPEJO
DE LAS HORDAS

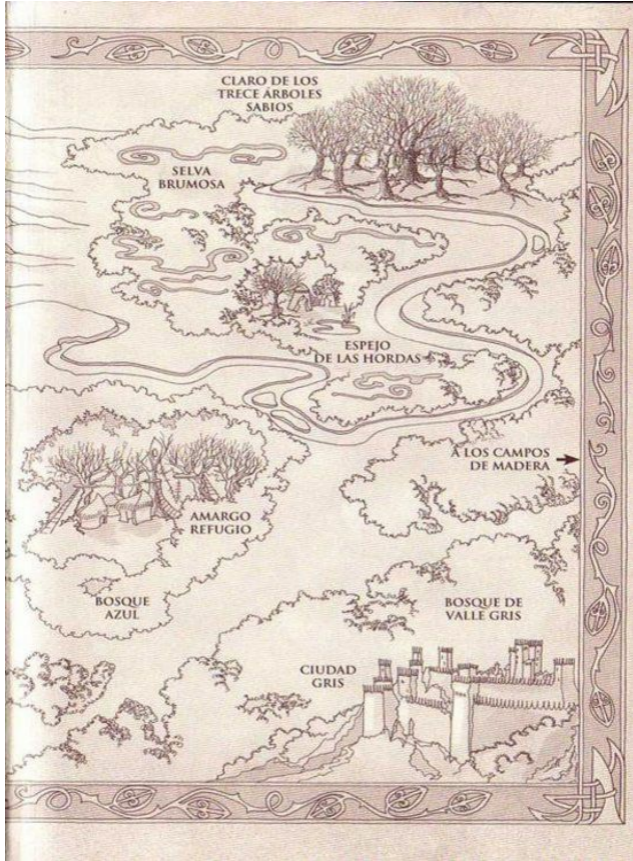
A LOS CAMPOS
DE MADERA

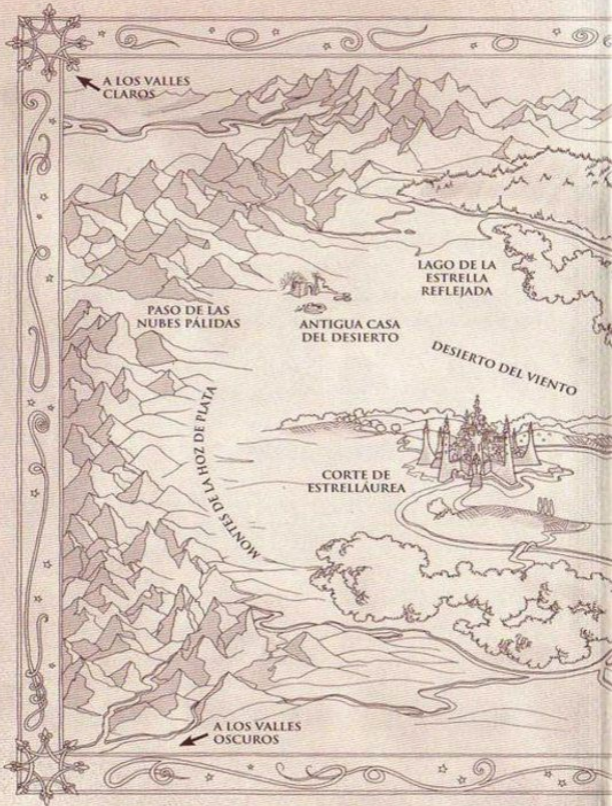
AMARGO
REFUGIO

BOSQUE
AZUL

BOSQUE DE
VALLE GRIS

CIUDAD
GRIS





A LOS VALLES
CLAROS

PASO DE LAS
NUBES PALIDAS

MONTES DE LA HOZ DE PLATA

ANTIGUA CASA
DEL DESIERTO

LAGO DE LA
ESTRELLA
REFLEJADA

DESIERTO DEL VIENTO

CORTE DE
ESTRELLAUREA

A LOS VALLES
OSCUROS

REINO DE LAS ESTRELLAS

PUERTA DEL
JADE

CUEVA OSCURA

RÍO ENCRESPADO

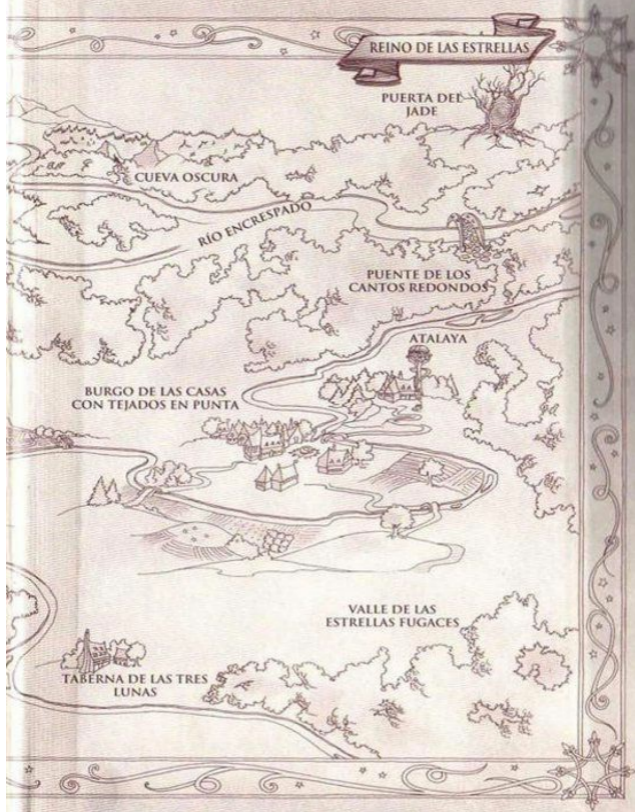
PUENTE DE LOS
CANTOS REDONDOS


ATALAYA

BURGO DE LAS CASAS
CON TEJADOS EN PUNTA

VALLE DE LAS
ESTRELLAS FUGACES

TABERNA DE LAS TRES
LUNAS





Empujado por una fuerza tenaz, Sombra ha vuelto a su reino, el Reino Perdido.



Después de mil enigmas, ha descubierto que la salvación depende de un pequeño y sencillo gesto: verter la Última Lágrima.



Muchas son las preguntas que aún se agolpan en la cabeza del joven elfo, el elegido, aquel que debe derrotar al Poder Oscuro. Pero ahora no es tiempo de respuestas. Todavía no. Ahora hay calma...

Después de la Tormenta

- LA BATALLA FINAL -



De las sombras surge
Stellarius, uno de los
magos más poderosos
del Reino de la Fantasía.



Hay algo especial
en él. Algo que
ninguna magia
puede inculcar.



Es la capacidad de ver
más allá de las cosas.



Porque no siempre
lo que se ve es
lo que existe
realmente.



«El destino se ha cumplido, la naturaleza vuelve a la vida», piensa el mago. Pero aún queda mucho por hacer.



Hay que llevar al joven Sombrio a lugar seguro, donde el Mal no pueda alcanzarlo.



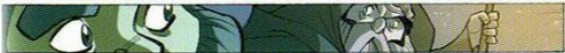


Y hay que darse prisa...



... porque Brecius y Robinia todavía necesitan ayuda. Y por las miradas de los chicos, Stellarius comprende que algo no marcha como debería.

Comprende
que la
tormenta aún
no se ha
aplacado.



La tormenta se afronta luchando con valor, algo que hoy se les quedará grabado en la piel a Régulus, a Spica y a Robinia.

Mientras los jóvenes elfos
combaten, Stellarius pone a
Sombrío a salvo.



Aunque los hombres
lobo se cruzan en su
camino.



Peor para ellos.

No saben a quién
tienen enfrente.






Y frente a Brecius, por su parte, los enemigos se multiplican. Régulus se pregunta cómo logra resistir.



Luego sus ojos se encuentran



El secreto se lee en su mirada. No hay miedo en sus ojos. Sólo fuerza y determinación.



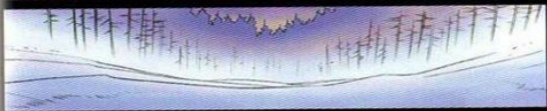
En pocos segundos, para Régulus todo está más claro...



... primero debe afrontar su miedo para luego encarar a sus adversarios, sean quienes sean.



Stellarius debería estar contento por la victoria sobre los hombres lobo. Sin embargo, tiene una sensación extraña.



Espectros azules...





Silenciosas máquinas de muerte. Criaturas de humo, evanescentes como sombras en la niebla.



Ánimas que se alimentan del sueño de sus víctimas.



Su poder es letal. Basta un solo toque para estar perdido...



Una sensación de calor.



Un calor blanco, envolvente.



Los ojos de Stellarius se cierran.



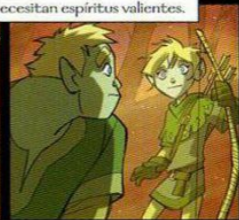
El poder hipnótico de los espectros se adueña del mago, que empieza a hundirse en el abandono.



Pero en el campo de batalla los jóvenes elfos no pueden rendirse.



Necesitan espíritus valientes.



Y brazos fuertes para levantar a quien no puede más.



Pero lo más importante es tener al lado a amigos valerosos. Como Brecius.

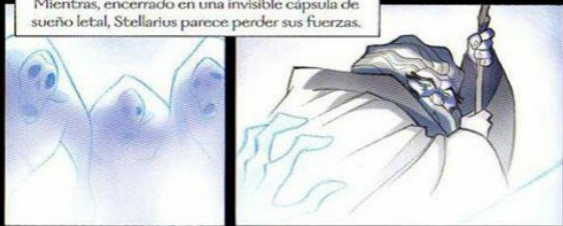






Y como Fósforo y Robinia.

Mientras, encerrado en una invisible cápsula de sueño letal, Stellararius parece perder sus fuerzas.



Pero de repente vuelve a suceder: el mago recobra su capacidad de ver más allá de las cosas.



Ver la luz incluso cuando la niebla lo envuelve todo.



Ha llegado el momento de despertarse.



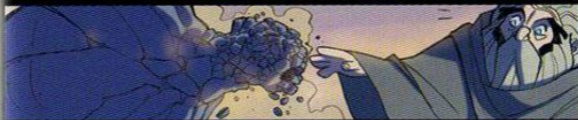
Como el sueño, que desaparece al nacer el día, así los espectros azules flaquean ante el poder del mago.



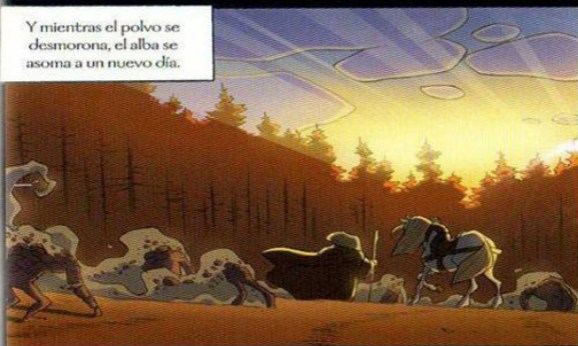


Criaturas de polvo,
frágiles como rayas en
la arena. Nada más.

Y como las rayas
en la arena, se
borran con sólo
pasar la mano.



Y mientras el polvo se
desmorona, el alba se
asoma a un nuevo día.



En el alba que nace alguien sigue en peligro.



Régulus sucumbe mientras Spica dispara una flecha para la salvación.



Pero tampoco su arco encantado puede nada contra la fuerza del Mal.

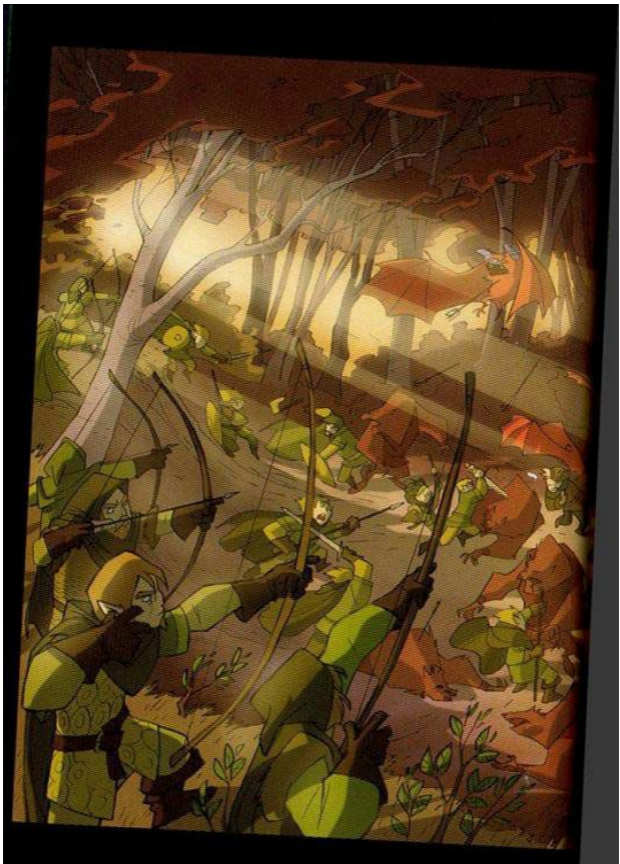


Sin embargo, alguien
resiste todavía...

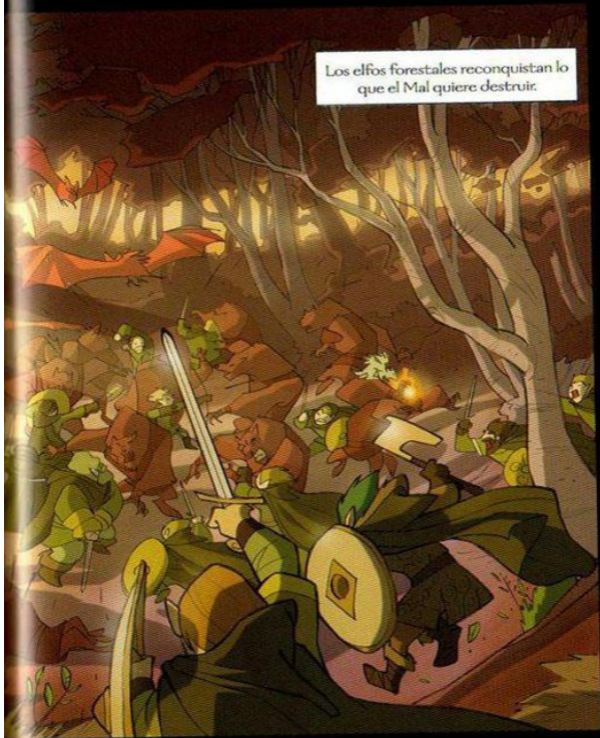




... y la batalla prosigue
con nueva energía.



Los elfos forestales reconquistan lo que el Mal quiere destruir.



En pocos minutos todo ha terminado. Los hombres lobo son derrotados para siempre.



Por fin los elfos forestales vuelven a tener un lugar al que poder llamar casa.



Spica se vuelve de golpe, atraída por algo en las sombras.



A veces la curiosidad es una arma peligrosa.

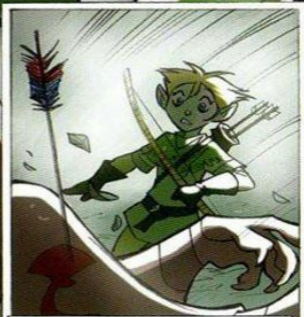
Como en las fábulas que le leía Mérope de pequeña, ahora es ella la que está sola en el bosque. Y va pensando...



... que todos los cuentos...



... ¡en el fondo tienen algo de verdad!



Pero, como en todo cuento, el lobo malvado está destinado a la derrota.



Suele ser derrotado por un cazador...



Del misterioso cazador, sin embargo, Spica sólo encuentra la flecha, que se guarda en el cuello para no olvidar.



El día transcurre con la reconstrucción de lo que había sido destruido.



Sombrió está de nuevo en casa.



Se estrechan nuevas alianzas y se hacen nuevos pactos.

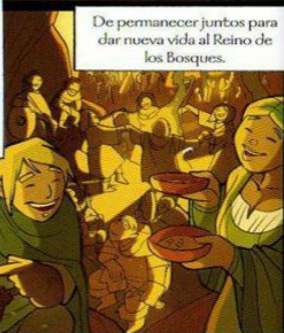


Nada será como antes.





Es tiempo de reunirse.



De permanecer juntos para dar nueva vida al Reino de los Bosques.



Aprendiendo a fiarse unos de otros.



Aprendiendo a dejar a un lado,
por una vez, el orgullo.



Y aceptando que se necesita a los demás.
Que se es parte de una gran familia.

El camino de
Sombrio empieza
ahora. El destino le
reserva grandes
cosas. Su propio
nombre lo dice...



¿Acaso no es
así, Audaz?

El misterioso cazador sabe cosas que el joven Audaz todavía ignora.



La tormenta parece haber acabado. El aire está quieto y el cielo despejado, los pájaros cantan en las ramas. Todo parece serenarse.



Pero a veces la calma no es más que el preludio de una nueva y terrible tormenta.





GERONIMO STILTON. Nacido en Ratonía (Isla de los Ratones), es licenciado en Ratología de la Literatura Ratónica y en Filosofía Arquerratónica Comparada. Desde hace 20 años dirige El Eco del Roedor, el periódico con más difusión de Ratonía. Ha sido galardonado con el Premio Ratitzer por

su reportaje «El misterio del tesoro desaparecido». Geronimo también obtuvo el Premio Andersen 2001 como personaje del año y uno de sus libros ganó el premio eBook Award 2002 como mejor libro electrónico de literatura juvenil. En su tiempo libre, Geronimo colecciona cortezas de parmesano del Renacimiento, juega al golf, pero sobre todo adora contarle cuentos a su sobrino Benjamín.

Geronimo Stilton es un seudónimo utilizado por la escritora italiana Elisabetta Dami.